



FRAGANCA  
EXQUISITA  
Perdurabile...

Lotion  
Soir de Paris  
BOURJOIS  
FRANCE

Soir de Paris  
Eau de Toilette  
BOURJOIS  
PARIS - FRANCE

EXTRACTO  
LOCION  
ARREBOL  
POLVOS

Soir de Paris BOURJOIS

# DIARIO DE LA MARINA

LA HABANA, 3 DE JULIO, DE 1933

Suplemento Dominical

En Este  
Número:

- ★
- TRAGEDIAS  
DEL AGRO  
YANQUI
- ★
- JOAN BLAINE  
Una Valiente
- ★
- LA HORA  
DEL VALS  
Modas en Colores
- ★
- ME SIENTO  
FELIZ  
por Luise Rainer
- ★
- SONRISA  
MUSICAL  
Cuento Breve

También Historietas  
en Colores y Otro  
Material de Lectura  
de Interés General



## LA NOVELA DEL DOMINGO

**PENIQUE**  
de la  
**MUERTE**  
por  
C. DAVIDSON



Los  
**Truchas**  
por SCHUS

¿ESTAMOS TODOS?  
PUES EMPECEMOS.

CARAMBA, POR LO QUE  
VEO AQUÍ TUVO LUGAR  
UN ACCIDENTE AUTOMÓVI-  
LISTICO.

YA LLEGAMOS. DEBEMOS  
CAMINAR JUNTOS PARA NO  
SEPARARNOS DEL GRUPO.

EL MUSEO  
DE HISTORIA  
NATURAL

¡DEMONITLES,  
FIJATE EN ESOS  
MOMIOS!

¡MOMIOS NO,  
MOMIAS!

PUEDEN PASAR,  
MUCHACHOS, PERÓ, SIN  
HACER RUIDOS INNECESARIOS  
NI TOCAR NADA.

ESTO ES UN  
¡BRONTO-SHU-U-  
¡BRONQUITIS!

¡SE ESTÁ HACIENDO TARDE!  
¡VÁMONOS YA!

¡QUALA NO NOS  
DÉ PESADILLA  
ESTA NOCHE.

¡PALA MI PELLO! ¡UN  
HUESO FOLMIDABLE!

¡CALAMBA,  
COGELON PUSIONELO  
A FUGUÇHE!

MUY INTERESANTE,  
¿VERDAD? ¡PERO FALTA EL  
CHINITO! ¿DÓNDE ESTARÁ?  
NO PODEMOS ESPERAR POR  
EL. ¡MARCHEMOS!

¡AHÍ ESTÁ EL CHINITO!  
¡CAREY, ¿QUÉ ES ESÓ ¿VE  
TRES DEBAJO DE LA CAMISA?

¡EL CHINITO  
SIEMPRE SE MEIJE  
EN LIOS!

# ¡El montar a caballo requiere energía!

Provéale la vitalidad que requiere un día activo  
dándole Kellogg's Corn Flakes en el desayuno

El niño comienza el día con el grado más bajo de  
energía. Para el desayuno necesita un alimento  
productor rápido de energías... un tazón de  
Kellogg's Corn Flakes. A los niños les delecta su  
rica y tostada crespura.

Listas para servirse — con leche y azúcar — di-  
rectamente del bolsito CERA-CERRADO a prueba  
de humedad, que las conserva tan frescas como al  
salir del horno.

“UN LITRO DE LECHE TODOS LOS DIAS”

es lo que requiere todo niño durante su desarrollo.  
Para estar segura de que sus niños reciben la can-  
tidad necesaria de leche, sirvasela con las deliciosas  
y crasps hojuelas de traza. Pida Kellogg's Corn  
Flakes en la tienda de comesti-  
bles hoy mismo.



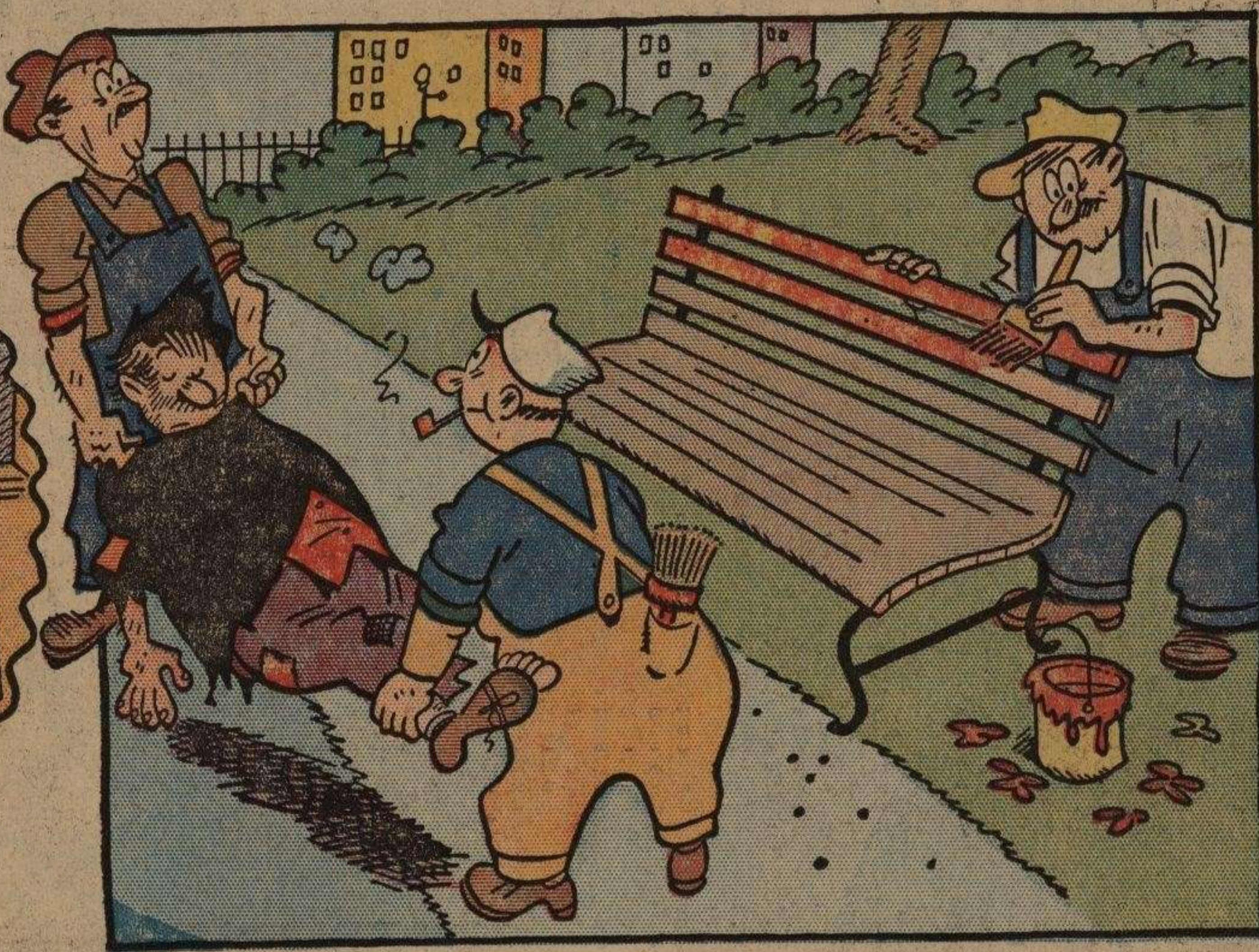
EL PREFERIDO DE TODA  
MADRE MODERNA



# LA VIDA ES ASÍ...

PO  
R  
FRED  
NEHER.

“¡AY, CHICO, NO ACEPTO MÁS REINADOS DE  
CARNAVAL! ¡TUVE QUE DEJAR LOS ZAPATOS  
EN EL TRONO!”



“¡LE ADVIERTO QUE LAS IDEAS DE  
BULÓN NADA TIENEN QUE VER CON  
LAS DE MI ESTABLECIMIENTO!”



“¿POR QUÉ NO PODEMOS REÑIR  
LOS DOMINGOS? ¡NO PERTENE-  
CEMOS AL SINDICATO OBRERO!”



“¡DICE EL ÁRBITRO  
QUE NO HABLARA  
HASTA CONSULTAR!  
CON SU ABOGADO!”



“HAY 10 RAZONES  
PARA NO CASAR-  
ME CON USTED. ¡UNA  
ES QUE NO TIENE DINERO,  
Y LAS OTRAS 9 SON COSAS  
QUE DESEO POSEER!”



# Dos Exposiciones: GOYA Y SOLANA

Por R. Pérez de Ayala



G. Solana: «Mascarada de destrozadas»

A

QUI, en París, en el clásico pabellón de L'Orangerie, se ha inaugurado, ya va para dos meses, y continúa abierta, con excelente fortuna e incesante aflujo de afición. dos al arte pictórico, una exposición de Goya. Pudieramos calificarla de manifestación sucinta y episódica de la obra goyesca. Se compone de muy reducido número de telas, que se hallaban diseminadas sobre tierra galicana, ya en museos, nacionales o departamentales, ya en colecciones privadas. Algunas de estas telas son escandalosamente espurias o están fementidamente acaladas y repintadas. Tanto mejor, porque salta a la vista la repugnancia y contraste entre las adulteradas y meretricias con las ingenuas y auténticas; estas últimas, no más de una docena. Y basta, para confirmación de la nueva luz o epifanía que Goya trajo al mundo de la pintura; donde se fueron los apóstoles. Lo cual—la repulsión recíproca entre lo genuino y lo contrahecho—demuestra dos cosas. Que toda manera personal de arte, aun la que parezca más arbitraria, caprichosa y fuera de canon, como tal vez acontece con Goya, no admite falsificación verdadera. Y otra segunda cosa: que la esencia, o manera de ser, de un artista ge-

de Gómez de la Serna. Que yo sepa, los dos primeros están vertidos al francés. For otra parte, ya desde Teófilo Gautier —si mal no recuerdo—Goya ha sido en Francia un artista popular y genésico. Un autor francés le denomina «anunciador de la pintura francesa moderna». Pero no se trata, precisamente, de un puro misterio, o ministerio, de anunciación, sino, como acabo de aludir, de una paternidad evidente, reiterada y prolífica.

Si menciono a Goya es porque esa sobria e incisiva exposición del Naranjal ha podido ayudar a comprender y clarificar (clasificar equivale, en cierto modo, a desprender, que es complementario del comprender) la obra de otro pintor español, Solana cuya exposición se ha inaugurado en París, uno de estos días.

Entre la copiosa constelación de admirables pintores españoles contemporáneos, Solana es una de las personalidades más fuertes. La fuerza se disipa, a veces, de los cuadros de este artista con la violencia súbita de un puñetazo, y no bajo el guante de cabritillo, ni siquiera guante de boxeo, sino puñetazo desnudo, articular y óseo, dirigiéndose al entrecejo del espectador, que le hace vacilar en su equilibrio y ver chibritas, como alucinado. A la pintura de Solana, como al temperamento de

en una palabra. Según eso, la personalidad romántica conduce fatalmente a lo fantástico y lo perverso, como advierte un crítico británico. Pero la propia idea de la personalidad, en cuanto diferenciación, es absurda, en principio. Si hipotéticamente pudiéramos imaginar una personalidad perfectamente diferenciada, en cada uno de sus ingredientes, estímulos y reacciones, y en absoluto distinta de todas las demás personalidades, habriase de admitir, como resultado necesario, que esa tal personalidad permanecería eternamente incomprendida, incomprendible y estéril para el resto del género humano: algo así como un mar, ciano o un selenita que cayese desde el éter entre los terrícolas. Comenzando por el contenido mismo del vocablo: «personalidad» significa, literalmente, resonancia... Resonancia del pasado en el presente. Actualidad del tiempo en el espacio. La personalidad, por lo tanto, no se refiere a la diferenciación, sino a la integración y a la superación. La personalidad, pues, está relacionada íntimamente con la genealogía.

Me complace repetir la definición leonardesca de la pintura: «cosa mental». Pero la pintura, como toda actividad reflexiva individual, es, además, «cosa razale». No es temerario ni nada nuevo echar de ver cierto paralelismo, correspondencia y mutuo influjo entre la literatura y la pintura (Ut pictura, poesis, Horacio). A lo largo de la literatura española discurren dos corrientes melizales: la cervantina y la quevedesca. No es que nazca y se originen con Cervantes y Quevedo, puesto que llegan rodando y tomando cuerpo desde mucho más atrás, la edad media y la edad clásica, sino que en el espíritu de esos dos autores aquellas dos corrientes obtienen la plenitud máxima de personalidad y resonancia. Ahora bien: Velázquez es como el Cervantes de la pintura; Goya, como el Quevedo. Cervantes posee, espontáneamente mucho de helénico y pagano (digo, en cuanto a su conformación estética, como sucedía con algunos papas, sin detrimento del sincero catolicismo). Quevedo es barroco y estoico, como nuestro paisano Séneca, aunque fiel cristiano además. Velázquez, como Cervantes, nunca pierde su serenidad divina. El atormentado Goya, como el un tanto dantesco Quevedo, están riñendo siempre singular combate con los enemigos del alma: el demonio, el mundo y la carne.

Solana entra de lleno en la corriente quevedesca y goyesca. Si bien, así como Goya se halló a sí propio a través del estudio de la técnica pictórica de Velázquez, así Solana, técnicamente hablando, de cuando en cuando, no poco de velazqueño. «Cosa razale». Y esta cosa racial unificadora tanto en la literatura como en la pintura española, es una heroica actitud de realismo pasivo, honesto y sin ficción; el respeto y fidelidad, casi religiosos, en la representación de las cosas humildes; pobres y acaso desgraciadas, tales cuales ellas son y como Dios ha querido que sean. Una especie de pasión apática; si es lícita tal antinomia. En toda la pintura española, más que en la de cualquiera otro

país (con excepción quizás de la holandesa, aunque ésta se halla hinchida, y apoplética acaso, con la fruición hedonista del vivir por y para los sentidos), las naturalezas muertas, aun en cuadros y composiciones de mayor empeño, místicos, devotos e históricos, se manifiestan a tal punto en su aspecto de pura realidad y naturalidad que alcanzan un valor casi eucarístico y mágico. Las naturalezas muertas de Solana pueden servir de ejemplo.

A la pintura española—como a su literatura se le tacha a menudo de imaginación escasa, precaria o sórdida. Consciero falsa esta imputación. La imaginación no consiste en la habilidad para erigir grandes fábricas, falaces e inestables, sino en la aptitud vital para crear imágenes simples, veraces, emotivas y perduraderas.

Manet, que, con sutileza y discernimiento tan típicamente franceses, acertó a escoger y asimilar la pintura española (como antaño Corneille nuestro teatro del siglo de oro), hubiera admirado calurosamente no pocos cuadros de Solana. Presumo que también le hubieran sacudido y fascinado a Baudelaire, ese Quevedo en el estilo paradójico y por lo exquisito que, como a través de escabrosa vía catártica, perseguía la aproximación a Dios, mediante el comercio, deleitación y subsiguiente disgusto asqueado de los tres enemigos del alma, igual que nuestros antiguos alumnos.

Una última e importante advertencia. Aunque Solana es tan español como el más pintado, o el más pintor, constituiría prueba de insigne trivialidad e inepticia generalizar demasíadamente y suponer, a la inversa, que toda España está en la pintura de Solana. Como lo sería afirmar que todo Collet es toda Francia.

Las obras literarias y artísticas persisten con su juventud pristina, sobre las generaciones fugaces, o por el tema o por la calidad. Hay temas eternos, aunque incorporados ocasionalmente en calidades flacas y deleznable. Como hay calidades inmarcesibles y diamantinas, aunque al servicio, tal vez, de temas efímeros. En mi sentir, la pintura de Solana triunfará sobre el tiempo, a causa de su calidad insigne y alta genealogía. Muchos de sus temas corresponden a un momento histórico español, ya fenecido y sobreesido. (Como se habrá adivinado, entiendo aquí por tema pictórico, en el sentido horaciano, ut pictura poesis, la proporción de literatura descriptiva y de sugerencias extrapictóricas que han servido de motivo a un cuadro). Genéricamente, pudiera decirse que los temas de la pintura de Solana pertenecen al período postnaturalista, en literatura.

Conviene no perder el sentido de la perspectiva y de la medida. Solana es una de las más fuertes personalidades de la pintura española. Nada menos que eso. Pero, tampoco nada más. Cuidado. Si alguien dijese que toda España es la España de Solana, «anathema sit». La España de Solana es... Pues, es eso; la España de Solana.

(De «La Prensa», de Buenos Aires).



G. Solana: «El entierro de la sardina». Aguafuerte

nial, por muy vasta y compleja que sea su obra, se refleja y emana, aunque en módulo parvo, discreto y potencial, en cualquiera parte mínima de esa obra, así como en un solo vaso de vino se perciben y degustan las virtudes halagüeñas, generosas y confortativas de toda una cosecha. Lo que los antiguos llamaban la garra del león.

Hablar a estas alturas de Goya es como llevar hierro a Bilbao o agua a la mar. En los años recientes han aparecido tres libros de clase superior, acerca de Goya, por autores hispánicos. Uno, docto, técnico e impersonal, por Sánchez Cantón. Otros dos, más personales, líricos e interpretativos; el de Ors y el

tantos otros españoles, desde que España existe, se le podría aplicar lo que Estacio dice del primero, en el orden del tiempo, de los grandes poetas de nuestro gran pueblo: *Docti furor arisus Lurerti*; el arduo furor del entendimiento Lucrecio.

En cuanto a la personalidad... Impera entre la clase media intelectual un error tan pertinaz cuanto extendido, que viene ya desde los románticos, quienes en su impulsivo afán biológico e individualista de aniquilar toda suerte de merma externa tradicional, estaban persuadidos que la personalidad se cifra en lo raro, descomunal y sin parejo. En la diferenciación; dicho sea

Por  
C. Davidson

## PENIQUE

de la

## MUERTA



CONTINUACION

### CAPITULO X

#### Las señoritas del Bon Marché

El Bon Marché de Kimber era uno de los mejores bazares de la gran ciudad comercial de Bamberlon. Todos los forasteros iban allí a hacer sus compras, y los que vivían en la ciudad lo consideraban como un emporio donde podían encontrar todo lo que necesitaban un centímetro más barato, por lo menos, que en otros sitios, y exactamente lo mismo.

El dueño, Kimber, era uno de los hombres más considerados y apreciados en la ciudad. Comerciante activo y honrado, estaba orgulloso de su bazar y del sistema comercial que empleaba. Tenía una porción de dependientes, señoritas en su mayoría y trataba a todos con gran consideración, diciendo frecuentemente que no estaban mejor si se hallaran con sus propias familias. Fuera del bazar había un gran edificio, donde cada una de las señoritas empleadas por Kimber tenía una habitación, destinada a su propio y particular uso, amueblada sencillamente, pero con todo lo necesario. Kimber quería que todas sus empleadas fueran jóvenes, distinguidas y bien educadas, y las trataba como debe tratarse a verdaderas señoritas. El salario era bueno, si bien inferior al que se daba a los pocos hombres empleados en el bazar.

El ideal de Kimber era vender en su establecimiento todo lo necesario para alhajar una casa, desde los sótanos hasta las buhardillas; vestir a sus moradores, y subvenir, en una palabra, a todas sus necesidades.

Un domingo por la tarde, una de las

señoritas empleadas en el bazar se sentó junto a la ventana de su habitación con un libro en la mano, decidida a pasar leyendo las largas horas de aquella tarde lluviosa y desapacible que no convidaba a pasear, y mucho menos en aquella ciudad. Era bonita y joven, pues apenas tendría veintitrés o veinticuatro años, y de aspecto elegante, dulce y simpático.

Sin fijarse en el libro que tenía en la mano, parecía observar atentamente las gotas de agua que chocaban en los cristales; su pensamiento estaba lejos del bazar y del trabajo, que limitaba su tiempo y sus distracciones; había volado a un hogar querido, perdido ya para siempre.

En el encanto de sus recuerdos paseaba por el jardín exuberante de flores y verdura; sentía a sus perros favoritos saltar cerca de ella, y oía la voz de su padre llamándola. Un golpe dado en la puerta de la habitación la sacó de su sueño.

—¡Adelante!—exclamó algo asustada. El sueño había sido tan real, tan grato para su corazón, que la vuelta a la vida corriente le produjo un sobresalto. El que llamaba no necesitó una segunda invitación; la puerta se abrió, y otra joven apareció en el umbral.

—¿Puedo entrar y hacerle compañía un rato, señorita Knight? Llueve tanto, que no puedo salir. El comedor está aburridísimo; no hay nadie con quien hablar, y no sé cómo distraerme. ¿Quiere usted que pasemos juntas la tarde?

—Sí, ciertamente—exclamó la joven, llamada Natalia, triste al ver interrumpida así la única tarde de la semana en que podía hacer su voluntad, pero comprendiendo que sería una crueldad no dejar entrar aquella otra joven, sola también y triste.

Dejó el libro sobre una mesita, mientras Clara Denis, entrando como un torbellino, se sentó a los pies de su cama. Natalia no podía sufrir que su lecho se convirtiera en asiento; pero la educación le impidió revelar su disgusto. El salto que dió Clara al subir sobre el lecho, hizo vacilar la mesita, y el libro cayó al suelo con las hojas abiertas.

—¡Qué loca soy!—exclamó Clara—. Espero que no lo habré estropeado. Al recogerlo, una fotografía pequeña y desmontada del cartón cayó de entre las hojas.

Natalia hizo un movimiento para recogerla; pero su compañera fué más lista: la cogió y lanzó una exclamación de sorpresa. Representaba una casa grande y lujosa, situada en un hermoso parque rodeado de árboles.

—¡Qué sitio más hermoso!—dijo Clara con acento de admiración—. Nunca he visto nada semejante. ¿Es una casa donde ha estado usted alguna vez, o la ha comprado simplemente? Yo hago cosas así muchas veces.

Natalia sonrió ligeramente.

—La conserva y la aprecio, porque es una vista de mi casa—murmuró.

—¿Cómo?—dijo Clara sorprendida—. ¿Ha sido usted niñera, institutriz o cosa por el estilo? La señorita Jones vivió en el castillo Newark antes de venir aquí; se da mucho tono con eso, y estuvo de... doncella.

—Nacé en esa casa—dijo Natalia sin afectación alguna—; mi padre y mi abuelo también nacieron en ella; toda mi familia vivía allí hacía muchos años. Es una casa hermosísima; pero ahora tiene otro dueño.



—¿Qué atrocidad? ¿Tuvo que vender la su padre?—añadió Clara, mirando con respeto a aquella joven, cuya familia había tenido una posesión tan hermosa. Aquello hubiera sido para ella el colmo de la felicidad.

—Mi padre ha muerto—repuso Natalia, volviendo la cabeza para ocultar las lágrimas que acudían a sus ojos—. Perdió toda su fortuna, y yo quedé sola y sin más recursos para vivir que mi trabajo. Estoy satisfecha viviendo lejos del sitio donde veía diariamente mi antiguo y querido hogar.

—¿Qué atrocidad! Esta frase estaba siempre en los labios de Clara—. No sé cómo puede usted soportarlo; yo me volvería loca. Yo sé lo que es eso: mi padre también perdió su capital. Mi familia estaba muy bien relacionada, y hemos descendido de la posición que ocupábamos en el mundo.

Y efectivamente; el padre de Clara había sido prestamista en Leeds, y perdió toda su fortuna, y yo quedé sola y ción que tenía a la bebida; pero no que, ría ser menos que la señorita Knight. Abrió el libro otra vez, y colocó la fotografía entre las hojas, pensando que la gente a quien perteneció aquella casa debía de ser de alta categoría y pertenecer a la sociedad donde ella soñaba entrar casándose con algún noble. Le vantando la tapa, vió el «ex libris» y un nombre escrito en él.

—¿Qué dibujo tan raro! ¿Es el escudo de armas de su familia?—interrogó Clara.

—No—dijo Natalia seriamente—. Es el «ex libris» que mi padre ponía en todos sus libros; ése me lo regaló él, poniéndome mi nombre y una dedicatoria; por esa razón lo tengo en gran estima.

La señorita Denis miró aquella trazas bien hechos, y exclamó sorprendida:

—Pero aquí no está su nombre; debe de haber alguna equivocación, porque dice: «A Natalia Dennys, su amantísimo padre».

Natalia, sonriendo levemente, repuso:

—Pues esa soy yo.

—Pero ¿no se apellida usted Knight? ¿Cómo puede ser eso? Denis es mi apellido; sólo que escrito con distintas letras.

—¡Ah! Pero ¿usted no lo sabe?—preguntó Natalia con extrañeza—. Yo creí que todos lo sabían aquí. Me llamo Dennys; pero cuando el señor Kimber me empleó, creyendo que sería enojoso tener dos dependientes de igual apellido, toda vez que usted estaba ya aquí, me suplicó que accediera a que me llamaran Knight, como se apellidaba la cajera cuyo puesto ocupé yo.

—Comprendo, comprendo—murmuró Clara contemplando de nuevo la fotografía—. Debe de ser algo tener que estar en el bazar habiendo sido dueña de un palacio como éste. Lo sentiría usted mucho.

Natalia vaciló; no le gustaba hablar de lo que sentía o pensaba con gente extraña.

Sus compañeras decían que era reservada, aunque muy distinguida y simpática; pero la joven que estaba allí sentada en su lecho parecía simpatizar con ella, y quizá sería un consuelo hablar de las cosas que oprimían su corazón desde hacía algún tiempo.

—Todo es muy distinto—dijo—, y siempre me acordaré de lo pasado; pero en realidad, debo estar contenta por estar aquí, y no quejarme de ciertas detalles de escasa importancia. Tenía que trabajar para vivir, y no sabía hacer nada que fuera útil, como debe saberse para sacar partido de ello; así es que estoy muy contenta por haber encontrado una colocación tan buena en este bazar.

—Sí, seguramente; pero no por eso ha sido menos sensible el cambio de posición—dijo la señorita Denis suspirando. Yo tampoco creí que tendría que vivir de mi trabajo, y lo sentiré todos los días de mi vida. Fui criada con regalo, veraneaba todos los años en Scarborough y Morecambe, y teníamos varios criados y carruajes.

Natalia comprendió que Clara deseaba sus confidencias y le manifestó sus simpatías en términos cariñosos.

—¿Quién tuviera una casa como ésta de la fotografía!—volvió a decir Clara al cabo de unos minutos con un suspiro de envidia y deseo.— Pero, en fin, cuando una no es demasiado fea, puede esperar tener suerte y casarse bien. Mi mayor deseo sea casarme con un hombre que tuviera una casa así, y brillar en sociedad.

Natalia no mostró el sentimiento que su nueva amiga esperaba.

—Pues qué, ¿no piensa usted así también?—repuso la señorita Denis atónita—. ¿Pues a qué está una?

Las puras y pálidas mejillas de Natalia se cubrieron de un ligero carmin. También ella tenía sus ilusiones, las ilusiones de su adolescencia quizá, pero no se habían materializado en la forma que las de Clara.

—No sé—replicó—; pero creo que cuando se ama de verdad, no se piensa mucho en lo que el hombre posee.

Sus palabras eran algo vacilantes; no



le gustaba hablar y discutir los sentimientos íntimos, cosa que, al parecer, agradaba mucho a Clara y a las demás señoritas del bazar.

—Pero con seguridad querrá usted que sea de buena familia y rico—repuso Clara—. Yo por mi parte no querré a nadie que no parezca un héroe de novela; soy muy particular. Ninguno de los jóvenes de aquí consiguen que los mire siquiera; y eso que hay alguno que daría algo bueno porque accediera a sus deseos paseando con él.

La respuesta de Natalia fué vaga; una cosa era ser amable y placentera con los jóvenes que la rodeaban, y otra muy distinta recibir y aceptar las atenciones de los que consideraban como un favor concedido a las señoritas del «Bon Marché» pasear con ellas.

Yo creo que sería muy particular también—repuso Natalia, aventurándose a decir que los jóvenes de aquella población eran horribles y presuntuosos, y que sería lástima que la señorita Denis entablara relaciones con alguno.

—¡Oh! Pierda usted cuidado—dijo Clara—, y tenga la seguridad de que no me casaré con quien no tenga coche y todo lo que yo necesito. No tengo la menor intención de enamorarme de un dependiente de comercio; ¡ha de ser un caballero! No puedo sufrir a los hombres ordinarios, por guapos y amables que sean.

#### CAPITULO XI

##### Cambio de vida

Un terrible terremoto había hundido el mundo en que vivía Natalia Dennys hacía dos años. Hasta entonces fué la hija adorada y mimada de su padre, su amiga, su compañera; desde la muerte de su madre había sido la reina de la Casa Roja y la señorita más conocida y admirada en la buena sociedad de Avening y sus contornos.

Había crecido viendo realizados todos sus deseos. Sus padres tenían talento y sabían criar a los hijos; pero ella fué la única que quedó de una porción de hermanos, y le consagraron todo su afecto, todos sus cuidados.

No había cosa que deseara que no la tuviera en seguida; apenas si tenía tiempo para disfrutar todo lo que podía. La muerte de su madre fué el primer desencanto en aquel paraíso de felicidad; entonces comprendió que la vida no era un sueño dorado, y aprendió las primeras lecciones de la desgracia.

Después su padre y ella estuvieron más unidos, y Natalia no deseó jamás mejor amigo; viajaban juntos, leían los mismos libros, tenían los mismos gustos. De repente llegó la ruina, que hubiera sido terrible si lo que siguió no hubiera sido más horrible aún. Natalia olvidó su pobreza al pensar que era huérfana; el amigo querido, el padre que había hecho de su vida un paraíso de dulzura y alegría, había desaparecido para siempre.

Al principio le pareció que toda posibilidad de vivir acababa para ella; el golpe fué tan rudo, que no podía pensar en otra cosa, ni aun en la necesidad que tenía de ganar el pan cotidiano. Comprendió que no tenía ninguna habilidad que pudiera servirle de medio de vida. Meditó mucho pensando qué era lo que podría hacer, y no encontraba posible nada. La habían criado para ser rica y gastar dinero, y eso era lo único que sabía hacer.

Cuando empezaba a desesperarse, vió, casi por casualidad, un anuncio en un periódico pidiendo una cajera para el «Bon Marché» de Kimber, en Barben-ton. Escribió sin esperanza de conseguir, la; recibió contestación solicitando una entrevista, y tomó el primer tren que salía para Barben-ton, pensando que aquella esperanza salía fallida, no tendría más remedio que acudir a un asilo. A Kimber le agradó su aspecto, y le dijo francamente que siempre escogía a sus empleadas atendiendo a su aspecto distinguido y a su hermosura, porque tenía que conservar la reputación de su establecimiento. El salario era mayor de lo que ella se atrevió a esperar. Demos,

tró aptitud para la Aritmética, lo cual agradó a Kimber tanto como su persona y le concedió inmediatamente el empleo de cajera. Natalia ni siquiera volvió a Avening a despedirse de sus amigos, por que debía entrar en funciones inmediatamente. Escribió a una antigua criada en cuya casa vivía desde la catástrofe, para que le enviara todo lo que le pertenecía, y empezó sin dilación su nueva vida.

El principio fué penoso, casi intolerable.

Estar sentada todo el día en una alta banqueta y ante un pupitre, la confusión que solía haber entre «penings» y «peniques», el ruido del bazar; todo contribuía a que se acostara a llegar la hora de reposo con horribles dolores de cabeza y de espalda, y tan cansada, que muchas veces se quedó dormida sin desnudarse siquiera.

Pero la juventud se acostumbra a todo, y antes de pasar muchas semanas el trabajo fué siendo más sencillo y la rutina, más tolerable. Natalia Dennys o la señorita Knight, como la llamaban en el bazar, no se contentaba con un porvenir cuyo horizonte era aquel escritorio; pensando que debía aspirar a más, con el sueldo del primer trimestre alquiló una máquina para escribir, y se propuso aprender a manejarla. Una vez instruida y práctica en el manejo de la Remington, aprendió taquígrafia, dedicando a ella todos los ratos que las demás jóvenes consagraban al espejo o a coquetear con los empleados de la casa y los muchachos de la localidad, empezando a creer que podría solicitar la primera vacante que ocurriera en la oficina de Kimber, lo cual significaba un ascenso. Si no podía obtenerlo, procuraría encontrar una plaza de escribiente para llevar la correspondencia en algún otro sitio, y más adelante solicitaría la secretaría de alguna oficina particular.

Tenía sangre animosa en las venas, y luchó con ardor, creyendo que no había trabajo, por trivial o corriente que fuese, que no mereciera estar bien hecho. Cuando oía a las jóvenes hablar del matrimonio como su aspiración final en la vida y su deseo de tener un hogar cómodo y bien alhajado, fuera quien fuese el que debía compartirlas con ellas, sentía que aquello era degradar lo más noble y sagrado que hay en la tierra. Tenía sus ensueños, ilusiones tal vez; pero no era tan aficionada como Clara Denis a aconsejarse a todo el mundo. Eran ensueños de alguien que debería ser para ella todo lo que había sido su padre, y algo más aún; el brazo fuerte que la protegiera, el corazón leal y noble que la amara y la ayudara a elevarse a las regiones más santas y puras de la vida.

El matrimonio, tal como ella lo comprendía, la unión del corazón, del alma, era lo más hermoso de la vida. Una renta, una casa lujosa, no podían en manera alguna ser preferidas al amor leal y sincero, y compadecía a las jóvenes que, como Clara Denis, limitaban sus deseos a la mera posesión de lo que podía comprarse con dinero.

Natalia, a pesar de su origen, no se consideraba superior a sus compañeras más que en la educación; todas ocupaban el mismo nivel en el bazar cualquiera que fuese su posición anterior; pero lo que da rango y establece diferencia real en todas partes, es la frente. Un alma noble es siempre y en todas partes superior a otra ruin o perversa.

Las señoritas del «Bon Marché», aunque lindas y distinguidas no tenían generalmente espíritu muy refinado; pero había alguna de cultura superior, y esas eran las que más simpatizaban con Natalia. Las demás las consideraban reservadas porque no era aficionada a las amistades íntimas, pero sin que pudieran tener otro motivo de queja respecto de ella pues era amable y cariñosa con todas.

A pesar del constante trabajo del bazar, tenía también algunas distracciones; conciertos, paseos por el campo los días que cerraba el bazar, y cosa por este estilo.

# DOS PELICULAS Y UN ESCANDALO

POR ANTHONY BROOK

“LAS AVENTURAS DE MARCO POLO”, LA PELICULA FILMADA SOBRE EL LIBRO QUE TANTO CONTRIBUYO AL “HALLAZGO” DE AMERICA POR CRISTOBAL COLON, DESCUBRE UNA ACTRIZ “NORUEGA” Y UN CASO ESCANDALOSO DE USURPACION DE NACIONALIDAD.—JOAN BLONDELL SE MUESTRA EN SU ULTIMA PELICULA, “HAY SIEMPRE UNA MUJER”, COMO LA SUCESORA DE LA RUBIA-PLATINO, JEAN HARLOW



El famoso actor de la pantalla Gary Cooper y Sigrid Gurie, en una realización histórica, «Las aventuras de Marco Polo», obra recientemente estrenada y muy discutida.

Las «Aventuras de Marco Polo» es una película que muy pronto tendrán la oportunidad de admirar—y acaso censurar, en algún aspecto—nuestros públicos hispanoamericanos. Se trata de un «film» protagonizado por el guapo y varonil Gary Cooper y la pretendida actriz «noruega» Sigrid Gurie.

Muy recientemente, después que los públicos norteamericanos habían admirado en la pantalla la belleza alba y el temperamento frío de la artista nórdica, se descubrió que Sigrid Gurie no era más noruega que Joe Louis o el Presidente Roosevelt. La muchacha había nacido en Brooklyn y la había utilizado, para llegar al cine, una treta que ya habían usado con éxito otras estrellas que se habían hecho pasar por inglesas y de otras nacionalidades. Pero cuando el nuevo «status» se le subió a la cabeza a la Gurie y llegó el rompimiento con el marido, éste, en una demanda de divorcio, descubrió cómo la exótica actriz se había pasado la vida en Nueva York, al que conocía mejor que un chofer de taxi. Y a Samuel

Goldwyn el descubridor de la actriz «noruega», por poco le da alfilería...

Pero no es nuestra intención comentar las desavenencias matrimoniales de Sigrid Gurie, la noruega postiza, sino referirnos—ya ello sea brevemente—a la anécdota, al libro que esta vez ha servido para elaborar una de esas películas que requieren desembolsos enormes, unos desembolsos, desde luego, que la publicidad del productor se encargará de aumentar hasta la máxima expresión.

«Las Aventuras de Marco Polo» son una versión, más o menos desnaturalizada, del libro que influyó más que ninguno otro en el descubrimiento—o hallazgo—de América. Aquel relato que el hijo de Nicolás Polo escribió para la posteridad al retornar a Venecia con su padre y su tío Maffeo, tras veinticuatro años de ausencia, fué el objetivo que aguijoneó a Colón durante muchos años y que le levantó el espíritu cada vez que los contratiempos, las dificultades que encontraba para llevar a la práctica su empresa, pusieron en peligro sus propósitos.

Los estudios de Hollywood, donde ha

sido filmada «Las Aventuras de Marco Polo», nos han hablado de 450 chinos, 150 cowboys, 40 entrenadores de animales, 200 técnicos, 3 elefantes, 5 camellos, 4 leopardos, etc., el libro que tanto había de influenciar a Cristóbal Colón y que, por ello, tanta importancia había de tener para la humanidad, hablaba solamente de millonés. El Gran Khan, según Marco Polo, tenía a sus órdenes un millón de soldados, un millón de sirvientes, un parque de un millón de hectáreas y así sucesivamente. Lo que quiere decir que Mr. Goldwyn se ha quedado muy corto.

Como entretenimiento, la película en cuestión cumple a satisfacción su cometido. Y en este caso, se ha faltado a la veracidad de Marco Polo, que era una veracidad muy floja. Y todos conocemos aquel refrán que dice que ladrón que le roba a otro ladrón, tiene cien años de perdón...

#### «HAY SIEMPRE UNA MUJER»

Una de las películas entre las recientemente estrenadas, que más ha logrado complacernos, ha sido el «film» de la Columbia «There is always a woman», cuyo título en español será «Hay siempre una mujer...»

En Joan Blondell, la bella actriz de líneas aerodinámicas, hemos encontrado la magnífica actriz cómica de siempre, si bien en esta ocasión, por haberse encomendado un papel que le venía bien, se ha superado a sí misma. En Melvyn Douglas, el apolíneo galán, vemos el sucesor de William Powell ya que éste, dado sus largos años en la cúspide y los otros años que ya tenía cuando llegó a ella, es muy posible que pronto inicie



Joan Blondell, cuyo triunfo en «Hay siempre una Mujer...» ha sido reconocido unánimemente

**JUVENIN**  
LO MEJOR Y MAS FACIL DE APLICAR PARA LAS CANAS



# "LA MAS DESEABLE COMPAÑERA PARA UNA ISLA DESIERTA"

MADLINE CARROLL FUE PROCLAMADA POR LOS ESTUDIANTES DE COLUMBIA UNIVERSITY.—LA ADORABLE RUBIA NO SABE LA RAZON, NO CREE LAS QUE SE LE DAN Y SOSPECHA OTRAS



Madeline Carroll en la ceremonia en que fué proclamada por los alumnos de «Columbia University» (New York), la más deseable compañera para una isla desierta.

MISS Isla Desierta parece ser la última y más sugestiva creación del afán universal de elegir misses, la más hermosa, la más simpática, la mejor vestida, la más caritativa, la mejor compañera, etc. La primera reina de esta calificación fué votada por los estudiantes de «Columbia University» de Nueva York al tenor de la pregunta «¿Cuál sería la persona más deseable para compañía si uno se quedara aislado en una isla desierta?». La elegida fué Madeline Carroll «rubia tan adorable que ella sola justifica la existencia del Imperio Británico» al decir de un escritor neoyorquino.

En los primeros días de mayo llegó Miss Carroll a Nueva York para visitar a sus admiradores, ser coronada en el «campus» de la Universidad y según ella declaró «para saber cuál era la razón por la cual ella podía ser la persona más deseable para acompañar a un náufrago en una isla desierta». Esta pregunta de Miss Carroll había sido contestada de antemano en los fundamentos de la resolución de los estudiantes que la eligieron. Dice que las razones son: «Su habilidad para hablar francés, sus ojos azules, su pelo rubio, su perfil clásico y su perfecta silueta».

Miss Carroll cree que sólo en la última de estas causas iban acercándose a la verdadera. No ve ninguna razón para el hecho de hablar francés bien, calificara particularmente a una persona para buena compañía en una isla desierta. Y como son tantas las actrices y muchachas de pelo rubio y ojos azules, no ve tampoco en eso un mérito especial para la selección.

Cuando se la preguntó por la interpretación que ella daba al caso, contestó: «Estoy tanto o más a ciegas que ustedes. Antes de partir de Hollywood pregunté a varias amigas cuál sería la elección de ellas para compañero en una isla desierta; unas me dijeron Clark Gable, otras Wallace Berry. Con lo cual me he quedado más a ciegas que nunca, si bien alcanzo a vislumbrar algo que nadie quiere mencionar, pero que está en todas nuestras mentes».

Si fuera ella la que hubiera de elegir, Miss Carroll dijo que la condición indispensable sería el «sense og humour». En una isla desierta hay que combatir con la risa el aburrimiento. Miss Carroll habla francés a la perfección porque su madre fué una francesa, y su padre un irlandés profesor de lenguas y un sabio en ellas. La educó para maestra y quería que siguiera con los altos estudios lingüísticos; Madeline tuvo que escaparse del hogar en West Bromwich (Inglaterra) para poder seguir su vocación artística. Antes había recibido su título de bachiller en la Universidad de Birmingham. Enseñó privadamente y hasta trabajó de obrera en Londres a la espera de la oportunidad que llegó en la persona de Seymour Hicks, el actor y

director que le dió el primer papel en un drama. Bastaron unos pocos años para destacarla como estrella de primera magnitud en la pantalla británica.

En Hollywood su triunfo fué más rápido. Después de varios éxitos culminó en «Lloyd de Londres». Después de aceptar en persona su proclamación como la más

«deseable compañera en una isla desierta» marchó a una gira por Europa para la exhibición de su nueva película «Rising Tide».

## EL AGA KHAN, SEÑOR DE SESENTA MILLONES DE MAHOMETANOS

El prelado, el político, el millonario y el mundano

MAGINEMOS a Buda a Confucio o Mahoma, viviendo en un palacio de Londres, con departamento en París para breves temporadas, una villa en la Riviera, dueño de los mejores establos de caballos, casado con una bella italiana primero y graciosa francesa después, ganando el Gran Prix de Longchamps, el Derby de Epsom, vistiendo los chaquets y fracs de última moda, comiendo manjares exquisitos bien regados de champaña y derramando monedas sobre los tapetes de Monte Carlo y Deauville. ¿Absurdo, verdad? Absurdo, pero enteramente real y ocurriendo a nuestra vida en nuestra época y con tal naturalidad que ya no le encontramos nada de particular.

El caso de un descendiente de Mahoma por la línea de Princesa Fatima, Su Alteza el Príncipe Aga Khan. Pocos se dieron cuenta de que cuando este magnate presidió el año pasado la Liga de las Naciones, era Dios mismo quien la presidía. El Aga Khan es Dios para no menos de sesenta millones de mahometanos de la secta Shlahs, la única secta disidente musulmana. Más que un mandatario o Príncipe es un prelado, Pontífice máximo de una religión cuyos adeptos miran en él a la suprema autoridad espiritual y política sea cual fuere el país donde residan.

pagados de manera enteramente voluntaria. Los fieles no sólo pagan el tributo como obsequio a su Dios, sino que se daban los más serios cuidados para cerciorarse de que llegaban a su poder. Este Aga Khan murió a los ochenta años, el hijo que le sucedió sólo vivió dos años, y así el actual Aga Khan nacido en 1877 pasó a ser el Aga Khan y jefe espiritual de los mahometanos ismaelitas cuando sólo tenía diez años de edad. Lo ha sido hasta hoy día. Acaba de celebrar el año pasado sus cincuenta años de reinado y de Jefatura espiritual. Con este motivo en Bombay como en Nairobe (Africa) y en todos los sitios donde acudió a dar a sus fieles el honor de que lo miraran fué pesado (literalmente) en balanzas contrapesadas con oro. Pesó 237½ libras y sus adoradores se apresuraron a depositar en el otro platillo las 25,125 libras que lo contrapesaron. La suma fué invariable-

mente obsequiada al Aga Khan quien la devolvió en el acto rogando a sus súbditos que la dedicaran a fines de beneficencia.

Pierre Bonoit, refiere que visitando una Capilla en Siria se dió cuenta de que en el altar rodeado de velas estaba el retrato de Aga Khan tal como él lo había visto en Biarritz y los hipódromos de moda. Cuando habló de que lo conocía personalmente, los ismaihanos se llenaron de regocijo; era un honor sin par estar cerca de alguien que conocía personalmente a Dios. Cuando les habló de la vida occidental que llevaba no les hizo la menor impresión. El era Dios y lo que hiciera estaba bien. Lo que más les interesaba era saber si recibía puntualmente las monedas que ellos pensosamente economizaban para mandarle todos los años.

El Aga Khan sólo llegó a Inglaterra el año 1901 en su primera visita; desde entonces ha residido la mayor parte del tiempo en Europa. Pero se equivocan los que creen que sólo existe el Aga Khan de frívolos restaurantes e hipódromos. El Aga Khan mantiene su fervorosa devoción que acrecentó su influencia en el mundo musulmán. Diariamente se hace leer versículos del Koran y hace sus oraciones con estricta puntualidad. Mientras sigue su vida mundana abstruvel personalmente los conflictos de fe que le someten sus creyentes de medio globo. De ellos recibe al año más o menos 450,000 libras. Pero esa no es su única renta, tiene bienes propios que le producen una buena entrada.

Aparte del mundano, el jefe religioso y el millonario hay en este personaje el político de triunfos caídos pero trascendentales. Los mahometanos no tenían influencia ni intervención política alguna en la India cincuenta años atrás, es el Aga Khan quien se las ha dado secundado por el gobierno inglés que así ha establecido un equilibrio con los hindúes. Pero hasta de los hindúes es respetado el Aga Khan. Cuando hubo que elegir un presidente para la delegación india al Consejo que redactó la nueva constitución en Londres, el único que pudo reunir los votos mahometanos e indios fué el Aga Khan.

Fuó casado con una princesa india de la cual se divorció porque no le daba hijos. De una dama italiana que murió tuvo a su actual heredero Ali que se casó con Lady Yarde, divorciada de un millonario inglés. De su tercera esposa Mademoiselle Carron, francesa ha tenido un hijo Sadruddin.



Clara Denis, por su parte, era considerada como una de las jóvenes más atractivas del bazar: todas admiraban la distinción de su figura y su elegante atavío. Después de aquella tarde en que supo algo de la historia de Natalia, su ambición fué parecerse a aquella joven, cuya familia había sido tan rica y principal.

Empezó a imitar las maneras y el modo de hablar de Natalia, procurando ser igual que aquélla, a quien consideraba muy correcta. Natalia simpático con la joven, y se mostró muy cariñosa con ella, aun a costa de sus horas de descanso. Clara consideraba que la amistad consistía en estar charlando horas y horas, contando las tonterías y pequeñas diferencias que ocurrían en la tienda, y criticando a todas las que consideraba inferiores a ella. La madre de la señorita Blair había sido lavandera, y la señorita Denis no comprendía cómo podía esperar que la considerase igual a ella.

Natalia procuró interesar a Clara en asuntos más elevados; pero ésta, aunque procuraba atender, segura de que lo que la señorita Kinght decía era lo que debía ser, bostezaba y se aburría soberanamente, concluyendo siempre por llevar la conversación al terreno de la crítica. A pesar de los defectos de su educación, Clara era buena y compasiva, y se hacía querer de sus compañeras, que no encontraban nada que criticar en ella. Su defecto capital consistía en creerse muy superior a las que la rodeaban, y al encontrar que Natalia era, socialmente considerada, superior a cuantas personas había tratado hasta allí, procuró ser su amiga íntima.

Tuvo, sin embargo, buen cuidado de no contar a nadie el descubrimiento del libro y la fotografía, porque tenía la seguridad de que todas las jóvenes querían participar de su amistad apenas supieran su historia, y Clara no quería compartir con ninguna aquella amistad. El carácter de la señorita Denis tenía en el fondo una parte de egoísmo y envidia, que generalmente se ocultaba bajo sus maneras agradables y su deseo de hacerse simpática.

Natalia vió aquella tendencia algo egoísta; pero no era la única que había en el bazar de Kimber. Las jóvenes que trabajaban para vivir y tienen que abrirse paso en el mundo, suelen pensar, generalmente, en sí antes que en las demás, creyéndose superiores a ellas.

### CAPITULO XII

¡Hallada!

Hassard llegó a Bamberton después de un largo viaje, y, como ya hemos dicho, buscó alojamiento en una fonda económica. Antes de empezar sus pesquisas, durmió perfectamente, y almorzó con buen apetito. Bamberton era una ciudad grande y animada, llena de fábricas y almacenes; los tranvías eléctricos circulaban por todas partes conduciendo empleados a sus talleres y niños cargados de libros, a los colegios.

Hassard dió un paseo por la ciudad, demorando su llegada al bazar de Kimber hasta que, pasados los primeros momentos, las cosas estuvieran en orden y cada uno en su puesto. Al llegar al gran edificio que ostentaba en grandes letras doradas el nombre de «Bon Marché de Kimber», vió otra casa menor, semejante al bazar y muy próxima a él.

Era un edificio con una porción de ventanas, todas iguales, con idénticos visillos y adornos siendo la única diferencia las plantas que se veían en algunas. Aquella uniformidad llamó la atención de Hassard, que, mirando con atención, leyó el nombre de Kimber repetido en los visillos, las persianas y los felipudos colocados delante de varias puertas pertenecientes al edificio, que era, como habrán supuesto nuestros lectores, el destinado a vivienda para las jóvenes empleadas en el bazar. Hassard, que nunca había visto nada semejante, observaba maravillado aquella previsión, cuando en una de las ventanas apareció una cabeza que lanzó a la calle una rá-

pida ojeada: era Clara, que había ido corriendo a su habitación a buscar ciertas muestras olvidadas allí. Al pasar junto a la abierta ventana vió un hombre mirando a la casa, y no pudo resistir a la tentación de ver quién era. Nunca le había visto, no le conocía; pero era guapo y tenía un aire especial, que ella llamaba «caballeresco». Inmediatamente pensó que la habría visto en alguna parte y quería saber quién era y dónde vivía. Cosas semejantes ocurren todos los días en las novelas.

Las miradas de Hassard eran tan fijas y prolongadas al contemplarla, que parecían verdaderamente dar cuerpo a la idea de que sentía un interés especial por ella. Hassard, por su parte, pensaba que aquella joven sería tal vez amiga de la que buscaba, y que podía ayudarle en su plan. Clara volvió al bazar pensando en el hermoso forastero: era el episodio del día, y ni siquiera oyó la repre-

comprendido el caso, y no teniendo ningún interés personal por Clara, contentó con amabilidad que había una señorita apellidada así en el «Bon Marché», y se acarició el bigote esperando otra pregunta.

Hassard, satisfecho al ver realizados sus deseos, continuó: «¿Podrá usted indicarme cuál es entre todas las señoritas presentes? Supongo que estará aquí».

El dependiente miró a los mostradores, mientras Nicolás esperaba impacientemente. «¿Ve usted aquellas jóvenes que están a la izquierda, en la sección de encajes? La tercera, empezando a contar por la derecha, es Clara Denis; precisamente ahora coloca un fichú sobre la barra».

Hassard dirigió sus miradas al punto indicado: una joven que estaba de puntillas y algo inclinada sobre el mostrador, colocaba un trozo de delicado enca-



sión de Kimber porque había tardado, al entregarle las muestras pedidas. Al ir a su sitio en el mostrador, miró a Natalia sentada en su escritorio, y sintió no poder cambiar con ella algunas palabras. Tenía algo digno de ser contado: un joven parado y mirando fijamente a su casa, y especialmente a la ventana de Clara; porque de eso no tenía la menor duda.

Entretanto, Hassard llegaba al bazar. Como era temprano y había aún poca gente comprando, los empleados arreglaban las cajas, limpiaban los mostradores y disponían la tienda para los negocios del día. El amo, hueco y pomposo, estaba en medio dirigiendo el trabajo de todos, excitado y satisfecho.

Un joven alto detuvo a Hassard cuando entró preguntándole cortésmente lo que deseaba. Nick, tomando cierto aire confidencial, le dijo:

«Vengo únicamente a hacer ciertas averiguaciones. Me han dicho que hay una señorita empleada aquí, llamada Dennys; ¿puede usted decirme si es así efectivamente?»

El dependiente, seguro de que había

a usted todo lo que desea saber. Y desapareció, para no dar lugar a que Kimber le tachara de holgazán. «Buenos días, caballero — dijo éste acercándose con prosopopeya—. ¿Puedo servir a usted en algo? ¿A qué sección puedo dirigirle?»

«Venía a preguntar por la señorita Dennys, que creo está empleada aquí, y ese caballero me decía quién era».

Al señor Kimber le molestaban mucho los noviazgos y coqueteos de sus empleadas, aunque consideraba indigno de él darse por entendido. En otras circunstancias hubiera despedido con cajas destempladas a cualquiera que fuese preguntando por las empleadas, especialmente en horas de despacho; pero era un hombre experto, y no quería correr el riesgo de ahuyentar a un comprador posible. Contemporizaba porque era temprano, las ventas no habían empezado aún, y podía dejarse un momento la seriedad. El, también complacido dirigió la vista a la sección de encajes.

«Sí; tenemos el placer de contar a la señorita Denis en nuestra numerosa familia. Allí está; y me parece que es buena muestra del trato que damos a nuestras empleadas. Creo que nunca en la vida la habrá usted encontrado mejor de salud».

Hassard murmuró algo, cualquier cosa; el qué no viene al caso, y Kimber, sin oírlo, continuó con amabilidad:

«Si usted quiere decirle algo... No es esa la costumbre del bazar durante las horas de despacho; pero por una vez, ya que la señorita Denis es una señora y se conduce como tal, no tengo inconveniente en hacer una excepción en favor de usted, a condición de que no ocurra otra vez; aunque creo inútil hacer esta advertencia. No sería cosa muy agradable tener aquí a los amigos de las señoritas estorbando las ventas; ¿comprende usted? Eso sería la ruina».

Y levantando la voz para dominar el murmullo del bazar y el ruido de los pa-

ses, gritó: «Señorita Denis, tenga usted la bondad de venir un momento».

Clara, al oír su nombre, dejó las cajas de encajes que estaba arreglando y al ver al señor Kimber hablando con el forastero, se puso roja como una amapolilla. Llena de confusión y sobresalto, salió del mostrador, y se acercó a ellos.

«Señorita Denis —dijo Kimber sonriendo amablemente y recordando los días de su juventud—, este caballero, el señor Hassard, pregunta por usted. Esto es contrario a las reglas del establecimiento; pero como él lo ignoraba y aún es temprano, no tengo inconveniente en permitir a usted que hable con él unos momentos, y pueda decirle que no la tratamos a usted tan mal como podría creerse. No es usted desgraciada entre nosotros; ¿verdad, señorita?»

«¡Oh, no, señor Kimber! —Y Clara acompañó estas palabras con una ligera sonrisa, atreviéndose a mirar al forastero, que, alto y hermoso, se mantenía erguido junto al dueño del bazar. Este vió la sonrisa y la mirada, y sintió mayor benevolencia aún».

«¡Oh, no, señor Kimber! —Y Clara acompañó estas palabras con una ligera sonrisa, atreviéndose a mirar al forastero, que, alto y hermoso, se mantenía erguido junto al dueño del bazar. Este vió la sonrisa y la mirada, y sintió mayor benevolencia aún».

«¡Oh, no, señor Kimber! —Y Clara acompañó estas palabras con una ligera sonrisa, atreviéndose a mirar al forastero, que, alto y hermoso, se mantenía erguido junto al dueño del bazar. Este vió la sonrisa y la mirada, y sintió mayor benevolencia aún».

«¡Oh, no, señor Kimber! —Y Clara acompañó estas palabras con una ligera sonrisa, atreviéndose a mirar al forastero, que, alto y hermoso, se mantenía erguido junto al dueño del bazar. Este vió la sonrisa y la mirada, y sintió mayor benevolencia aún».



—Bien —añadió—; dejaré que hablen ustedes cinco minutos, sin olvidar, por supuesto, que es contrario a las reglas recibir visitas aquí, y que sólo lo consentiré hoy.

Kimber se retiró satisfecho, creyendo poseer un tacto delicadísimo. Esa era, indudablemente, la razón de que la señorita Denis no hiciera caso alguno de los empleados que pretendían agradarla. Era una señora en toda la extensión de la palabra; precisamente lo que a él le gustaba tener en su establecimiento, porque allí no había nada basto ni ordinario, por barato que fuera.

Hassard aprovechó la ocasión antes que se perdiera el eco de las ruidosas pisadas de Kimber.

—Dispense usted, señorita — murmuró—; hay una pequeña equivocación; quería que me presentaran a usted, y no pretendía por ningún concepto introducirme como un antiguo amigo.

—¡Una presentación! —dijo Clara sorprendiéndose—. No puedo comprender la necesidad de ella. Supongo que las palabras del señor Kimber pueden servir perfectamente a ese fin.

—Creo exactamente lo mismo —repuso Nicolás, no queriendo por ningún concepto que Clara comprendiera su objeto al solicitar verla; y asiendo la ocasión por los cabellos, añadió: —Vi a usted, y quise saber su nombre y tener una entrevista. Eso es todo.

**CAPITULO XIII**  
Progresos

¡Qué ingenuamente lo había dicho! Se veía al instante que era un caballero, aunque su traje no era flamante. No parecía estar en una brillante posición; pero ¡era tan guapo, y sus modales, tan finos! El Corazón le Clara saltó de júbilo. La había visto, y quería conocerla; era, pues, cierto, que lo que miraba en la casa era su venana, esperando verla asomarse. Así empezaban los amores en muchas novelas que había leído; no había nada más romántico y delicioso. ¡Qué lástima que la señorita Kinght no mirara hacia ellos!

Hizo una porción de coquetuerías con los ojos. No era aquello seguramente lo que Hassard esperaba, dada la posición y el rango de su familia; pero estando empleada en una tienda, no podía esperarse otra cosa. Después de todo a él le era indiferente que la heredera fuese de uno u otro modo: lo que él buscaba era su dinero; la joven era un asunto secundario, y no se sentía satisfecho ni disgustado al verla, pues le era del todo indiferente. Hubo, sin embargo, alguna cosa en las candorosas miradas de Clara que le hizo sonreír. ¡Era casi una niña, y tan débil e indefensa!... Se despertó en él la curiosidad, y empezó a pensar en divertirse, a más de aprovecharse de la futura herencia.

El asunto prometía ser fácil; era una coquetuela que caería a sus pies apenas le prodigara unas cuantas palabras cariñosas y algunas galante atenciones. Entonces mismo la tenía delante, agitada y palpitante de curiosidad, esperando seguramente una declaración. Las demás jóvenes, envidiosas de su suerte, miraban desde los mostradores para ver quién era el amigo de la señorita Denis.

—Este sitio no es muy a propósito para hablar —dijo Hassard—. ¿Podría tener el placer de ver a usted en otro sitio, a fin de continuar nuestra amistad? Tengo interés en verla otra vez...

—Sí, en el Parque; la mayor parte de las noches paseo allí. Hay música dos veces a la semana.

Kimber, volviendo de su paseo hasta el extremo del bazar, llegaba cerca de ellos; el tiempo concedido iba a terminarse, y Clara debía volver a sus encajes después de aquella inusitada indulgencia.

—Procuraré hallar ocasión para tener el placer de ver a usted otra vez —dijo Hassard quitándose el sombrero, y saludando del modo más gracioso y fascinator que jamás había visto Clara.

Kimber estaba junto a ellos. Hassard

le dió las gracias, hizo otro saludo, y fué hacia la puerta.

—¿No ha comprado nada su amigo? —preguntó Kimber, que creía lógico que hubiera dado aquella pequeña muestra de gratitud—. ¡Bueno; no importa! Su Tendría que hablar de cosas más interesantes; ¿eh?

Clara volvió a su sitio con las mejillas encendidas, y es de suponer que aquella mañana no estuvo muy atenta a las demandas de los compradores.

Le ocurría una aventura semejante a las que ella había leído en las novelas, y ya se sentía heroína.

Las preguntas de las demás señoritas de la misma sección aumentaron su alegría. Todas convinieron en que el joven era muy gallardo y de aspecto simpático y elegante. Era, en una palabra, el marido que ella había soñado, el que pedía a la Providencia. ¡Infeliz Clara! ¡Tan pronta a caer en los brazos del primer hombre que se pareciera al héroe entrevisto en sus ilusiones!



¡Si ella hubiera podido saber que clase de héroe era Hassard!

Clara pasó todo el día pensando en el forastero. Al llegar la tarde, en un momento que pudo hablar con Natalia cuando entraban a tomar el te que Kimber mandaba servir por turno a sus empleados según iban teniendo ocasión, por que aquella hora el bazar solía estar lleno de gente, después de correr para alcanzarla, le dijo apresuradamente al oído:

—¿No sabes lo que me ha ocurrido, Natalia?

—¿Qué? —preguntó ésta, sorprendida al oír que le hablaban en el paso subterráneo que iba desde el bazar hasta el comedor de la casa donde habitaban, y reconociendo a Clara—. ¿Te han aumentado el sueldo, o te han trasladado al despacho de guantes? —añadió, recordando que en varias ocasiones había oído a la joven manifestar estas dos aspiraciones.

—¡Oh, nada de eso! Nada acerca del «Bon Marché» ni de cosas relacionadas con él. Es un trozo de novela. Un caba-

llero elegante y distinguido que vino esta mañana al bazar, suplicó al amo que me presentara a él.

—¡Qué hombre tan impertinente! ¡Sería forastero?

Clara se quedó fría al ver cómo tomaba el asunto su amiga.

—¡Oh, Natalia! No era un impertinente; lejos de eso, sus maneras eran muy respetuosas, y estuvo muy correcto hablando antes al señor Kimber.

Natalia tuvo que admitir que nada hubiera sido más correcto.

—¿Y para qué quería serle presentada? —dijo—. ¿Tenía algún asunto que tratar contigo?

—No; ninguno —dijo Clara—. Los caballeros no suelen tener negocios serios con las jóvenes.

La expresión de su semblante y la sonrisa que se dibujó en sus labios, revelaron el resto a Natalia.

El que esperaba la vió enseguida, y haciendo un saludo, que Clara consideró muy elegante, se dirigió a ella.

—¡Esto es delicioso! —murmuró Hassard, pues él era el que esperaba—. ¿Vamos al otro extremo? Hace un momento había allí algunos asientos libres.

Clara asintió satisfecha. Atravesaron los jardines, seguidos de las curiosas miradas de otras señoritas del bazar que paseaban también con sus admiradores. En el «Bon Marché» había corrido aquel día con la celeridad del rayo la noticia de que la señorita Denis tenía novio. Tuvieron la suerte de encontrar los asientos de que hablara antes Nicolás, y se posaron de ellos, a fin de hablar con comodidad, porque no había que perder tiempo. Era preciso asegurar la presa antes que llegara Harcastle al campo de Batalla.

—¿Está usted contenta con su vida y su trabajo, señorita? —preguntó Nick—. Supongo que debe usted de sufrir mucho por su cambio de posición.

Clara abrió admirada sus hermosos ojos azules. Era indudable que había reconocido su superioridad, si bien no se podía esperar otra cosa de aquel caballero.

—¡Si; es un gran cambio, verdaderamente—exclamó—. Al principio se me hizo muy duro; pero el amo es muy considerado y bueno, y las señoritas muy amables y cariñosas en su mayoría, aunque claro está que no fui educada para ejercer tales funciones.

—Indudablemente. ¡Parece mentira que haya usted tenido que recurrir a ellas! ¿Supongo que no se propondrá usted estar mucho tiempo en ese bazar?

Una mirada afectuosa acompañó a estas palabras; Clara entendió su significado, y se ruborizó respondiendo con cierta coquetería;

—Eso será según y conforme.

—Pero ¿no rehusará usted abandonar lo si se le presenta otra cosa mejor?

—Tenía que ser algo muy bueno —repuso la joven mirándole de un modo que, según ella creía, sugestionaba a todos los dependientes del «Bon Marché». No pienso dejarlo para tomar otra cosa que se presentara, a menos que me conviniera mucho.

Así empezó. El resto fué muy fácil; tan fácil, que Hassard se felicitó de haber llegado a tiempo, porque una joven que ayudaba tanto al primer hombre que le hacía la corte, hubiera sido exacer-

—Me parece muy impertinente todo eso —repuso ésta—. ¿Cómo podía suponer que tú querías tener amistad con él? No creo que tuviera derecho a darlo por descontento.

—Si; si lo tenía. Ya te he dicho—repuso Clara—que es un caballero muy elegante. Tiene que saber, indudablemente, que cualquiera señorita se consideraría feliz al conocerle. ¿Verdad que parece cosa de novela? Nunca me ha ocurrido nada semejante. Siempre creí que se realizaría el ideal que yo tenía, pero no pensaba que sería así, ni tan pronto.

—Pero seguramente —observó Natalia— no estarás ya tan interesada en el asunto que creas que... —Y calló sin atreverse a terminar su pensamiento.

—Me parece que no me equivoco. Preguntó si podría verme otra vez, y si podría esperar la dicha de hablar formalmente conmigo. Con seguridad que está mañana en el Parque oyendo la música —dijo Clara.

—Pero ¿no sabes quién es? —interrogó Natalia—. ¿No lo sabe tampoco el señor Kimber? Sé cauta, porque es pe-

ligroso entablar amistad con un desconocido.

—Creo que tengo edad para saber lo que debo hacer —repuso Clara algo ofendida—, y él es todo un caballero. Siempre creía que lo más delicioso que puede ocurrir a una joven es que se enamoren de ella a primera vista.

—¿Enamorado? Habrá ido tan lejos en sus cálculos proféticos —pensó Natalia; pero no añadió una palabra más y volvió al bazar, comprendiendo la inutilidad de los consejos que podía y debía dar a Clara.

Dies minutos después de cerrar el «Bon Marché», la esbelta figura de Clara Denis apareció en la puerta de su morada. Había cambiado con gran presteza su traje de diario, y llevaba el mejor que tenía; se calzó los guantes, y tomó el camino del Parque. Allí estaría él; era seguro. Si no estaba, sufriría un desencanto; pero no; diremos que no tuvo que sufrir, lo adelantando los sucesos.

La música tocaba la overture de una opereta cómica, y había mucha gente paseando o sentada bajo los árboles. Apenas había dado Clara una decena de pasos por los jardines, cuando descubrió a un hombre que, indudablemente, esperaba a alguien junto a la verja.

Esto no era extraño( porque todos los enamorados de Bamberton se daban cita en el Parque; pero había algo en el que esperaba allí que no permitía confundirle con otro, y el corazón de Clara latió de alegría.

El que esperaba la vió enseguida, y haciendo un saludo, que Clara consideró muy elegante, se dirigió a ella.

—¡Esto es delicioso! —murmuró Hassard, pues él era el que esperaba—. ¿Vamos al otro extremo? Hace un momento había allí algunos asientos libres.

Clara asintió satisfecha. Atravesaron los jardines, seguidos de las curiosas miradas de otras señoritas del bazar que paseaban también con sus admiradores. En el «Bon Marché» había corrido aquel día con la celeridad del rayo la noticia de que la señorita Denis tenía novio. Tuvieron la suerte de encontrar los asientos de que hablara antes Nicolás, y se posaron de ellos, a fin de hablar con comodidad, porque no había que perder tiempo. Era preciso asegurar la presa antes que llegara Harcastle al campo de Batalla.

—¿Está usted contenta con su vida y su trabajo, señorita? —preguntó Nick—. Supongo que debe usted de sufrir mucho por su cambio de posición.

Clara abrió admirada sus hermosos ojos azules. Era indudable que había reconocido su superioridad, si bien no se podía esperar otra cosa de aquel caballero.

—¡Si; es un gran cambio, verdaderamente—exclamó—. Al principio se me hizo muy duro; pero el amo es muy considerado y bueno, y las señoritas muy amables y cariñosas en su mayoría, aunque claro está que no fui educada para ejercer tales funciones.

—Indudablemente. ¡Parece mentira que haya usted tenido que recurrir a ellas! ¿Supongo que no se propondrá usted estar mucho tiempo en ese bazar?

Una mirada afectuosa acompañó a estas palabras; Clara entendió su significado, y se ruborizó respondiendo con cierta coquetería;

—Eso será según y conforme.

—Pero ¿no rehusará usted abandonar lo si se le presenta otra cosa mejor?

—Tenía que ser algo muy bueno —repuso la joven mirándole de un modo que, según ella creía, sugestionaba a todos los dependientes del «Bon Marché». No pienso dejarlo para tomar otra cosa que se presentara, a menos que me conviniera mucho.

Así empezó. El resto fué muy fácil; tan fácil, que Hassard se felicitó de haber llegado a tiempo, porque una joven que ayudaba tanto al primer hombre que le hacía la corte, hubiera sido exacer-

lloso entablar amistad con un desconocido.

—Creo que tengo edad para saber lo que debo hacer —repuso Clara algo ofendida—, y él es todo un caballero. Siempre creía que lo más delicioso que puede ocurrir a una joven es que se enamoren de ella a primera vista.

—¿Enamorado? Habrá ido tan lejos en sus cálculos proféticos —pensó Natalia; pero no añadió una palabra más y volvió al bazar, comprendiendo la inutilidad de los consejos que podía y debía dar a Clara.

Dies minutos después de cerrar el «Bon Marché», la esbelta figura de Clara Denis apareció en la puerta de su morada. Había cambiado con gran presteza su traje de diario, y llevaba el mejor que tenía; se calzó los guantes, y tomó el camino del Parque. Allí estaría él; era seguro. Si no estaba, sufriría un desencanto; pero no; diremos que no tuvo que sufrir, lo adelantando los sucesos.

La música tocaba la overture de una opereta cómica, y había mucha gente paseando o sentada bajo los árboles. Apenas había dado Clara una decena de pasos por los jardines, cuando descubrió a un hombre que, indudablemente, esperaba a alguien junto a la verja.

Esto no era extraño( porque todos los enamorados de Bamberton se daban cita en el Parque; pero había algo en el que esperaba allí que no permitía confundirle con otro, y el corazón de Clara latió de alegría.

El que esperaba la vió enseguida, y haciendo un saludo, que Clara consideró muy elegante, se dirigió a ella.

—¡Esto es delicioso! —murmuró Hassard, pues él era el que esperaba—. ¿Vamos al otro extremo? Hace un momento había allí algunos asientos libres.

Clara asintió satisfecha. Atravesaron los jardines, seguidos de las curiosas miradas de otras señoritas del bazar que paseaban también con sus admiradores. En el «Bon Marché» había corrido aquel día con la celeridad del rayo la noticia de que la señorita Denis tenía novio. Tuvieron la suerte de encontrar los asientos de que hablara antes Nicolás, y se posaron de ellos, a fin de hablar con comodidad, porque no había que perder tiempo. Era preciso asegurar la presa antes que llegara Harcastle al campo de Batalla.

—¿Está usted contenta con su vida y su trabajo, señorita? —preguntó Nick—. Supongo que debe usted de sufrir mucho por su cambio de posición.

Clara abrió admirada sus hermosos ojos azules. Era indudable que había reconocido su superioridad, si bien no se podía esperar otra cosa de aquel caballero.

—¡Si; es un gran cambio, verdaderamente—exclamó—. Al principio se me hizo muy duro; pero el amo es muy considerado y bueno, y las señoritas muy amables y cariñosas en su mayoría, aunque claro está que no fui educada para ejercer tales funciones.

—Indudablemente. ¡Parece mentira que haya usted tenido que recurrir a ellas! ¿Supongo que no se propondrá usted estar mucho tiempo en ese bazar?

Una mirada afectuosa acompañó a estas palabras; Clara entendió su significado, y se ruborizó respondiendo con cierta coquetería;

—Eso será según y conforme.

—Pero ¿no rehusará usted abandonar lo si se le presenta otra cosa mejor?

—Tenía que ser algo muy bueno —repuso la joven mirándole de un modo que, según ella creía, sugestionaba a todos los dependientes del «Bon Marché». No pienso dejarlo para tomar otra cosa que se presentara, a menos que me conviniera mucho.

Así empezó. El resto fué muy fácil; tan fácil, que Hassard se felicitó de haber llegado a tiempo, porque una joven que ayudaba tanto al primer hombre que le hacía la corte, hubiera sido exacer-

lloso entablar amistad con un desconocido.

—Creo que tengo edad para saber lo que debo hacer —repuso Clara algo ofendida—, y él es todo un caballero. Siempre creía que lo más delicioso que puede ocurrir a una joven es que se enamoren de ella a primera vista.

—¿Enamorado? Habrá ido tan lejos en sus cálculos proféticos —pensó Natalia; pero no añadió una palabra más y volvió al bazar, comprendiendo la inutilidad de los consejos que podía y debía dar a Clara.

Dies minutos después de cerrar el «Bon Marché», la esbelta figura de Clara Denis apareció en la puerta de su morada. Había cambiado con gran presteza su traje de diario, y llevaba el mejor que tenía; se calzó los guantes, y tomó el camino del Parque. Allí estaría él; era seguro. Si no estaba, sufriría un desencanto; pero no; diremos que no tuvo que sufrir, lo adelantando los sucesos.

La música tocaba la overture de una opereta cómica, y había mucha gente paseando o sentada bajo los árboles. Apenas había dado Clara una decena de pasos por los jardines, cuando descubrió a un hombre que, indudablemente, esperaba a alguien junto a la verja.

Esto no era extraño( porque todos los enamorados de Bamberton se daban cita en el Parque; pero había algo en el que esperaba allí que no permitía confundirle con otro, y el corazón de Clara latió de alegría.

El que esperaba la vió enseguida, y haciendo un saludo, que Clara consideró muy elegante, se dirigió a ella.

—¡Esto es delicioso! —murmuró Hassard, pues él era el que esperaba—. ¿Vamos al otro extremo? Hace un momento había allí algunos asientos libres.

Clara asintió satisfecha. Atravesaron los jardines, seguidos de las curiosas miradas de otras señoritas del bazar que paseaban también con sus admiradores. En el «Bon Marché» había corrido aquel día con la celeridad del rayo la noticia de que la señorita Denis tenía novio. Tuvieron la suerte de encontrar los asientos de que hablara antes Nicolás, y se posaron de ellos, a fin de hablar con comodidad, porque no había que perder tiempo. Era preciso asegurar la presa antes que llegara Harcastle al campo de Batalla.

—¿Está usted contenta con su vida y su trabajo, señorita? —preguntó Nick—. Supongo que debe usted de sufrir mucho por su cambio de posición.

Clara abrió admirada sus hermosos ojos azules. Era indudable que había reconocido su superioridad, si bien no se podía esperar otra cosa de aquel caballero.

—¡Si; es un gran cambio, verdaderamente—exclamó—. Al principio se me hizo muy duro; pero el amo es muy considerado y bueno, y las señoritas muy amables y cariñosas en su mayoría, aunque claro está que no fui educada para ejercer tales funciones.

—Indudablemente. ¡Parece mentira que haya usted tenido que recurrir a ellas! ¿Supongo que no se propondrá usted estar mucho tiempo en ese bazar?

Una mirada afectuosa acompañó a estas palabras; Clara entendió su significado, y se ruborizó respondiendo con cierta coquetería;

—Eso será según y conforme.

—Pero ¿no rehusará usted abandonar lo si se le presenta otra cosa mejor?

—Tenía que ser algo muy bueno —repuso la joven mirándole de un modo que, según ella creía, sugestionaba a todos los dependientes del «Bon Marché». No pienso dejarlo para tomar otra cosa que se presentara, a menos que me conviniera mucho.

Así empezó. El resto fué muy fácil; tan fácil, que Hassard se felicitó de haber llegado a tiempo, porque una joven que ayudaba tanto al primer hombre que le hacía la corte, hubiera sido exacer-

# Tres Coplas Famosas

UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE ARAGON.  
EN EL 93 ANIVERSARIO DEL NACIMIENTO DE FELIU Y CODINA, AUTOR DE "LA DOLORES"

POR F. DE BUSTAMANTE

El 11 de junio de 1845 nacía en Barcelona José Felíu y Codina. Desde muy temprana edad, cuando aún puede decirse que no había dejado el catecismo para cursar estudios superiores, ya empezó a distinguirse por la fluidez de su prosa que había de consagrarse como uno de los primeros literatos y dramaturgos hispanos antes de cumplir los cinco lustros. Felíu y Codina se destacó muy pronto en el periodismo y en el teatro catalán; fundaba periódicos y escribía dramas y la Ciudad Condal, testigo entonces de su obra, comentaba a diario los éxitos del joven literato que al frente del diario «La Jornada» y en la escena de la capital barcelonesa, escalaba la cumbre de la fama. Al cumplir veinte años, en 1865 Barcelona, su ciudad natal atraviesa una de tantas ráfagas de infortunio que el Destino ha deparado en muchas ocasiones a la gran capital del Condado. Una epidemia cólerica diezma su población sin que pueda atajarse el mal con las medidas adoptadas por el gobierno de Isabel II. Entre los que marchan está Felíu y Codina, que acompañado de su amigo inseparable, Federico Soler, toma el tren mixto con rumbo a Madrid.

Anoche cuando el férreo convoy se detiene unos minutos en Calatayud, la ciudad aragonesa. Un pobre, de fea cadadura, cruza el andén de la estación pidiendo limosna, y lanza al aire una canción.

«Si vas a Calatayud pregunta por la Dolores que es una chica muy guapa y amiga de hacer favores...»

Felíu y Codina, ensimismado en sus pen-

samientos y motivos que le alejan de su patria chica, escucha la copla. Aquella copla al parecer tan sencilla, le sugirió una poesía, la poesía se convirtió más tarde en zarzuela, y por último se hizo drama, un drama conocido en el mundo entero y que dió a su autor una verdadera fortuna. Felíu y Codina supo encarnar en sus personajes de la obra magna esa sencillez, nobleza baturra y honradez que son características de la región aragonesa, y dar tal vitalidad y colorido a «La Dolores» que Calatayud dejó desde entonces de ser una ciudad insignificante y casi olvidada, a pesar de haber ejercido un papel muy significativo en la historia de España. Calatayud está enclavada en terrenos donde existió la antigua Bilbills de los romanos, célebre por la fabricación de acero para las espadas. Fué en época remota un municipio de importancia extrema con privilegio de acuñar moneda. En sus campos rieron sangrientas batallas las tropas de Sertorio con las del Cónsul Metelo, y dentro de sus muros nació y murió el famoso poeta latino Valerio Marcial. La invasión árabe destruyó esta ciudad luego reedificada por los emires de Sevilla y conquistada en 1120 por Don Alfonso I de Aragón. Su posesión fué objeto de tenaces luchas entre los monarcas aragoneses y castellanos hasta que en 1291 presenció las bodas de Don Jaime II con la Infanta de Castilla. Todavía en 1625 alcanzaba especial prepon-



Dibujo de Ignacio P. Ortega, alegórico de la obra «La Dolores».—En ovalo, José Felíu y Codina, su autor.

derancia convocando allí Felipe IV las cortes españolas.

Sin embargo, Calatayud en las últimas décadas no pasaba de ser una ciudad insignificante; nadie se ocupaba de ella y escasamente se pronunciaba su nombre. Fué el genio de Felíu y Codina el que dió renombre y actualidad a la ciudad aragonesa. El nombre de «La Dolores» quedó ligado a la historia de Calatayud, y con caracteres imborrables, y la popularidad de la famosa copla fué durante muchos años el comentario obligado en las tertulias. En julio de 1898 un severo alcalde de la ciudad de la copla, acudió en queja a los Poderes Públicos, pidiendo se prohibiera la representación de «La Dolores», o la supresión de esa estrofa alusiva a los favores de la protagonista, por entender que ello era contrario a la honradez de las hijas de Calatayud. Poco consiguió el celoso alcalde con su gestión. El populacho, que en eso de las expansiones no admite frenos, cambiaba a veces la tonadilla:

«Si vas a Calatayud pregunta por la Lucía que hace los mismos favores que la Dolores hacía...»

Pero tampoco con esta innovación popular quedaba satisfecha la autoridad municipal de Calatayud. Era necesario desterrar de una vez y para siempre ese estigma de libertinaje atribuido a Lucía y a Dolores. Calatayud no merecía ese concepto tan frívolo de sus mujeres. Y en lo más áspero de esta polémica llegó a la ciudad bañada por el Jalón la eximia escritora Concha Espina. El Ayuntamiento en pleno la pidió su sabio consejo. ¿Qué hacer para reivindicar el honor de Dolores y de Lucía tan maltratadas por la copla popular?

Concha Espina, la autora de «La Esfinge Maragata» les dió la solución que creyó más adecuada al caso. Los concejales se miran atónitos... La solución era, una nueva copla:

«Si vas a Calatayud no pidas ciertos favores las mujeres son honrádas y los hombres son muy hombres.

Y de esa manera el ingenio de Concha Espina puso fin a lo que también empezaba a ser un drama real en la Casa Consistorial de Calatayud, y el Municipio, satisfechísimo de la resolución, pudo exclamar una vez más la frase de ritual: «Y se levanta la sesión.



JABONES "FINISIMOS" DE AGUSTIN REYES.



Hace unos cuantos años existía la triste opinión, de que en Cuba no se podían fabricar artículos de perfumería tan buenos como los extranjeros. En pocos años de trabajos y esfuerzos he logrado que tanto el público como el comercio, mantengan la opinión de que mis productos son tan buenos como los mejores. A todos, muchas gracias.

Continúa en la Pág. 11



# EL LOCOCARRIL POR FONTAINE FOX

DOÑA CATANA, LA GRANDE



Copyright, 1933—by Fontaine Fox, Trade Mark Reg. U. S. Pat. Off. One or More Rights Reserved

« CATANA, TRAE ACÁ ESA TIERRA MUSGOSA, PARA ENSEÑARTE COMO SE ECHA. NO ES COSA TAN FÁCIL. »



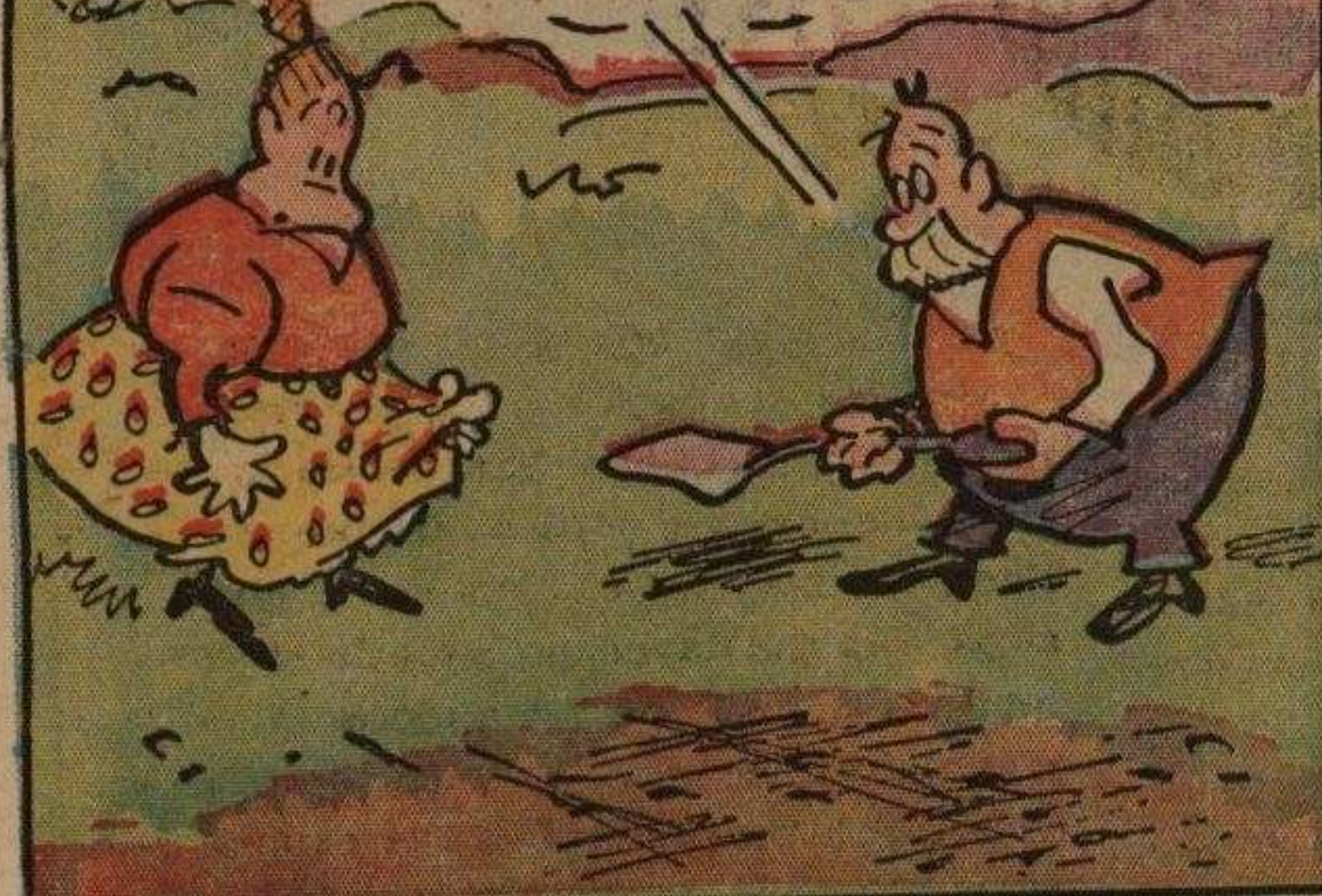
« ¡ FÍJATE CÓMO AGARRO LA PALA Y LUEGO GIRO CON ELLA! »



« ¿ TE FIJASTE CÓMO LO HICE? NO MUY RÁPIDAMENTE. »



« ¡ LO MÁS IMPORTANTE ES TENERLA HACIA ABAJO SIEMPRE! »



« ENSAYA A HACERLO SIN LLENARLA DE TIERRA! »



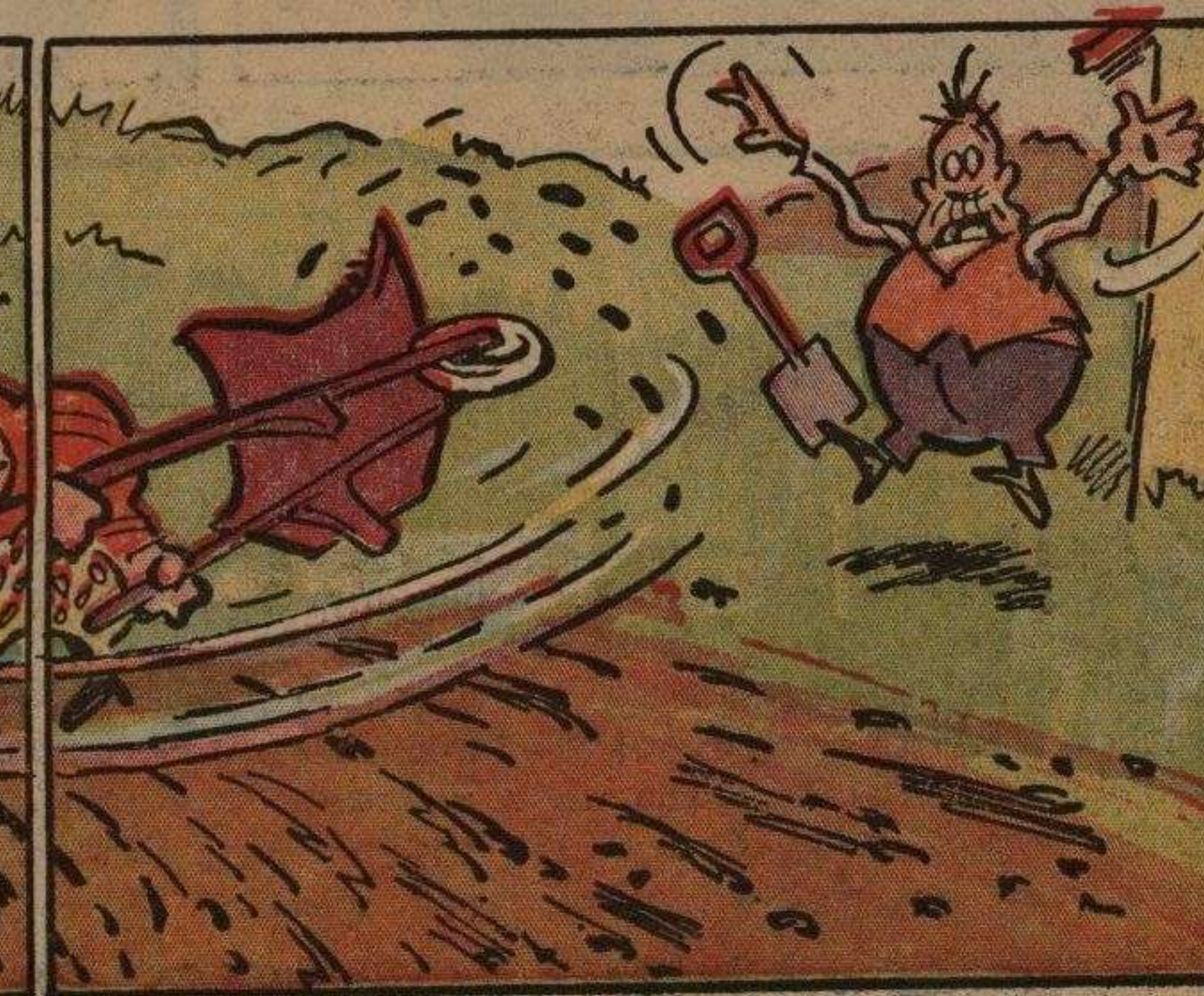
« ¡ BAH! ¡ YA TE HAS OLVIDADO DE TENERLA HACIA ABAJO! ¡ CARACOLE! »



« ESTUVO MUY BIEN. ESPERA MIENTRAS BUSCO OTRA PALA Y VERÁS QUE PRONTO REPARTIMOS TODA ESA TIERRA. »



« ¡ CATANA! »



« ¡ CARAY, CARAY, CARAY! ¡ REGASTE EL ÚLTIMO GRANO! »



# LA HORA DEL VALS

Por ISABEL TAVES

**A**PRENDA a bailar el vals, con la ayuda de sus padres si posible, porque ya ha vuelto a ponerse de moda en su más antigua majestad.

Los sitios de diversión nocturna más elegantes de esta ciudad se ven constantemente invadidos de público, especialmente muchachas jóvenes de ojos lánguidos y cutis de terciopelo que se columpian románticamente en los brazos de los buenos bailarines de vals. Las hermosas llevan el peinado alto que se está poniendo en boca, y vestidos largos de materiales como el chifón. Apenas se ve una espalda al desnudo; los modelos de trajes más populares entre la gente de gusto tienen mangas, y entre las más elegantes, mangas largas. Y cosa sorprendente, las mujeres que visten indumentaria sin tirillas a los hombros son las más jovencitas de la cosecha, aparte de que las más entradas en años vuelven a practicar el ameno pasatiempo, después de haber pasado la salsa y el guayacán tratando de dominar las formas más violentas del baile con tales prendas.

**Nueva York.** Si quieren las lectoras convencerse de lo dicho, sintonicen el radio por onda corta para que oigan lo que están tocando las orquestas principales de Nueva York. Guy Lombardo está totalmente transformado en un campeón del vals. Ruby Newman, cuya orquesta hace las delicias de las damas notables y las artistas que asisten al Rainbow Room de la Radio

City, se ha convencido tan cabalmente al bando del vals que lo está estudiando en todas sus formas, las vienesas lo mismo que las americanas. Hace poco preparó en dicho cabaret una fiesta dedicada al vals, seguida de un desfile de elegancias en el que las jovencitas de la alta sociedad newyorkina iban ataviadas con vestidos para vals diseñados nada menos que por la aristocrática Gloria Vanderbilt.

**R**ESULTA muy fácil creer que las ropas deben adaptarse estrictamente a los requisitos de nuestra vida cotidiana, pero no hay que olvidar que, a pesar de la abundancia de cosas demasiado artificiales, las tendencias más importantes de la moda generalmente se orientan hacia la necesidad de nuevas ropas que sienten las mujeres acostumbradas a vestir bien. Por ejemplo, la nota elegante de los tacones más bajos que se están usando hoy la iniciaron unas cuantas jo-

vencitas activas de nuestro gran mundo. Los guantes corridos que tanto se usaron en el pasado verano fueron el producto de un deseo muy sentido que tenían estas chicas de conservar sus manos calientes. La locura del vals, resucitada ahora, es el derrotero lógico que han seguido las damas interesadas en bailar con ritmo suave y lleno de gracia. No es posible imaginarse a una hermosa mujer, ataviada en un bello vestido de noche, haciendo las piruetas atléticas del jazz. El invierno pasado contemplamos una serie de vestidos ideales expresamente para los bailes violentos, mientras que en la primavera y el verano a lo que se aspira es a ser una expresión acabada de la belleza y el romanticismo. Las damas elegantes de la actualidad van a rendirle homenaje a las notas del Danubio Azul y a lucir sus encantadoras prendas en un ambiente de puro vals.

Arlene Blackburn, la primorosa rubia que hace los programas de Kitty Kelly por el micrófono de la Columbia Broadcasting Company, posee uno de estos sublimes vestidos románticos de última hora. Se trata de muchas yardas de material de malla color de rosa, ribeteado de gollillas. Uno de los detalles más interesantes de este vestido es que tiene un corte ceñido en la cintura. La amplitud de la falda comienza en las caderas y Miss Blackburn se entalla la cintura con un ceñidor de hojas de oro. El cuello es de corte abierto en forma de "V" al frente, pero la parte superior de los brazos está cubierta por mangas afarraladas muy elegantes.

Las características de este modelo que acabo de describir son casi iguales a las de las demás ropas que he visto recientemente. Maggy Rouff, una de las diseñadoras más originales de París, ha creado un modelo de vals llamado Romance para la artista de la radio Jean Sothorn. Tiene corpiño de organdí color frambuesa, muy entallado en las caderas, pero la falda es amplísima y está confeccionada de un satén azul pálido con una serie de lazos que le dan un efecto acolchado. Encima de esta hermosa prenda de vestir, Jean lleva un tapado de crepé color de rosa con forro de satén.

Jean Sothorn luciendo el vestido "Romance" diseñado por Maggy Rouff, que encarna el nuevo espíritu de las modas de 1933. Bosquejo de Louise.



## Los NERVIOS la volvían casi loca



Lean esto detenidamente las que padecan de los nervios o de histerismo

¿Le ocurre a usted lo que a esta pobre mujer? Sus nervios irritados la encolerizan a cada momento o la hacen llorar es injusta con los suyos, ha perdido el gusto para la vida.

No querrá usted que semejante estado de cosas continúe, sobre todo si puede evitarlo. Muchas mujeres han conseguido alivio en tales casos ayudando a la naturaleza con el famoso Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham.

El Compuesto de Pinkham está hecho especialmente para la mujer. No contiene drogas dañinas, ni narcóticos, sino benéficas hierbas y raíces. Contribuye con la naturaleza a tonificar el organismo, proporcionando ansioso alivio a los nervios agitados, a los períodos de abatimiento y al malestar asociado a los desarreglos femeninos.

Por tres generaciones unas mujeres dicen a otras que "para sentirse bien" no hay nada como el Compuesto de Pinkham, y más de un millón de mujeres agradecidas han escrito de los buenos resultados obtenidos. Pruébelo también usted.

Compuesto Vegetal de Lydia E. Pinkham

98 de cada cien les hace BIEN



# JUNTA Musical

**D**ISCUTIR con un hombre borracho es una de las cosas más absurdas que puede hacer un hombre normal. A pesar de los impedimentos racionales que esto ofrece, Adolph Adamson, el productor en jefe de los estudios cinematográficos Colossal, continuaba tratando de persuadir al actor Dean Denham.

—¡Fíjate en tí mismo, Dean! Estás lamentable...  
—¿Cómo así?—repuso el otro, registrándose las colas del frac ajado y la camisa sin cuello con que se acababa de presentar en su camerino.

—Mentalmente, he querido decir! Eres el mejor actor de nuestra compañía y esta compañía hace las mejores películas del mundo. Lo que quiere decir que bien podrías estar filmando en las obras capitales de nuestro programa de producción, realizando caracterizaciones insuperables, estupendas. En vez de eso, lo que haces es que estás borracho la mayor parte del tiempo. Te estás dejando arrastrar hasta el abismo.

—¡Si contestó el actor—es verdad que bebo demasiado!

—¿Y qué sacas de la bebida?  
Dean Denham se incorporó y le dijo al oído la respuesta.

—¡Saco, lo que saco! Me libro del aburrimiento. Es una válvula de escape. Olvido por el momento que todos ustedes son unos monos disfrazados de insinceridades. Hago seis películas anualmente. ¿Y sobre qué temas? La fascinación. El amor siempre triunfante. La pobre Cenicienta se casa con el Príncipe o el mendigo infeliz con la Princesa... Quisiera encontrar una mujer que no estuviera llena de vaciedades, una chica que valiera algo más que una negligé de chifón, una que poseyera carácter, integridad intelectual...

El productor lo interrumpió, solicitó:  
—¿Es lo que he estado tratando de decirte! Si encontraras ese tipo de muchacha, podríamos darle el papel de Lorna Doone y tú hacías el de John Ridd. ¡Sería una película monumental!

—¡Pero un fracaso de taquilla!  
—Deseo advertirte, Dean, que haces esta película o estás listo... irremisiblemente perdido...

De pronto, el actor se volvió hacia su jefe:  
—Adolph, ¿quién es aquella muchacha que está hablando con la peluquera?

—¡Bah!—dijo Adolph, alejándose. Pensando en muchachas en los momentos críticos en que vas a perder tu contrato. Hablaremos en otra ocasión.

**D**EAN no estaba poniéndole atención al productor y no pudo escuchar sus últimas palabras. Tenía fija su vista en la chica que posaba cerca de allí para unas fotografías de cine. Era una mujer de rostro luminoso, como los rayos del sol que entran por las ventanas de una catedral. Y en su rostro había música extraña y melodiosa, lento, andante y largo a la vez.

Su cabellera, partida al centro, le daba un aspecto etéreo. Como movida por un resorte, volvió sus bellos ojos oscuros y miró, medio turbada, las pupilas encendidas del curioso.

Algo incomprensible le sucedió al actor. En aquel instante se sintió de nuevo como si fuera un muchacho. Algo así como el despertar de la primavera, y él, trepado en un árbol de manzanas, cargado de capullos. Sus pies descalzos tocaban los pétalos suaves y su corazón sentía el arrullo de la fronda. Fue una impresión fugaz y placentera, que se desvaneció de su alma como si se tratara de un sueño. Recobró el ánimo y cruzó por el césped hasta donde se encontraba la muchacha.

—¿Usted es?  
—Lantha Bonny,—contestó ella con voz suave y apacible, y luego añadió:

—Ya me imaginaba poco más o menos cómo era usted, de verlo en sus películas.

Avergonzado, el actor trató de excusar su presencia.

—Supongo que no sería del todo como me ve ahora. ¿Querria acompañarme a cenar esta noche?

Parecía lo más natural del mundo que ella lo invitara a ir en automóvil hasta su casa, por las verdes colinas del Valle San Fernando. Asintió con un leve movimiento de cabeza, y convinieron que a las cinco de la tarde saldrían de allí.

A esa hora partieron en el automóvil, sin que apenas mediaran palabras de ninguna clase. Lo que estaba pasando era demasiado hondo para expresarlo por medio del lenguaje. Era un sentimiento demasiado frágil, demasiado puro para hablar de él.

—¿Cuál es su suprema aspiración?—preguntó Dean, al cabo del rato.

—Eso depende. ¿Se refiere a aspiraciones reali-

Por Marcia Daughtrey.

zables o irrealizables?  
—¿Hay alguna diferencia entre ambas?  
—Positivamente, y usted lo sabe. ¡Mi mayor ambición es hacer el papel de Lorna Doone!  
—¡Pues está concedido!, replicó él.

**L**ANTHA detuvo el automóvil frente a un patio en el que estaba sentado, en una silla de inválido, un hombre relativamente joven. La muchacha se adelantó hacia él y besándole la frente, dijo:

—¡He traído un visitante famoso: a Dean Denham!  
—Tanto gusto en conocerle, Denham. Soy Philip Bonny.

Trató de esconder el telar que tenía en sus manos, pero Lantha no se lo permitió. Philip explicó:

—¡Valiente trabajo para un hombre, eh! Pero cuan-



“Ya me lo imaginaba—dijo ella sonriendo—poco más o menos cómo era usted, de verlo en sus películas.”

Dean miraba a Lantha haciendo los quehaceres de la cocina y preparando la mesa para la cena. En una ocasión ella se volvió y miró en dirección del actor, porque sabía que éste la estaba contemplando. Aquella mirada le pareció como bajada del cielo. Cuando regresaban en el auto, manejado por ella, Lantha le había dicho a Dean:

—Es usted la primera visita que tenemos desde que Philip sufrió el accidente.

Dean desconectó el motor y le murmuró al oído:  
—Vas a ser una Lorna Doone exquisita. Posees la cualidad espiritual, el sentimiento puro de ese personaje, que es un incendio de amor.

Mientras sentía el calor de aquella fina mano sobre sus mejillas, Dean Denham soñaba despierto.

—Quizás esta cinta de Lorna Doone va a terminar felizmente, como todas las películas. Entonces podrás darle a tu hermano inválido cuantas cosas le hacen falta. Y yo habré encontrado a la única mujer...

Con sus ojos agonizantes, ella lo interrumpió:  
—Philip no es mi hermano, sino mi marido!

**A**L día siguiente, Denham se presentó en el despacho de Adolph Adamson y le dijo:

—Acepto el papel de John Ridd.  
—¿Qué, no has tomado nada hoy?  
—¡Ni volveré a tomar en mi vida! Me ha pasado algo muy triste y doloroso, algo más terrible que el aburrimiento de mi vida.

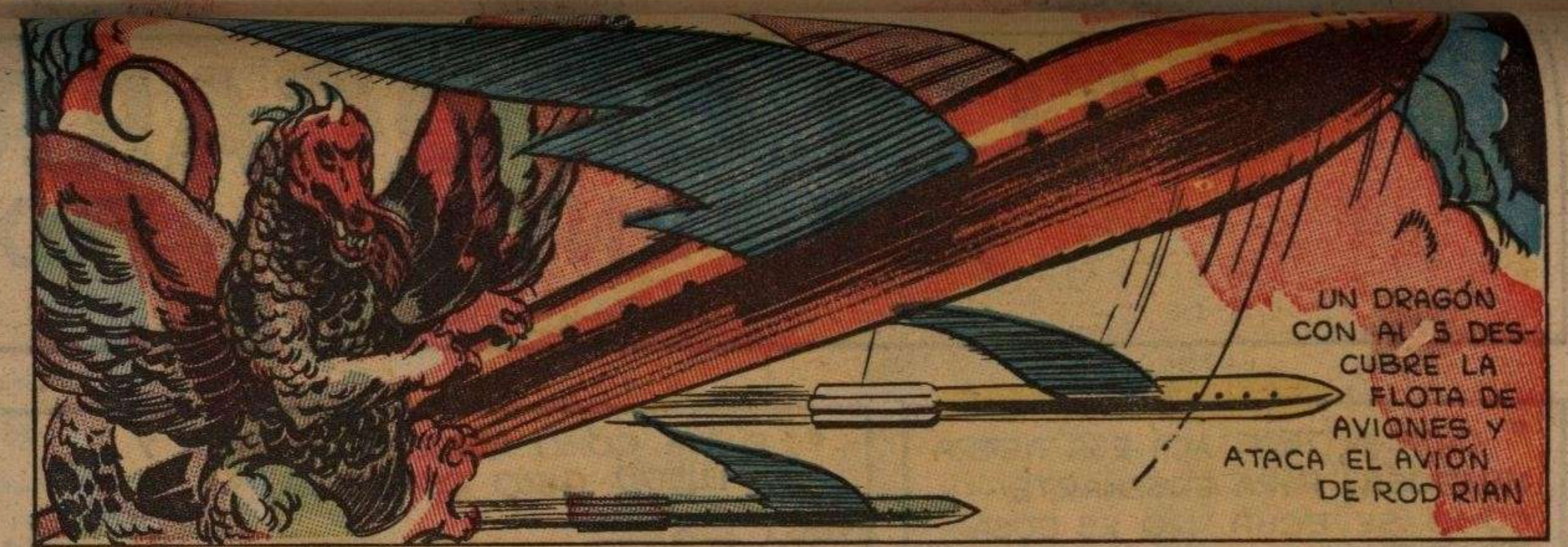
—Me alegro, Dean.  
Dean no contestó una palabra. Recordó la primavera y los manzanos en flor. Suspiró muy quedo, y pensó para sus adentros:

—Será una gran película, la consagración de una nueva estrella femenina! John Ridd es el que saldrá perdiendo a fin de cuentas... pero, después de todo, a veces es sumamente bello esto de perder...

—Cuando Lantha consiga una oportunidad para trabajar,—dijo Philip—entonces las cosas cambiarán.



# ROD RIAN DE LA POLICIA INTERPLANETARIA PAUL H JEPSON



UN DRAGON CON ALAS DESCUBRE LA FLOTA DE AVIONES Y ATACA EL AVION DE ROD RIAN



“¡CIELO SANTO! ¡HEMOS CHOCADO! LOS PASAJEROS SON LANZADOS AL AIRE.”



“¡UN DRAGON HA CAPTURADO NUESTRO AVION!”  
“¡NO ME IMPORTA! VOY A ATACARLO Y DESPEZARLO CON ESTA AMETRALLADORA DE RAYOS ‘X’. NADA PUEDE RESISTIR SUS EFECTOS!”



ROD RIAN SUBE POR LA PUERTA-TRAMPA Y SE ENFRENTA AL HORRIBLE MONSTRUO DEL AIRE.



APUNTA SU AMETRALLADORA Y ENVIA UN RAYO...



EL MONSTRUO SE DESLIZA DEL AVION, PERO LANZA A ROD AL ESPACIO.



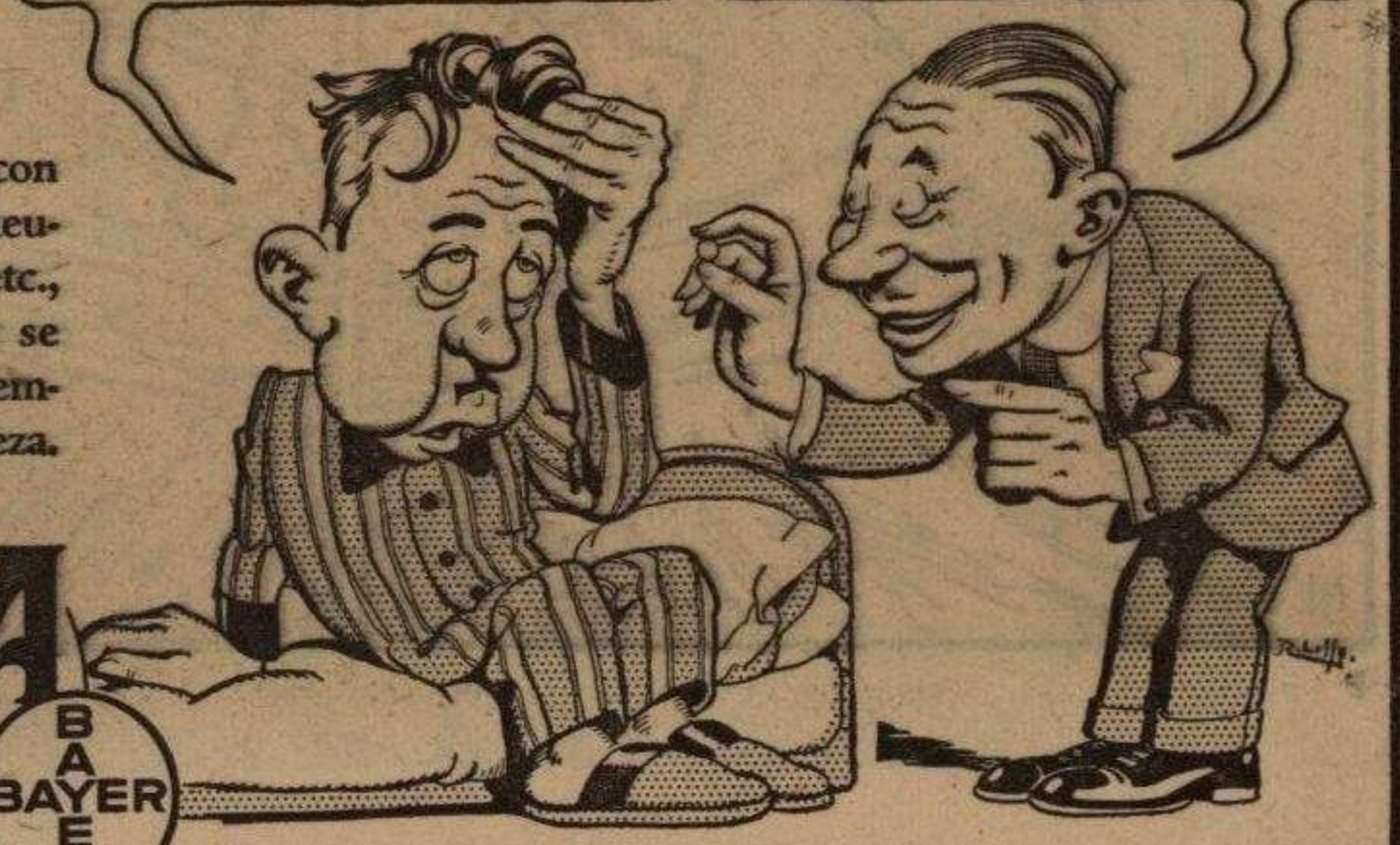
A 100,000 PIES DE ALTURA SOBRE EL PLANETA MEPHIS...

CONTINUARA PAUL H JEPSON

¿QUÉ HARÉ PARA ESTE DOLOR?... CAFIASPIRINA, MI AMOR!...



TRAGOS ANOCHE... Y HOY... ¡QUE TORMENTO!  
TOMA CAFIASPIRINA Y NO HABRÁ LAMENTO!



• Para que Ud. pueda quitarse rápidamente y con absoluta seguridad cualquier dolor físico, como neuralgia, dolor de oído, jaqueca, dolor de cabeza, etc., la CASA BAYER le ofrece la Cafiaspirina, que se fabrica bajo la más severa dirección científica, empleando ingredientes de la más alta calidad y pureza.

**CAFIASPIRINA** alivia y reanima BAYER



# Los Conquistadores

Por LOVRIEN GREGORY & GLENN CHAFFIN

LOS EXPEDICIONARIOS SOLAMENTE HAN COMPLETADO PARTE DE SU RUTA HACIA CALIFORNIA, Y YA ALGUNOS DE ELLOS ESTÁN PENSANDO QUEDARSE EN LAS TIERRAS AGRÍCOLAS DEL ESTADO DE WISCONSIN.

COMPANEROS, ESA ES LA CIUDAD DE DETROIT. AHORA DESCANSAREMOS DE NAVEGAR.

HANK, QUERÍA-MOS DECIRTE QUE HIRAM Y YO PENSAMOS PERMANECER EN WISCONSIN.

¡VAYA! HABÍAMOS CONVENIDO EN NO SEPARARNOS HASTA LLEGAR A CALIFORNIA. ¿POR QUÉ QUEDARSE EN WISCONSIN?

UN INDIVIDUO EN BUFFALO NOS INFORMÓ QUE AHÍ CRECE EL TRIGO MUY BIEN Y QUE LA TIERRA ES FERTILÍSIMA.

TAMBIÉN HABÍA TIERRA FÉRTIL EN MAINE Y LA ABANDONAMOS PORQUE NOS CANSAMOS DE LA AGRICULTURA Y QUERÍAMOS ORO.

NUESTRAS MUJERES QUIEREN QUEDARSE EN WISCONSIN.

ANNE, TENEMOS QUE PARAR ESTO DE WISCONSIN. NO PODRÍAMOS CONTINUAR SOLOS POR EL TERRITORIO DE LOS INDIOS.

¡YO NO LOS CULPO! ¡HAY MUCHO PELIGRO!

¡PERO NO DEBEN DESERTAR, QUERIDA!

¡BUENO, BUSQUEMOS DONDE CENAR Y DESCANSAR PARA PODER HABLAR MEJOR!

¡NO SERÁ DIFÍCIL ENCONTRAR SITIO AQUÍ!

¿HAS OÍDO LO QUE DICEN, FRANK? PARECE QUE ALGUNOS DE NUESTROS HOMBRÉS NO QUIEREN CONTINUAR.

RESTAURANTE

CARAMBA, HASTA RAMSAY QUIERE QUE QUEDARSE. TENDRÁS QUE AYUDARME CONTRA LOS INDIOS.

¿ASÍ ES QUE NO SEGUIREMOS?

¡YA SENTIRÁS ENVIDIA CUANDO OIGAS HABLAR DE NUESTRAS BATALLAS CON LOS INDIOS Y TODO EL ORO QUE ENCONTRAREMOS!

¡ESTÁ DECIDIDO! ¡NOS QUEDAMOS!

CREO QUE ESTÁN HACIENDO UN GRAVE ERROR.

¿NOS ACOMPAÑARÁS TÚ HASTA CHICAGO?

¡NO, HANK, YO TOMARÉ UN BOTE PARA LA CIUDAD DE MILWAUKEE!

ME APENA MUCHO DEJARTE, ANNA, PERO NO TENGO VALOR PARA SEGUIR EN ESTA EXPEDICIÓN.

¡NO TE CULPO, HIJA, PERO POR LO QUE A MÍ RESPECTA NO ME PIERDO ESTA VIAJE A CALIFORNIA POR NADA.

¡TÍA, YO TE MANDARÉ ORO!

(CONTINUARÁ)

# Joan Blaine: Una Valiente

Nueva York. **J**OAN BLAINE cuenta la historia de sus peripecias para llegar a ser artista y en sus palabras no hay rencor hacia los que pudieron haber impedido que realizara las aspiraciones de su vida, ni remordimiento por los esfuerzos que hubo de llevar a cabo.

"Cuando mencioné que deseaba ser actriz —dice— casi me echaron de la casa, y allí y entonces quedé consagrada como la oveja descarriada de la familia".

A mí no me parecía que esta muchacha tan inteligente y comedida tuviera nada de oveja, y mucho menos de descarriada. Estábamos tomando el almuerzo en el restaurante de Louis & Armond mientras charlábamos sobre asuntos relativos al éxito de ella en el mundo de la radio. Llevaba un vestido negro diseñado por Hattie Carnegie, un enorme sombrero verde con velo, y chaquetilla de chinchilla con un ramillete de violetas frescas. Como no fuma ni bebe licores, se conformaba con tomar frutas y con lucir los preciosos diamantes de la familia Blaine.

Observándola cuidadosamente, no podía afirmarse que fuera una artista de la radio. Ausentes estaban todos los indicios de la persona preocupada con el trabajo, y si se asemejaba a algo, era a una de esas gatitas de lujo acostumbradas a los cojines suaves y a la vida regada de un palacio. Todo lo cual indica lo mucho que engañan las apariencias, porque Joan Blaine ha alcanzado sus triunfos haciendo una labor ardua, sin detenerse a considerar la posibilidad de abrirse paso ayudada por las influencias.

Hace dos años que el público y la crítica la vienen reconociendo como la actriz dramática más notable de la radio. Se ha destacado como figura sobresaliente en los repartos más populares de las emisoras y tiene el honor de haber sido la primera mujer comentarista del micrófono. Últimamente, hace el papel principal en la serie de bosquejos dramáticos titulados Valiente Mujer, transmitidos por la Columbia Broadcasting Company de esta ciudad.

**M**ISS BLAINE desciende de una de las familias más prominentes de los Estados Unidos, la del tronco del ilustre hombre de estado James G. Blaine. En esta familia han abundado los abogados y los líderes políticos, pero la rama femenina ha sentido una marcada predilección por las actividades musicales. Joan empezó a estudiar canto y arpa desde la edad de ocho años. Mientras las demás niñas de su edad estaban jugando a las muñecas, ella se entretenía dando clases de solfeo. Si le quedaba algún tiempo libre, el ilustre abuelo la sentaba en su falda y le daba sendas explicaciones sobre los problemas políticos del día.

"Mis comienzos han sido raros — comenta Joan — y quizás a ello se debe que estoy dedicada a la radio a pesar de haberme graduado de derecho en la Universidad de Columbia".

Al decirme esto, pensé que una mujer tan bella como Joan, y que viste trajes y sombreros tan elegantes, no puede seguir una carrera formal, como la abogada. Ella modifica mi criterio dejándome saber que cuando las finanzas de la familia se volvieron sal y agua tuvo que escoger entre ser una mariposa de la alta sociedad o meterse en política. De los cinco miembros de la prole, dos varones y tres hembras, fué la única que se decidió a ganarse su propio sustento trabajando. Los hermanos y demás familiares no alcanzaban a comprender cómo Joan había tomado una resolución tan firme, y tan extraña a las responsabilidades tradicionales de los Blaine.

Así, pues, se trasladó a Nueva York con el único equipo que le había concedido Dios: juventud, belleza y cultura. Adornada de estos atributos, no le fué difícil conseguir la aceptación de uno de los representantes de artistas mejor conocidos de la ciudad, Robert Kendall.

Kendall la inició en un programa nacional de bosquejos breves, con números sueltos de arpa como relleno musical. Estando en Hollywood dedicada a esta labor, llegó allí una troupe que necesitaba una primera actriz. En cuanto vieron a Joan se decidieron por ella y la trajeron, al revés de lo que sucede con las demás artistas, desde Hollywood hasta Nueva York.

Desde entonces ha tomado parte en importantes obras teatrales. Como resultado de su excelente labor en la escena, los estudios Metro la contrataron por cinco años, pero precisamente en los días en que se preparaba para irse a CineLandia recibió la triste noticia de la gravedad de su padre en San Francisco. Sin pensar en el sacrificio que aquella situación le imponía, hizo arreglos para cancelar su contrato con la Metro y se marchó al lado del autor de sus días con el propósito de cuidar de él en sus últimos años de vida. No dudó un solo minuto sobre su misión: entre el deber de hija

y las probabilidades de una carrera en el cine, se decidió por lo primero sin vacilar.

**A**L MORIR el señor Blaine, Joan se devolvió a la ciudad de Nueva York con la esperanza de poder reanudar sus actividades profesionales. Para esa época, su antiguo manager Kendall ocupaba un alto cargo en la National Broadcasting Company, en Chicago, y como necesitaba una dama que pudiera hacer programas de comentarios le ofreció la oportunidad a su vieja amiga. Lo menos que imaginaba Joan era que volvería a presentarse ante un micrófono. Había venido con la idea de reintegrarse a la farándula y hacer nuevas obras de repertorio. Pero el destino cambió todo aquello: fué a Chicago por tres horas y se quedó por tres años consecutivos.

A poco de empezar sus emisiones, adquirió fama de ser una de las personalidades más interesantes de la radio. Llegó a ser un tipo insuperable en su ramo, de modo que no se daba tregua y constantemente tenía que tomar parte en diversos programas, bien como comentarista o como actriz.

Miss Blaine, nacida en la opulencia y en la aristocracia, apenas ha podido gozar de los deliciosos privilegios del dinero. Ha jugado al golf únicamente dos veces en su vida. Le encanta pasear a caballo, pero tampoco ha tenido ocasión de entregarse a este deporte. Ahora sue-

**Lectores:**  
Aquí tenéis este retrato de la primera mujer comentarista de la radio, la bella actriz y aristocrática dama Joan Blaine.  
Por Ada M. Duque

ña con poseer una pequeña finca en el vecino estado de Connecticut, con dos perros y un buen caballo.

Cualquiera pensaría que una muchacha de la calidad de ella no podría acostumbrarse sin la vida de la alta sociedad. Sin embargo, desperdicia muy poco tiempo o ninguno en esas actividades. No se la ve frecuentar los cabarets y cafés cantantes de la Vía Blanca. Le gustan las ropas buenas, pero prefiere diseñarlas y coserlas ella misma. Cree en la libertad de acción de las demás personas, y por eso suele hacer su voluntad en la vida, procurando orientar sus actividades hacia la creación de cosas admirables y bellas. De manera que hasta cuando intenta recrearse, Joan es una mujer de facultades extraordinarias. Lo que pudiera llamarse una hacendosa abeja, y no como creía ser, una oveja descarriada.



Joan Blaine  
Estrella  
de la Radio





**C**ADA vez que un artista se gana el premio de la Academia de Artes Cinematográficas, Hollywood empieza a rumorar que eso bastará para que cambie de manera de ser. Pero a mí me parece una gran tontería creer que las personas pueden cambiar por el mero hecho de haber recibido una estatua de oro, e imaginar que porque una persona haya llegado a la cúspide del triunfo en el cine tiene necesariamente que dejar de ser una criatura normal.

A mí, claro está, me llenó de alegría recibir este homenaje por segunda vez en mi vida, ya que no deja de ser un motivo de inspiración eso de que los compañeros de arte hayan formado una buena opinión de nuestro trabajo. Pero esa estatua es un magnífico símbolo siempre y cuando que represente únicamente las ejecutorias del pasado. Debe ser a manera de un peldaño en la escalera de la gloria; una aspiración realizada y que sirve de base para otro nuevo ideal, más alto si se quiere, a realizarse en el futuro.

A mí me gusta sentirme un ser humano común y corriente, que se solaza en compañía de otras personas y que se divierte como los demás semejantes. Sin embargo, no dejo de comprender la situación difícil de Greta Garbo, a quien se le hace casi imposible ser como es por la simple razón de que el resto del mundo la imagina diferente.

Estoy contentísima, y no simplemente por haber ganado el premio de la Academia en dos años sucesivos, sino porque estoy trabajando de nuevo arte las cámaras. Mi próxima película me está gustando mucho, y no tengo para qué negar que estoy encantada con las ropas que Adrian me ha diseñado para esta obra, a pesar de preocuparme de ordinario por los detalles externos y superficiales de la vida.

Nada me hace más feliz que el trabajo dramático. Estuve alejada largo tiempo del lienzo precisamente por haberle dado

*Me siento Feliz*

por **LUISE RAINER**

demasiado importancia a un montón de trivialidades que me causaron una enfermedad. Ahora que mi marido, Clifford Odets, vuelve a Hollywood a permanecer a mi lado, no puedo quejarme de mi dicha. Además, vendrá a visitarme mi mamá, y eso es otro motivo de satisfacción.

**P**OR lo común me desagrada hablar de mí persona. Es algo que perjudica nuestro desarrollo espiritual. Desde que vivo en esta ciudad me han preguntado miles de veces cuál es mi pasatiempo favorito, y siempre he contestado que no tengo ninguno, a menos que pueda llamarse eso a las largas caminatas que acostumbro dar en completa soledad.

El ritmo del caminar tiene para mí una gran importancia, porque me ayuda a resolver muchísimas preocupaciones mentales. Desde luego que a veces hablo demasiado de estos paseos solitarios y llego a atribuirles una significación despropor-

Luise Rainer, la austriaca que ha ganado otra vez el premio como la mejor actriz del cine.

**P**INOA que me hace perder la verdadera perspectiva de las cosas. A la edad de 16 años dedicaba una gran parte de mi tiempo al baile, a la pintura y a la escultura. La gran actriz dramática europea Louise Dumont fué quien me instó a concentrar mi pensamiento y mis esfuerzos en una sola actividad para que no dispirara mis habilidades. Todavía practico a ratos el dibujo y la música, pero cuando se está filmando una cinta es absolutamente imposible apartar nuestra atención de los deberes profesionales.

A veces pienso que soy muy perezosa, la persona más perezosa del mundo. Generalmente, las personas encargadas de montar una obra teatral que se relacione con alguna época histórica tienen que hacer largas investigaciones y profundos estudios antes de realizarla. Yo confieso que no puedo hacer semejante cosa. Cuando estaba ensayando el papel que me dieron en la cinta El Gran Ziegfeld infinidad de personas me importunaban constantemente diciéndome: "Yo conocí a Anna Held y puedo enseñarle cómo era ella."

No podían explicarse porqué yo rechazaba sus sugerencias. A mi modo de pensar, seguir todos los consejos que me dieron hubiera sido como dedicarme a presentarle al público una serie de fragmentos encadenados y sin expresión cabal. Tomé la resolución de hacer una interpretación de conjunto, tal y como la había concebido en mi fantasía, y cuando realicé la escena de que tanto se ha hablado, las mismas personas que antes me habían aconsejado, vinieron a decirme que aquel personaje era, en efecto, la verdadera Anna Held.

De la misma manera, para hacer mi papel en La Buena Tierra no tuve necesidad de observar a los habitantes del barrio chino de Los Angeles. Todos hemos sufrido periodos de desesperanza y sufrimiento moral en nuestras vidas, como el personaje místico de O-lán. A mí me habría bastado mirar a una mujer china en el set para adivinar la clave de su estado de ánimo; lo demás suelo encontrarlo en mi propio ser.

**P**INO que en todas las personas hay grandes posibilidades de personificación. Cada vez que tengo que hacer una caracterización trato de acordarme de alguna ocasión de mi vida en la que pasé por emociones similares a las del personaje, o hago memoria a ver si he conocido alguna persona que se le asemejaba. En la obra que estoy filmando ahora, por ejemplo, hago el papel de Froufrou Brigand, una muchacha frívola, sin sesos, y bastante egoísta. La mayoría de las personas llevamos en nuestra naturaleza todos esos ingredientes.

La época de la obra es el 1850; el lugar, la ciudad de Nueva Orleans y una plantación del estado Luisiana. Yo conozco un poco del sur por lo que he leído, pero no he intentado absorber del todo el ambiente de la obra, porque eso equivaldría a crearme limitaciones en el desempeño de mi labor. Lo que yo tengo que hacer es personificar a Froufrou Brigand, y este personaje, debidamente caracterizado, es el mismo en todas las épocas y en cualquier sitio.

Se me ha preguntado con frecuencia si tengo algún método para trabajar, y siempre he contestado que no. Cuando me inicié en el cine, constantemente me estaban fastidiando con una serie de detalles externos sin importancia. Me decían que los rizos debían aparecer de tal o cual manera, o que debía estarme de pie en cierta parte del escenario. Estas son cosas que yo las hago mecánicamente, pero comprendo que en el cine no se puede dar rienda suelta a las aptitudes, como en las tablas, y hacer una caracterización completa y cabal de los personajes.

Todavía me quedan muchas cosas que aprender. Cada día que pasa voy absorbiendo lecciones por medio de la observación, y eventualmente ese aprendizaje surge en mis propias interpretaciones cinematográficas. En Hollywood, sin embargo, no se puede estudiar y observar mucho, porque la gente siempre está vigilando a los artistas y atribuyéndoles las más raras cualidades, aunque nada tengan que ver con la realidad.

**Myra North**  
LA INTREPIDA  
POR **RAY THOMPSON**  
Y **CHARLES COLL**

**MYRA, JACK Y EL PARALIZADO DR. WU LOGRAN LLEGAR AL ASCENSOR DE COMPRESIÓN EN EL INSTANTE EN QUE LA ÚLTIMA BOMBA DE PROFUNDIDAD DESTRUYE LO QUE QUEDABA DEL PALACIO.**

**¡PLONTO LLEGALEMOS!**

**¡WEN, CREO SUS AMIGOS ESTÁN PERDIDOS!**

**LEW WEN, DESILUSIONADO PORQUE LOS AVIONES DEL GOBIERNO NO PUDIERON DETENER AL ESTRATÓGIRO DE LING SIN, DIRIGE LAS PESQUISAS EN LAS MALEZAS.**

**SÚBITAMENTE, DE ENTRE LA ESPESURA DE LA MALEZA SURGEN LOS TRES SUPERVIVIENTES DE LA CATÁSTROFE...**

**¡GRACIAS A DIOS QUE SOMOS LIBRES Y PODEMOS RESPIRAR EL AIRE PURO!**

**¡AQUÍ ESTÁ LEW WEN!**

**¡AMIGOS, ALABADO SEA EL TODOPODEROSO QUE LOS SALVO!**

**WEN LLEVA A SUS COMPAÑEROS Y AL DR. WU A SU RESIDENCIA, Y ALLÍ CONVERSAN DURANTE MUCHAS HORAS.**

**COLEGAS, YA QUE HEMOS TOMADO EL TÉ Y CAMBIADO DE IMPRESIONES SOBRE LOS ACONTECIMIENTOS PASADOS, DEBEMOS DECIDIR QUÉ HACER CON EL DR. WU.**

**DEBEMOS AYUDARLE A CURARSE DE LA PARÁLISIS.**

**NO SELÁ MUY DIFÍCIL, PUES LA SEÑORITA TUVO LA PLEVISIÓN DE TLAEL VALIOS PLEPALADOS DEL LABOLATOLIO.**

**AL INSTANTE, MYRA EMPIEZA A DABE UN TRATAMIENTO AL DR. WU, SIGUIENDO SUS INSTRUCCIONES.**

**¡YA ESTÁ, DOCTOR!**

**¡MIL GLACIAS!**

**LES ESTARÉ AGLADECIDO TODA LA VIDA, Y AYUDARÉ A PLENDEL A LING SIN POR HABERME TLAICIONADO INHUMANAMENTE.**

**MAGNÍFICO, DR. WU, PERO ANTES QUISIERA PEDIRLE UN FAVOR**

**¿PODRÍAMOS HACER ALGO PARA CURAR A MYRA DEL TRATAMIENTO "IB" QUE LE IMPUSO LING SIN?**

**AMIGO, ESO ES MÁS DIFÍCIL, PELO COMPLENDO SU AMOR POR ELLA Y VOY A TLABAJAL FUELTE PALA AYUDALLO**

**¿PUEDE JACK CONFÍAR EN EL DR. WU?**





**A** HORA que no se había sino de regímenes políticos, antiguos y modernos, de viejas y nuevas constituciones, de derechas, de centros y de izquierdas, de éxitos y fracasos gubernamentales, de si tuvimos la culpa nosotros o la tuvieron ustedes, y viendo, en fin que en el almanaque, su hoja de hoy señala el día 5 de Mayo, ha venido a nuestra memoria lo que aquí en la Habana aconteció en un día de 1898. Hace la friolera de cuarenta años justos y cabales, que tal parece se han desvanecido como un soplo.

Aunque se nos califique de machacones, es lo cierto, que vivimos en medio de un mundo de viejas postales descoloridas que nos caen en la cabeza, como hojas secas de los árboles, Legada la estación del otoño. Bien está y es lo lógico, que se las aparte o pisotee de nuestro camino como residuos inútiles; pero déjenos al menos inclinarnos, una que otra vez, para recoger del suelo algunas de ellas, recreándonos en su caprichosa estructura; o guardándolas entre las páginas de un libro como carísimos recuerdos. No pretendemos enjuiciar aquella teoría política que, como todas las cosas de este mundo, vivió y murió a la hora justa que le señalara el destino. De las cosas pasadas, nosotros los descoloridos, no vemos más lo agradable. «La vejez, dice Chateaubriand, es una viajera que camina de noche, y no descubre más que el cielo brillante encima de su cabeza».

—A buena hora mangas verdes, al burro muerto la cebada al rabo, nunca es tarde si la dicha es buena, más vale tarde que nunca, etc., etc., eran las exclamaciones que se oían por todas partes, a la sazón que se desarrollaba aquel suceso histórico durante el mando del General Blanco, el día cinco de Mayo de 1898. La proclamación del Gobierno Autónomo de la ex siempre fiel isla de Cuba. El mismo General don Ramón Blanco, marqués de Peña Plata, que ya no andaba por cierto bien de salud, subía a caballo con sus oficiales de Estado Mayor por la calle del Obispo, con una cara de pesadumbre y desencanto, que daba grima vérbena. Parecía cumplir una orden y nada más. Presenta, como todos, la inutilidad del esfuerzo y la tardía del procedimiento. Para lo que aquello iba a durar, más hubiera valido dar marcha a atrás y esperar los acontecimientos tranquilamente sentados en los butacones del Palacio de Armas. No obstante, por amor al ideal y para rendirle el postre tributo de adhesión, los sostenedores de la autonomía aceptaron el sacrificio y arrojaron los vituperios y anatemas que sus hermanos del campo de Cuba libre iban a prodigarles, dando con esto un alto y elocuente ejemplo de amor y de fidelidad al credo político que habían mantenido durante toda su vida; rasgo de nobleza política que después nadie ha imitado ni imitará seguramente. Fueron, pues, al Gobierno, como el que va al martirio. Los autonomistas fueron los Girondinos de Cuba.

Claro está que no tardó el pueblo en cantar, en voz baja, la rumba del momento, —y de cajón— que decía así:

... Como a Cuba de este día  
no se le importa la bulla;  
dice que esa autonomía,  
de España es la autosuya.

El Gobierno Autónomo de Cuba se proclamó, como dijimos, el día 5 de mayo de 1898, dos semanas después de establecido el bloque de la isla, inaugurando sus sesiones, en el viejo y aristocrático Palacio del Conde de Villalba, enclavado en la Plaza de las Ursulinas. La Cámara autonómica, a la que, dadas las circunstancias, podía habersele llamado «Cámara frigorífica», puesto que su objeto no era otro que el conservar el cadáver de la colonia, fué más bien una Academia o un Ateneo en que la oratoria cubana ofreció pruebas indiscutibles de sus méritos. A las claras se sabía que ninguna de sus leyes iba a arraigar ni a implantarse en un país aislado por la guerra. Por aquel entonces, el que estas líneas escribe pertenecía por entero, y con mucha honra, al cuerpo de reporteros del periodismo habanero, compartiendo sus tareas con Ramón Menéndez, Juan Daridet, Alzamora, Manolo Tejedor, Camilo Pérez, Federico Rosandín, (que era sordo y oía más que nadie), Paco Díaz, Lozano, (el lánguido poeta que después hizo populares sus crónicas firmadas «Bravoneli») y otros más que no recordamos. Pertenecían a las redacciones del DIARIO DE LA MARINA, La Unión Constitucional; El Comercio; La Discusión; La Lucha—la sombra del Intendente Olivares, descendiente del Conde-Duque, como le decíamos nosotros— El Avisador Comercial, y El País (sucesor de



El Triunfo), órgano del Partido Autonomista, que de periódico de oposición pasó a ser, como se comprenderá, órgano oficial del Gobierno.

Como encargados por nuestro periódico de reseñar las sesiones de aquella Cámara, alcanzamos, gracias a una original idea que se nos ocurrió, un éxito completo. Habiendo observado, que algunos de los miembros que en aquella figuraban, por la calidad de su oratoria, unos, y otros, hasta por su aspecto corporal, recordaban a los más connotados miembros del Congreso y del Senado español, empezamos a citarlos llamándolos por los nombres de estos últimos. Causó tal novedad la idea, y a no pocos les produjo la ocurrencia tanta gracia, que nuestras «Reseñas de la Cámara» se buscaban y leían, fuera modestia, con tanto empeño e interés, como las mejores de nuestros otros colegas.

A Romero Rubio, gaditano del Puerto de Santa María, orador fogoso y político travieso que desempeñaba, además de su cargo de diputado a la Cámara Unica, como se le llamaba a ésta, la Secretaría del partido conservador era uno de los representantes más batalladores, le llamamos Romero Robledo, como al famoso «Chic de Antequera», que tenía siempre revuelto al Congreso español.

Al doctor José Antolín del Cueto, sabio jurisconsulto que todos conocimos, y que presidía, con el mayor acierto, las sesiones de la Cámara, cuyo reglamento no soltaba nunca de la mano consultándolo a cada rato, le pusimos: Cánovas del Castillo.

Montoro, por su arrogante figura de gentleman inglés y su oratoria ajustada, concisa y brillante, era Don Segismundo Moret.

Don José María Gálvez, escritor atildado e ingenioso y maestro en la fina sátira, Don Manuel Silvela.

Don Rafael Fernández de Castro, elegante, perfil de moro rico, erudito en historia y de fácil y arrolladora oratoria: Cristino Martos.

Eliseo Giberga, aquel huracán de la tribuna criolla, era, el Castelar apocalíptico de las Constituyentes.

Ricardo Dolz, sólido y fulminante: Salmerón.

Su hermano Eduardo, de oratoria meliflua y cadenciosa, Maura.

Govin, delicado, sutil y penetrante: Pi Margall.

Don Carlos Saladrigas, socarrón y chuscos: Sagasta.

Don José Novo, diputado por el partido

conservador y abogado que por su talento y prestigio honraba a la colonia gallega: Montero Ríos.

Al doctor Ildefonso de la Maza, hermano de un Maza que tenía una botica famosa en la calle de Amarrura, a la que Escobar llamaba «la cueva del integrismo», y que era de los más conspicuos diputados conservadores, seguro ministro en su oportunidad, le llamábamos: Fabié, apellido de aquel pintoresco farmacéutico que Cánovas nombró Ministro de Ultramar. Hacíamos hablar siempre al Fabié tropical en términos sacados de la farmacoepa: —Sentémonos señores— le hicimos decir una vez, con motivo de una acalorada discusión que conmovió a la Cámara—sentémonos, señores, bajo el sagrado eucalipto que ha de calmar y dulcificar nuestras calenturas patrióticas».

En aquellas nuestras «Reseñas de la Cámara» se leían párrafos por este estilo:

«Pide la palabra Don Segismundo Moret (1). Gran expectation en la Cámara. Se preparan los taquígrafos».

«Cristino Martos (2) termina su discurso en medio de una tempestad de carcajadas y de aplausos».

«Maura (3) pronuncia una oración fúnebre en loor de sus reformas».

«Romero Robledo (4) pide una subvención para una cuadrilla de toreros que funciona en la Plaza de Regla. Castelar (5) se opone; y lanza una formidable diatriba contra tan bárbara fiesta. Cánovas (6) agita con furia la campanilla; y da por terminada la sesión».

Sucedídonse en aquellas candentes e interesantes sesiones, tardes inolvidables de intensa emoción parlamentaria; justas oratorias que ponían de manifiesto la alta cultura y corrección de aquellos nunca olvidados intelectuales de la política cubana. Aún se recuerdan discursos vibrantes y arrebatadores, como aquel que pronunció Don José María Gálvez, con motivo del arribo a nuestras costas, al comenzar el bloque, de las cruceros americanos: —«Antes se hunda la bóveda celeste y nos sepulte a todos—empezó—que ver caer yo a mi patria en las garras de una nación extranjera».

Por aquellos últimos días del verano de 1898, respirábase en el salón de sesiones de la Cámara una atmósfera letal e insoportable. Flotaba en el ambiente ese enrarecimiento propio de las regiones volcánicas, donde prepara la fuerza ciega del destino el estallido de una de esas ocultas minas subterráneas que arrasan, en un momento, con vidas, haciendas, y con

cuanto encuentran a su alcance. Se retiraba uno todas las tardes de aquel local con la duda de si al día siguiente se continuarían celebrando las sesiones. Asistía escasa concurrencia a la tribuna pública. Ciertos detalles que no podían pasar desapercibidos para un observador atento, demostraban a las claras lo inestable de aquellas oficinas y despachos instalados sin orden y a la carrera. Estanterías para libros que permanecían completamente desocupadas, mesas escritoriales a las que no se les había podido encontrar un sitio adecuado, amplias habitaciones, de aquel grande y lujoso palacio, que permanecían completamente vacías sin una silla siquiera. Sobraba casa, faltaban muebles o no corría prisa traerlos. En algunos pasillos y salones el eco respondía a las voces violentas. Todo respondía a la indiferencia de una situación visiblemente pasajera. No obstante, la alta moralidad y prestigio del Ministro de Hacienda del Gobierno Autónomo, Don Rafael Montoro, no dejaba pasar una sola cuenta al cobro, ni el gasto más insignificante, sin su correspondiente justificación.

El primer Gobierno Interventor no estimó sus elogios en pro de la acrisolada honradez de este Gobierno Autónomo que con tanto acierto y pureza, había regentado la isla durante aquellos siete u ocho meses de incertidumbres y recelos. A la hora de la entrega del Poder, cada ministro pudo presentarse, ante el nuevo dueño, con las manos limpias y la conciencia tranquila.

Nunca se olvidarán las eficaces gestiones del Gobernador civil de la Habana, durante aquel período, Don Rafael Fernández de Castro. Gracias a él, la población menesterosa no pasó hambre durante el bloque. Entró Don Rafael, la popular escritora española Eva C. nel y distinguidos miembros del comercio, se organizó un excelente servicio de «cocinas económicas», acerca del que no nos extendemos ahora por haberle concedido ya el espacio que demandaba en nuestra vieja postal «La Alegría del Bloqueo». Los hombres de las «Esperanzas sin ocaso», como se les llamaba a los Autonomistas durante su breve periodo gubernamental y en todos los sectores políticos y administrativos que se les confiaron, dieron prueba elocuente de que sabían gobernar, y sobre todo, de una honradez acrisolada.

El Marqués de Gaviria, último administrador de la Renta de Lotería, en los momentos de embarcarse el General Jiménez Castellanos, en el vapor de la Transatlántica Española, que había de retornarlo a la metrópoli, llegó en una chalupa para hacerle entrega de más de cien mil pesos que había en caja sobrante de aquel ramo: Jiménez Castellano, después de recibir dicha suma, la donó en nombre del Gobierno de S. M., a la Beneficencia de la Habana.

Los cubanos de aquella época recordarán siempre el fervoroso entusiasmo con que se acudía a los mítines de la campaña autonomista por las estaciones de Regla, Villanueva, el Oeste, Concha, y los omnibus de Calabazar, San José de las Lajas etc. De algunos de ellos, por su importancia y el ruido que hicieron, quedaron imborrables recuerdos en los lugares donde tuvieron efecto. Uno de ellos, el célebre de Jaruco, donde Fernández de Castro amenazó con un ardiente discurso, a la oposición, con los machetes de «siete mil jaruqueños» con que decía contar para lograr el triunfo. «Los integristas» le llamaron desde entonces, el «machetero de salón». Otro «mitin con bulla», el de Cienfuegos, feudo del cacique conservador Fertierra, dos años antes del grito de Baire, que a poco degenera en una batalla campal. El político integrista se embarcó con Fernández de Castro para decirle en estos o parecidos términos:

—Eso de la Autonomía es un cuento, una farsa, ya sabemos que ustedes lo que quieren es la independencia.

A lo que Fernández de Castro contestaba con las manos cruzadas beatíficamente sobre el pecho:

—Nuestro ideal es la Autonomía, sólo la Autonomía...

Sin perjuicio de agregar siempre y en todas partes cuando hablaba a solas con sus correligionarios:

—Claro que queremos la independencia y que la votaremos en su día... Pero no le vamos a decir.

- (1) Montoro.
- (2) Fernández de Castro.
- (3) Eduardo Dolz.
- (4) Romero Rubio.
- (5) Giberga.
- (6) Cueto.

tamente igual con otro cualquiera. Si Hardcastle hubiera llegado antes, si una dilación providencial no lo hubiera detenido, indudablemente, la fortuna hubiera caído en sus manos, en vez de caer en las que se extendían para cogerla. Era sencillamente cuestión de suerte.

No había necesidad de perder tiempo; cuanto antes fuera su esposa, antes quitaría la ocasión de que se presentase un rival, y no había necesidad ninguna de proceder con tacto y precaución cuando la otra parte estaba tan bien dispuesta.

CAPITULO XIV

El éxito

Todo se arregló pronto. Apenas si Hassard tuvo tiempo de conocer bien a la joven. Su naturaleza superficial, sus maneras artificiosas, eran claras y manifiestas; pero todo lo creyó resultado de su vida en el bazar de Kimber.

Suponia que su falta de refinamiento, de la educación perfecta y distinguida que esperaba hallar en la hija de Enrique Demys, era producto del ambiente en que se movía, en tanto que la infeliz joven procuraba con todas sus fuerzas ser como deseaba que él la encontrara, como suponía que él deseaba que fuera. Ocultaba la vulgaridad de su lenguaje y sus modales groseros a veces, a fin de que no pudiera pensar que era inferior a él en hábitos sociales, procurando sujetarse en todo a lo que ella imaginaba que sería Natalia en semejantes circunstancias.

Pero por más esfuerzos que hizo, no logró conseguir que Hassard creyera que era según él se había imaginado. Le sorprendía con sus tonterías o necedades, con sus salidas de tono, su vulgaridad y sus pretensiones; pero nada hizo que cediera un ápice en sus intenciones; ella le importaba poco; lo que quería era su fortuna.

Si Clara hubiera sido más explícita sobre su infancia y su antiguo hogar, Hassard hubiera comprendido el error que iba a cometer; pero tenía mucho cuidado de no hablar para nada de los préstamos y otros negocios semejantes, que la harían desmerecer seguramente a sus ojos. Comprendía que Nicolás creía que había ocupado una posición muy superior a la que había tenido en realidad; pero se guardó muy bien de desengañarle.

Se consideró la joven más dichosa del mundo siendo amada por aquel ser tan superior y tan atento, y pasó una semana tan encantada, que no sabía si estaba dormida o despierta. El señor Kimber tuvo que hacerle algunas advertencias respecto al trabajo del bazar. Era bueno que tuviera un novio; pero no por eso debía descuidar su cargo. Clara no se preocupó poco ni mucho; pronto saldría de allí para no volver: todo lo demás le era indiferente.

Y, efectivamente; el fin llegó pronto. Era sábado por la tarde había fiesta en Bamberton y casi todo el mundo había ido al campo. Clara manifestó a Hassard que pensaba ir a pasar la tarde a Crackenthorpe, una aldea semisalvaje, donde la gente iba a buscar flores silvestres y a merendar, y al llegar a la estación le encontró allí. Entraron en un vagón lleno de gente, y al llegar a la aldea se encaminaron al bosque. Hacía solamente ocho días que se habían visto por primera vez; pero Hassard, aprovechando la ocasión, habló, diciendo que deseaba casarse, pero que casi no se atrevía a decirlo, por temor de que ella se disgustara por aquella prisa. Sin embar, go, sintió haberlo demorado, porque vio que podía haberlo solicitado antes.

—He venido para hacerte una pregunta, a la cual quiero que me contestes sin evasivas —empezó diciendo Nicolás. A lo que Clara, agitada y contenta, respondió que no sabía descifrar jeroglíficos, y que sería mejor que se explicara con claridad.

—¿Quieres casarte conmigo? Esa es la pregunta. ¿Quieres? —volvió a pregun-

tar, observando el júbilo que inundaba su rostro.

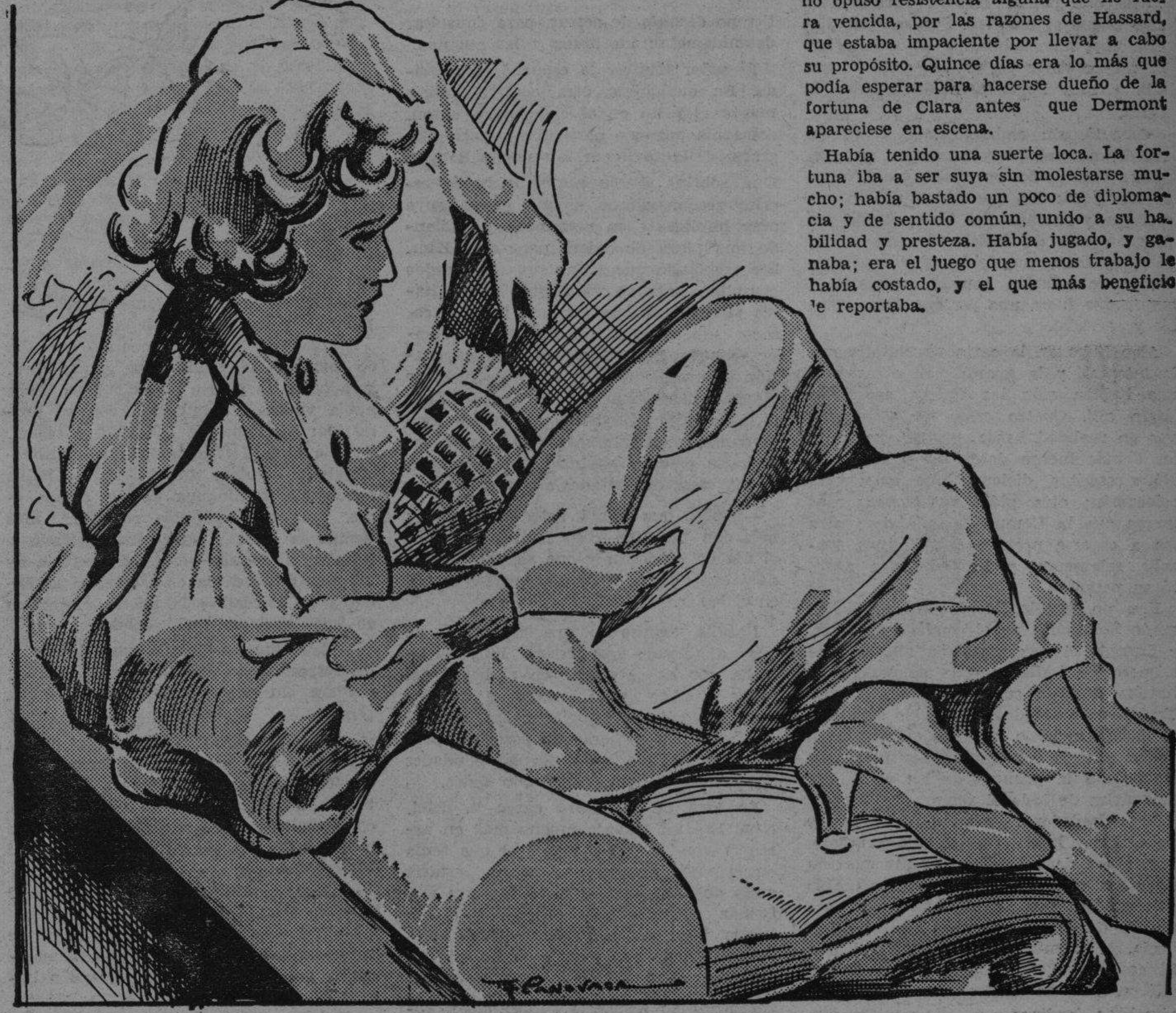
¡Qué fácil había sido todo! ¡Tanto como se había preocupado en su viaje por la manera de llevar a cabo su plan! Po día haberse arrojado aquel trabajo, puesto que ella parecía tan accesible.

—¿Quiere usted casarse conmigo? ¿No me equivoco?

—¡Claro está que quiero! —fué la respuesta que dió la joven muy gozosa. El asunto había sido extraordinariamente fácil; tan fácil como llevarse el caballo de las cuadras de Warra. Warra. Decididamente le favorecía la suerte.

En cuanto a Clara, creyó que el Cielo se abría para ella; sintió una alegría tan grande una emoción tan intensa, como jamás la había sentido en sus más fantásticos castillos en el aire. Aquel caballero perfecto, aquel espléndido ser, la quería, y solicitaba su mano. Era un sueño, una ilusión; mucho más de lo que había podido esperar. Después siguieron paseando, aunque sin objeto ya. Clara no se acordó de que había ido allí para recoger flores. Fueron a una especie de cabaña donde servían té y refrescos, y tomaron té con pan y manteca.

Para Clara, todo semejaba un paraíso; su gloria brillaba hasta en la basta loza y en las rebanadas de pan. Hassard



la criticó con dureza, cosa que ella consideró propia de un caballero de buen gusto.

—No son cosas muy apetitosas —dijo Nicolás desdenosamente—. Mejor hubiera sido que nos hubiéramos ido a un hotel de Bamberton.

Clara había considerado ilícito todo aquello hasta que Hassard habló; jero entonces creyó que la educación le ordenaba darle la razón.

—No saben cómo deben servir a personas como nosotros; están acostumbrados a las gentes de Barberton y a otras semejantes. Cuando yo estaba en mi casa, jamás tomé un té semejante.

Nicolás soltó la carcajada acordándose de la Casa Roja, y dijo: —Supongo que no; pero te prometo

que no volverás a tomarlo igual cuando seas mi esposa.

El semblante de Clara se iluminó ante esta idea, y preguntó a Hassard: —¿Dónde viviremos?

Hasta aquel momento no se le había ocurrido pensar en los medios de vida que él podría tener: su corazón era demasiado infantil y novelesco para preocuparse de asuntos tan materiales.

—¿Dónde quieras, con tal que no sea en una ciudad de provincias. Eso no podría resistirlo. ¿No te gustaría vivir en Londres, y hacer excursiones a París, a Mónaco, o a Italia? ¿No te agrada ese plan?

—¡Para eso es preciso tener mucho dinero! Necesitamos ser muy ricos.

—Creo que podremos arreglarlo —repuso Hassard, encantado con el éxito que iba teniendo su proyecto—. Ya cuidaré yo de tener dinero para manejarnos.

—En ese caso, debes de ser muy rico.

—Lo seré, aunque he tenido muchos contratiempos. En Australia perdí una inmensa hacienda; pero he tenido suerte después, y todo va a arreglarse. Si no pudiera darte una posición como la que debes tener, no te hubiera pedido que fueras mi esposa.

Clara oprimió una mano del joven. Nada le agradaba tanto como oírle re-

proveerse de ropa; pero él, riendo, añadía que el traje que llevaba era magnífico. Ya iba Clara a protestar, porque el traje no era de gran importancia para ella, cuando una idea deliciosa acudió a su mente.

Podía obtener hecho cuanto deseara en el departamento de ropa del «Bon Marché». El señor Kimber le permitiría comprarlo todo, a precio de almacén, y podría tenerlo al momento. Podría, pues, verificarse el casamiento dentro de quince días; el tiempo necesario para los edictos y amonestaciones.

Hassard no hizo la menor alusión al consentimiento de su familia, y Clara ni lo indicó siquiera. Su padre había muerto, su madrastra no se trataba con ella, y los demás parientes no debían presentarse en escena, porque no eran todo lo que ella quería que hubieran sido en las presentes circunstancias. Esperaría a decirles que se había casado cuando, terminado todo, no fuera una inconveniencia su presentación. No podía esperarse que un hombre de tan distinguida categoría como Nick (ya le llamaba por el diminutivo) se viera obligado a soportar la presencia de ciertos parientes de su esposa, que no eran de la misma condición que ella.

¡Quince días! Era muy pronto; pero no opuso resistencia alguna que no fuera vencida, por las razones de Hassard, que estaba impaciente por llevar a cabo su propósito. Quince días era lo más que podía esperar para hacerse dueño de la fortuna de Clara antes que Dermont apareciera en escena.

Había tenido una suerte loca. La fortuna iba a ser suya sin molestarse mucho; había bastado un poco de diplomacia y de sentido común, unido a su habilidad y presteza. Había jugado, y ganaba; era el juego que menos trabajo le había costado, y el que más beneficio le reportaba.

CAPITULO XV

La suerte de Natalia

Apenas si Clara y Natalia se vieron durante aquella semana. Después de la conversación sostenida en el paso subterráneo, la señorita Denis había estado demasiado ocupada para acordarse de todo lo que no fuera ella y el caballero que le hacía a corte. Es verdad que dos o tres veces, impulsada por la necesidad de hablar con alguien de tan maravilloso e inesperado acontecimiento, había ido a la habitación de Natalia; pero ésta estaba ausente, y Clara volvió chasqueada.

Aquel drama, en que ella jugaba el papel de heroína principal, no podía ser



revelado a nadie, excepto a Natalia; las demás señoritas del bazar Kimber eran nadie para ella, comprendiendo instintivamente que Hassard no veía con buenos ojos su amistad con ellas; porque cuando una va a casarse con un gran señor, debe tener mucho cuidado con la gente que ha de rodearla.

Olvídaba que había estado pronta para pedir lazos y corbatas a la señorita Brocon, adornos que ésta le prestaba siempre gustosa, y que la señorita Roger le había enseñado a peinarse con gusto y elegancia; no recordaba que su nacimiento y su infancia no se diferencian del de ellas más que en el dinero que su padre había hecho con negocios no muy limpios. Clara no era leal, y le agradaba, mucho recibir las alabanzas del mundo.

Natalia, por su parte, había estado también ocupada en asuntos de interés; no tenía ningún mando en perspectiva; pero si algo tal vez de la misma importancia para su porvenir. Había leído en un periódico la noticia de que en un magnífico hotel de un puerto de mar necesitaban una secretaria. El que lo solicitara debía ser práctico en taquigrafía, mecanografía y partida doble siendo preferible una señora. Apenas lo leyó, sintió la tentación de escribir diciéndose así mismo que no conducía a nada, pero que había que probar fortuna para obtener algo bueno alguna vez. Seguramente habría cien muchachas que lo solicitarían, la mayor parte mejor preparadas que ella y más aptas para desempeñar la plaza.

Ocurrió, sin embargo, que como el sueldo, aunque parecía enorme, era realmente pequeño para semejante cargo fueron pocos los que solicitaron la secretaría, y su carta fué bien acogida por la encargada del hotel. Era una mujer activa y lista, que debía estar continuamente en relación con la secretaría y quería que fuera una persona fina, amable y servicial.

Algo hubo en la carta de Natalia que le interesó, y la guardó con otras tres, que habían sido las únicas aceptadas hasta allí. Cuatro eran las solicitadas que en realidad había, puesto que todas las demás fueron descartadas. Una volvió a escribir, diciendo que tenía otra colocación; otra pidió vacaciones más largas que la Compañía solía dar; otra iba a casarse pronto; quedó, pues, Natalia solamente, y la Compañía aceptó su petición.

Era un pueblecillo de la costa, llamado Southclife, en el condado de York, y durante el verano acudía allí un sinnúmero de bañistas, que ocupaban los hoteles durante cuatro o cinco meses. Trataban de acreditar al pueblo como estación de invierno para los enfermos del pecho, y si lo conseguían, Southclife sería pronto la primera de las estaciones balnearias de todo el reino.

Los alrededores eran pintorescos y agradables; había una abadía ruínosa, una aldea de pescadores y otra porción de cosas notables. La naturaleza había sido pródiga con aquel territorio, y como la Compañía que sostenía el hotel decía, el talento debía hacer lo demás. Si conseguían que los enfermos fueran allí en invierno edificarían sanatorios al aire libre, jardines y cuanto pudiera contribuir al mejoramiento del pueblo.

La misma tarde que Clara fué a Crakenhorpe con Hassard, Natalia salió temprano del bazar, y al entrar en la casa, vió sobre la mesa del vestíbulo, donde quedaba toda la correspondencia hasta que la recogían sus dueños, una carta dirigida a ella y con el membrete del hotel Ajax, de Southclife. La leyó, quedándose sorprendida al ver que habían accedido a su petición concediéndole la secretaría del hotel. Pero era necesario que fuera cuanto antes, porque la plaza estaba vacante, y había empezado ya la estación de verano; le decían que si podía estar allí en los últimos días de la semana entrante, sería muy conveniente para todos. Natalia consultó el reloj, y volvió al bazar a fin de hablar con el dueño, que siempre se detenía algún



tiempo después de cerrar, para consultar detenidamente los libros y las cuentas.

El señor Kimber la escuchó complacido. En cualquiera otra ocasión habría puesto el grito en el cielo; pero entonces tenía razones particulares para alegrarse de la suerte de la señorita Kinght.

Una sobrina de su mujer le había escrito recomendando a una amiga suya muy inteligente en matemáticas, pidiendo una plaza de cajera para ella. Kimber respondió que todas sus empleadas cumplían satisfactoriamente, y no había rumores de que ninguna fuera a calsarse, única razón que hubiera producido vacante. Se presentaba, pues, la ocasión de complacer a su sobrina. En otras circunstancias habría tratado de detener a la señorita Kinght porque daba tono al bazar; pero a la sazón no intentó semejante cosa, y contestó que él nunca quería crear dificultades a sus empleadas.

—Espero que estará usted quince días más con nosotros—dijo Kimber—, hasta el día de cobranza y que siempre recordará con alegría el tiempo que ha estado en el bazar.

Natalia expuso lo que esperaban de ella, añadiendo que estaba muy satisfecha por haber estado en el bazar del señor Kimber tanto tiempo, y que no tenía nada de qué quejarse. Era natural que procurase mejorar de posición; pero estaba muy agradecida por las bondades que allí le habían dispensado todos.

La idea de su nuevo cargo la deleataba. Era un trabajo mucho más en armonía con su carácter que el que tenía en el «Bon Barché». Además, estaría cerca del mar, casi en el campo otra vez. Criada entre bosques y prados, no se sentía bien entre fábricas, fundiciones tranvías eléctricos y todo el bullicio de aquella ciudad fabril y manufacturera.

Escribió su respuesta suplicando le dieran si podían concederle una semana más, porque no le era posible dejar hasta entonces la colocación que tenía, y corrió a echarla al correo con una alegría tal como jamás había experimentado después de la muerte de su padre. Si hubiera podido prever lo que la esperaba en Southclife, seguramente no hubiera estado tan contenta; pero una de las grandes bendiciones de la vida consiste precisamente en ignorar el porvenir, ya feliz, ya desgraciado.

Quince días le dejarían tiempo para acostumbrarse a la idea de su nueva posición. Tenía que refrescar sus conocimientos de taquigrafía y mecanografía, para asegurarse antes de empezar su trabajo. Las calles estaban llenas de gente que iba a disfrutar de su vacación; pero ella volvió corriendo a casa, sin

cuidarse de las distracciones de sus compañeras, y empezó a trabajar.

Después de las cinco, cuando acababa de tomar el té, sintió unos golpes apresurados en la puerta de su cuarto. Clara había vuelto a Bamberton con su prometido tan llena de felicidad y recogido que tenía forzosamente que manifestárselo a alguien. En el tren no había encontrado a ninguna de sus compañeras, y le era imposible reservar más tiempo la nueva; tenía que decirse a Natalia, si lograba verla. La mayoría de las moradoras de la casa estaban ausentes, y la soledad y la tristeza reinaban en los corredores y el comedor.

—¡Adelante! —dijo la voz de Natalia respondiendo al golpe de la puerta; y Clara, sin más explicaciones, entró gritando:

—¡Ay Natalia! ¡Qué noticia! No la adivinarás, por mucho que pienses. —También tengo yo noticias —dijo Natalia con alegría; pero al mirar a Clara, comprendió que sus noticias eran menos importantes que las de ésta, y preguntó afectuosamente:

—¿Qué noticias tienes que darme? Cuéntamela.

—¡Voy a casarme, Natalia! ¡No me envidias? —exclamó Clara, que no necesitaba por cierto que la animaran a hablar.

Natalia consideró muy especial el modo que tenía Clara de manifestar su felicidad; pero la señorita Denis era distinta de las demás en muchas cosas, y su manera de proceder, muy particular. —¿A casarte? —murmuró Natalia. —Me alegro muchísimo de oírlo, y deseo que seas muy feliz; tan feliz como me reces.

—No hay que desearlo; ten la seguridad de que lo seré. Es el hombre más espléndido que he visto: va a ser muy rico dentro de poco, y me adora con toda su alma; lo mismo que yo a él, por supuesto.

Clara estaba radiante de felicidad; no había que preguntar si estaba contenta. Natalia salvó el espacio que las separaba, y la estrechó entre sus brazos besándola. Se alegraba mucho de la felicidad de su amiga.

—No me has dicho con quién te casas —exclamó—. ¿Es con el señor Walker, o con el señor Strang?

La satisfacción que reflejaba el semblante de Clara desapareció por un momento ante aquella idea.

—¡Esos dos! ¡Como si yo los mirara siquiera! exclamó Clara indignada.

—Entonces, ¿con quién? ¿Le conozco yo? —interrogó Natalia.

—Todavía no; pero confío en que le conocerás pronto. Es el único con quien yo podía casarme. Es el caballero que fué preguntando por mí, hace unos días; ya te lo conté: se llama Nicolás Hassard.

**CAPITULO XVI**

**La satisfacción de Clara**

—¡Aquel hombre! ¡Pero si apenas hace una semana que les conoces! Recuerda el día que me lo dijiste. —Tú que res burlarte de mí! —dijo Natalia entre sorprendida y severa.

—Hace nueve días —repuso Clara. —No es mucho, verdaderamente; pero ¿qué importa? Nos enamoramos mutuamente la primera vez que nos vimos; dicen que es mejor casarse pronto, y nosotros vamos a probarlo. La boda será de hoy en quince días.

—Tú te burlas, Clara.

Natalia no podía comprender que aquella prisa fuera posible; pero Clara movió la cabeza resueltamente, añadiendo:

—Ninguno de los dos queremos esperar porque no hay necesidad de ello. Quiere que deje el bazar lo antes posible; él comprende tan bien como yo, que ésta no es mi esfera.

—Comprendo que quiera casarse y crearte un hogar cuanto antes —repuso Natalia—: eso es muy natural; pero ¡tan apresuradamente! ¡Si no hará más que tres semanas que os visteis por primera vez! ¿Le conoces bien? ¿Sabes quién es siquiera?

—¡Claro que le conozco —replicó Clara, creyendo realmente que lo sabía—. Es de Australia. Tenía allí grandes fincas y haciendas, y ha perdido mucho dinero; por eso no está ahora en muy buena posición. Ha sido franco conmigo, y me lo ha contado todo.

que contempla una escena callejera, sin contar otras alegorías de la interminable y extraordinaria producción del maestro.

Pinta luego con Ticiano la sala mayor del Gran Consejo y al terminar Sansovino la Biblioteca, Ticiano le elige para que con otros pintores trabaje en ella. Llega el momento culminante. El Veronés produce en pleno dominio de sus recursos, y dejando en libertad a su genio, realiza «La comida en casa del fariseo», «Las bodas de Caná», «La comida en casa de Simón» y «La comida en casa del leproso». «Las bodas de Caná», que mide unos siete metros de alto por diez de ancho, las pintó en 16 meses y se le abonó por la obra la modesta suma de 334 ducados, pues no le interesaba el dinero. «La comida en casa del fariseo» reúne a ciento treinta y dos personajes. En ellos esa fantasía del pintor surge en la multitud de elementos extraños que se acumulan, junto a la magnificencia del escenario donde relampaguean las vajillas de metales preciosos, sin que jamás se halle ausente una nota de buen humor que por momentos cobra la apariencia de un cómico episodio. Coloca en «Las bodas de Caná», la imagen de Jesús en la mesa de herradura, mientras distribuye figuras históricas, pudiendo verse a Francisco I junto a la reina María de Inglaterra o la marquesa de Pescara, entre Solimán I y Carlos V, hallándose representados sus amigos y hasta su propio hermano Benito.

Esta originalidad del artista, que se advierte en «La comida en casa de Levi», le valió ser llamado ante el tribunal de la Inquisición el 18 de julio de 1573, proceso del cual da cuenta el siguiente documento que se refiere al interrogatorio: «¿Conocéis la causa por la cual se os llamé?»

«Creo que será por lo que han dicho los Reverendos Padres (el cuadro era para el convento de San Juan y San Pablo) o, mejor todavía, por el prior del convento de San Juan y San Pablo, del cual ignora el nombre y quien me manifestó que había venido aquí y que vuestras Señorías Ilustrísimas le habían encargado que mandase ejecutar una Magdalena y yo le respondí que con mucho gusto haría cuanto fuese necesario en honor mio y del cuadro; pero yo no comprendo qué puede hacer allí la Magdalena.

«En esa cena de Nuestro Señor, ¿qué significa ese hombre desangrándose de la nariz?»

«Es un criado que un accidente cualquiera le ha hecho sangrar la nariz. «¿Cómo figuran ahí esos alabarderos vestidos a la alemana, teniendo en la mano una alabarda?»

«Aquí sería necesario que yo dijera una veintena de palabras. Nosotros los pintores, nos tomamos ciertas licencias concedidas a los poetas y los locos y he



«JESUS Y EL CENTURION DE CAFARMAUN».—MUSEO DEL PRADO

representado a estos alabarderos, uno de los cuales está bebiendo, mientras otro come en las gradas de la escalinata, pronto, por otra parte, a volver a su servicio, porque me ha parecido conveniente y posible que el amo de la casa, rico y considerado, según se me dijo, debía tener tales servidores.

«¿Cuáles son, en verdad, los que vos admitís haber estado en la Cena?»

«Yo creo que no hubo más que Cristo y sus Apóstoles; pero cuando en un cuadro me sobra un poco de espacio, lo adorno con figuras de mi invención.

«¿Pero es que los adornos que vos, artista, tenéis costumbre de poner en los cuadros, no han de guardar relación directa con el asunto, o es que éstos se dejan a vuestra fantasía, sin discusión alguna y sin razón?»

«Yo hago mis pinturas con todas las consideraciones propias a mi espíritu y según las entiendo.

«¿Es que os parece a vos decente representar en la última Cena con enanos y otras tonterías?»

«Claro que no.

«¿Por qué, pues, lo habéis hecho?»

«Yo lo hice suponiendo que esas gentes sean ajenas al lugar donde se celebra la Cena»...

Más adelante disculpándose el artista, cita el ejemplo de grandes pintores y en particular de Miguel Angel con su «Juicio final», estableciendo los jueces, no obstante que Cagliari, en el término de tres meses, debía, previo pago de costas emendar el cuadro. Lograda la indulgencia, por su humildad y buenos deseos, el Veronés suprimió enanos y bufones, haciendo una variante en los alabarderos y dándose por bien servido de haber salido de semejante aprieto.

Se entrega en seguida a la preparación de los cartones para los mosaicos de San Marcos y a los 38 años, después de una existencia galante y modélica, el recuerdo de algo preciso le trabaja y torna a mirarse en los ojos húmedos de tierra recién arada de su prima Elena Badile, a quien contemplaba antaño como una imagen y sin razón?

«Bautismo de Cristo», «El matrimonio de Santa Catalina», «El martirio de San Jorge», «Adoración de los reyes», «El festín de San Gregorio», «La victoria de Lepanto», en la Sala del Colegio. Las llamas devoran en 1577, de nuevo, los tesoros de la pintura veneciana en la sala del Gran Consejo; el Veronés es designado otra vez

para realizar casi toda la obra, y su poderío marca el «Triunfo de Venecia» en acentos que alcanzan lo sublime. El poeta se alza de nuevo en el canto potente que grita en la expansión de sus facultades y las páginas se suman en «La toma de Esmirna», «La defensa de Scutari por el dux Loređano» o «La vuelta del dux Contarini después de la victoria de Chioggia».

La eclosión prosigue y los años sólo afirman el genio de Cagliari, abriéndole vastos horizontes para que desarrolle su soberbia actividad en fama que corre por el mundo y es reclamado por príncipes y reyes para que quien colocó a Venecia en áureo trono, respondiese a su ruego. «La reina de Saba visitando a Salomón», «Moisés salvado de las aguas», «Céfalo y Poeris», «El poema de Venus», y continuando en las decoraciones para la Serenísima, atiende la solicitud de otras ciudades ilustres y se suman los retratos famosos como «La hija del Ticiano», la «Bella», del Museo Pitti, sus desconocidas, como la joven dama del Museo del Prado.

La obra se multiplicó en infinitad de manifestaciones, de opulencia sensual o de los más finos sentimientos, cual puede demostrarlo con el sueño de Santa Elena de la Galería Nacional de Londres o en el supremo encanto de «La adoración de los reyes».

Raras fueron sus excursiones. El Veronés se hallaba tan compenetrado del espíritu de Venecia que con el Ticiano implicaron fuerza y razón de ese mismo espíritu y no se apartó de ella, embriagado con su color y su luz, bajo el dominio de un lugar que siendo centro general de cultura, tenía el encanto de la inteligencia, de la belleza, de la riqueza y del amor, que se resguardaban, sin mirar fuera, en la augusta serenidad de los canales, en el reflejo tembloroso del encaje de sus arquitecturas, en el optimismo galante de las canciones, en la sensibilidad de sus hombres y en el primor floral de sus mujeres.

Tal es el artista que hace tres siglos y medio, en 1588, cerró los ojos cuando las banderolas agitábanse en postrer saludo, mientras moría la voz de las campanas, que el ritmo de los remos, rozaba las dormidas aguas, como el suave plumón de la golondrina que se aleja buscando tierras increíbles.



«LAS BODAS DE CANA».—GALERIA DE DRESDE



# Pablo Verones: Poeta de la Serenísima

En el 350 Aniversario de su Muerte

QUEDA vibrando el eco de la voz de los Bellini, cuando el esplendor solar de un siglo XVI estalla sobre el suntuoso mundo veneciano, que en un impulso poderoso rejuvenciona el arte de Italia, cuando Miguel Angel se apaga entre las estrofas místicas que dedica al gran amor de su vida, que se fué en el silencio del monasterio de Viterbo. Cruza la silueta de Antonello, que también trae un recuerdo de Brujas y el Carpaccio se alza sobre la ciudad, el mar y los canales. La revolución se inicia con el Giorgione, que murió a los treinta y tres años por haber querido mucho y ver hundirse su cariño en el pozo de la indiferencia; en su sensual intelectualismo, que forma en un molde de oro el espíritu nuevo que tiene su máxima representación en el Ticiano.

El tiempo ha caminado presuroso; el genial autor de la Venus del duque de Urbino, de «La música» o de «La bacanal» —como el amante de Victoria Colonna, a su turno, pero en gloria espléndida—, ve que nacen ante su enorme altivez inusitadas expresiones que ponen ante sus ojos cuidadosos el Veronés y aquel Tintoretto, cuya importancia de excepción reconocieron nuestros contemporáneos.

En ese ambiente de gracia y refinamiento, donde la galantería sin mayor asombro recostaba su cuerpo desnudo en un tapiz oriental, el maestro de «Las bodas de Caná» hace su razón de lo aparentemente absurdo y exhibe sus muchedumbres en dinamismo extraordinario, componiendo a su placer sin considerar la relación de ajuste a la verdad, a la tradición, al respeto y al régimen que enriquece de inesperados matices.

Nació en Verona, durante el año 1528, Pablo Cagliari, llamado Pablo Veronés, falleciendo cuando cumplía sesenta años, en Venecia, el 19 de abril de 1588. Fué el poeta de la Serenísima, cuyo lirismo vigoroso se expandió como un tumulto de imágenes portentosas en ese centro de civilización brillante, tan de acuerdo con su temperamento, al que dejó libre, en el goce de esa suntuosidad que se volcaba desde los bajeles de aventura pasmosa dentro del recio pero femenino espíritu de las caladas arquitecturas, para llegar al corazón de las sedas o los brocados, detenerse en el irisado reflejo de un cristal de alcurria batido en fuego de milagro y asomarse a la piscina que raye en cinabrio un pececillo. Contempló el Veronés, con agitado goce, el paso de diminuto paje, prendido cual joya de ébano en el extremo de la cola, entre la danza de los monos asiáticos y la estilizada forma de los lebreles. El rojo de los cortinados alimentó su alegría, y si los orientales dicen que no hay nada más bello que la franja de un tapiz, el artista comprendió que era más hermoso un pie menudo de mujer animando a la franja de ese mismo tapiz.

Y así fué el poeta de la Serenísima; de las damas de inquietante cabello me-



«CONVITE DE SAN GREGORIO MAGNO».—SANTUARIO DEL MONTE BERICO, EN VICENZA (ITALIA)

tático; de las carnes prodigiosas; de los varones ilustres; glorificando a la incomparable Venecia del siglo XVI y poniendo en lo místico la inconmensurable fantasía de un pensamiento vagabundo.

Color, amor, sonido; sonrisas de mujer; y señas insinuante de la Fama. El Polino, que modelaba en barro y que pintó con Badile en Verona y frecuentaba a Juan Carotto copiando estampas de Durero y Lucas de Leide, colocó piedra por

piebra los muros de su conocimiento, siguiendo su aprendizaje sin dar valor a los cuadros que amontonaba, a la inversa de lo que es regular en este instante y, sin considerar aquello: «más se puede esperar del que nada sabe que de quien sabe mucho».

Pinta una Virgen para la iglesia de San Bernardino seguro ya de sus medios y ejecuta varios frescos con su camarada de taller Giambattista Farinati, entre los

cuales podemos anotar la decoración del palacio del caballero Portesco, la que realizaron para las casas de recreo que construyó el arquitecto Sannichelli y otras en distintos lugares.

Tenía Paolino el empuje avasallador de los veinticinco años cuando llegó a la soñada tierra de la República. Después del deslumbramiento que le produjo la ciudad de los Duces, llega la gran oportunidad, cuando el cardenal Hércules de Gonzaga—uno de esos mecenas tan necesarios para que se escribiese gran parte de la historia de las artes bellas—le llama conjuntamente con Paolo Farinati, Battista del Moro y el Brusarot, para un concurso de proyectos con el objeto de decorar la catedral de Mantua, acordando la preferencia al Veronés por el vigor expresivo de su obra.

Trabaja en colaboración para las pinturas de la sala del Consejo de los Diez del palacio de los Duces. En el Louvre se halla—después de figurar en la cámara de Luis XIV—su espléndida visión «Júpiter fulminando los vicios», y en Bruselas, «Juno vertiendo tesoros sobre Venecia». Bueno es recordar que Cagliari contaba sólo veinticinco años cuando con «La edad madura y la juventud», ejecutó obras de elevación semejante.

Desde el año 1555, la fama del pintor crece y se afirma con la decidida protección del prior de los Gerolamitas Bernardo Toborní, quien le encarga decorar la iglesia de San Sebastián, la «Coronación de la Virgen» y las pechinas de los evangelistas, siendo tal el entusiasmo que despertó su obra, que se le entrega todo el edificio, donde trabaja varios años, como también en otras iglesias venecianas.

Camina el tiempo y la gloria se acentúa. Un acaudalado señor, Daniel Barbaro, patriarca de Aquileya, y su hermano, le encomiendan las decoraciones para su casa en Masiera. Con verdadera fiebre fricó su labor, y entre los motivos ornamentales de rica imaginación y maravillosas evocaciones femeninas, van surgiendo de su pincel fastuosos «La nobleza», «El honor», «Flora», «Pomona», «La magnificencia», «El vicio», «La virtud», «Ceres», «Baco», el Olimpo—donde aparece Zeus, rigiendo los destinos—mientras las fuerzas naturales simbolizadas por dioses se expanden y Venus aparece, en tanto que la gracia opone a la patricia veneciana

Necesitaba tener una blusa muy elegante para comer en la mesa redonda del hotel, y un traje de boda de seda gris claro; el blanco sería mejor para el traje de baile, porque podía mancharse al subir o bajar del coche. Quizá Kimber les daría un pequeño banquete de boda;

(1) En Inglaterra, en vez de madrina, hay doncellas de honor en los casamientos: una o varias, según el rango y los compromisos de los contrayentes.

—¿Y tú le quieres bastante para casarte con él, Clara? —preguntó Natalia a media voz.

Clara no contestó más que con estas palabras:

—¿Serás una de mis doncellas de honor, Natalia? (1).

Pero la expresión de su semblante y la sonrisa que entretendió sus labios mostraron claramente que amaba, o al menos creía amar a aquel hombre con toda su alma.

Natalia, sin repetir su pregunta, y res. poniendo a la que Clara le había hecho, dijo:

—Si estoy aquí, sí; pero tal vez me haya marchado antes. Tengo que recibir una carta antes de responderte definitivamente.

—¿Te vas también? ¡Ahora recuerdo que dijiste que también tenías que darme tú una noticia! —prosiguió Clara—. ¿No será que el viejo Kimber te haya despedido? Sería una atrocidad; pero no hay que olvidarse que es judío, y puede sacar la oreja.

—No; me voy por mi voluntad, Clara. He conseguido obtener la plaza de secretaria en un hotel de Southcliffe.

—¡Secretaría!

La importancia del cambio de posición de Natalia palideció para la señorita Denis junto al que ella misma iba a experimentar; pero trató de felicitarla con aire de protección, continuando:

—¡Y en Southcliffe! Haré que Nick me lleve allí y pasemos la luna de miel en ese hotel... Será muy agradable; ¿verdad?

Natalia asintió, añadiendo que el sitio era pintoresco e interesante.

—Aún no tengo el anillo de esponsales —continuó Clara, mirándole los dedos con aire pensativo—. Nick quiere saber cómo me gustará; pero no he decidido aún si será con perlas o con ópalos. Quería que esperase hasta que sus abogados le entreguen las alhajas de familia, entre las cuales dice que hay un anillo magnífico; pero yo no quiero esperar, porque el anillo es casi lo más importante en las relaciones de novios, y quiero tenerlo en seguida. Ninguna de mis compañeras creará que voy a casarme si no lo ven en mi mano.

Natalia, aunque no pensaba exactamente igual que Clara, se manifestó conforme con ella.

—Creo que te enamorarás de Nick apenas le veas —prosiguió Clara—. Me parece imposible que no agrade a cuantas jóvenes le veas; ¡es tan distinguido, tan hermoso, tan digno de ser amado por todos conceptos! Me considero la mujer más afortunada del mundo. Tienes que asistir a mi boda; no tienes más remedio, Natalia. No hay aquí ninguna joven a quien yo quiera tanto como a ti, y quiero tenerte a mi lado. Únicamente tú perteneces a mi clase.

Natalia manifestó otra vez su deseo de servirle de doncella de honor; pero repitió que tal vez le fuera imposible.

—¡Pensar que las dos vamos a acudir de nuestros pies el polvo del bazar al mismo tiempo! —decía Clara entusiasmada—. Por supuesto, no se lo he dicho aún a Kimber con esas palabras; quiero que esté de buen humor, porque deseo que me de mi «trousseau» a precio de coste, y que añada algún regalillo. Nick dice que debe hacerlo.

La conversación acerca de sus trajes y demás ropas entretuvo a la señorita Denis hasta que sonó la campana anunciando a todas las señoritas que era hora de cenar.

Necesitaba tener una blusa muy elegante para comer en la mesa redonda del hotel, y un traje de boda de seda gris claro; el blanco sería mejor para el traje de baile, porque podía mancharse al subir o bajar del coche. Quizá Kimber les daría un pequeño banquete de boda;

(1) En Inglaterra, en vez de madrina, hay doncellas de honor en los casamientos: una o varias, según el rango y los compromisos de los contrayentes.

esta idea le pareció después un poco atrevida, porque aunque hubiera podido servirle de reclamo, Nick no podría consentir que la gente supiera que ella había estado detrás de un mostrador. Sería una cosa que los favoreciera muy poco.

—¿Dónde vais a vivir? —preguntó Natalia.

—Aún no lo hemos decidido. Nick dice que le gustaría tener casa en Londres, pasar allí parte del año, y el resto en el extranjero—dijo Clara—. Quiero ir a París y Mónaco. Como seremos ricos, tenemos que vivir como la alta sociedad. Supongo que tu familia no iría mucho a Monte Carlo; ¿verdad?

Natalia asintió.

—¡Claro! Eso sólo puede hacerlo la gente muy elegante —prosiguió Clara, considerándose ya superior a la turba con quien había vivido en la Casa Roja. Podían haber tenido ejecutorias y palacios; pero no figuraban en la sociedad en que ella iba a entrar por su matrimonio. Su satisfacción crecía por momentos; apenas si podía contenerla.

Hassard, al separarse de su prometida, volvió al hotel, a fin de jugar, y obtener así fondos para comprar el anillo de esponsales que tanto ambicionaba Clara. Quiso entretenerla con promesas; pero ella se había puesto muy seria en aquel punto. Era un inconveniente, porque necesitaba todo lo que pudiera obtener con su destreza en el juego para sostenerse del modo que ella consideraba propio de su esfera hasta que cayera en sus manos la anhelada fortuna. Jugó al billar aquella noche, y ganó una modesta suma. Había visto un anillo en una casa de préstamos, y lo adquirió barato. Era magnífico en apariencia. Clara quedó encantada con él, y lo usó con tanta alegría como si fuera de brillantes.

Todas las señoritas del bazar consideraron a Clara como la persona más feliz del mundo. Parecía aquello un cuento de hadas; la vió en la ventana; se enamoró de ella, y se casaban inmediatamente. Clara añadía encantos a la historia con las brillantes notas de su fantasía; era la persona más rica que ella había visto jamás, el hombre más espléndido y elegante; todas le miraban con reverencia y respeto.

Cuando iba a esperar a Clara por la noche para pasear en el Parque, todas se asomaban a las ventanas que daban a la calle, y se promovía un clamoreo tal como nunca se había visto antes.

En cuanto a Clara, consiguió que Kimber se alegrara de su partida, porque llegó a ser una figura decorativa en el bazar, completamente inútil para todo. Cuando no estaba hablando con las otras jóvenes que estaban cerca de ella, se abstraía pensando cómo sería el traje A o el sombrero B que había de llevar.

Hassard continuó teniendo suerte, y pudo comprar, a más del anillo para Clara, ropa para él, y economizar veinte libras para los primeros gastos hasta que pudiera volver a probar fortuna en otra parte. Cuando Hardcastle llegara a Inglaterra y entregara a Clara su fortuna, se resarciría ampliamente de los tiempos angustiosos.

¡Cuando Hardcastle llegara a Inglaterra! Apenas terminada la boda y fuera su esposa, procuraría salirle al encuentro y sacarle hasta el último penique.

El testamento estaría ya en manos de abogados. ¡Si hubiera podido saber el nombre del de Hardcastle! Pero Dermont obraría legalmente en la cuestión del testamento; y si no lo hacía, Hassard se encargaría de obligarle. No podía saber que la señorita Denny, a quien él iba a buscar en Inglaterra, pertenecía a otro hombre, y ella y su fortuna escapaban de su poder.

En tanto, el día de la boda de Clara se iba acercando, y Natalia obtuvo permiso para estar aún otra quinceña en el bazar de Kimber antes de ir a ocupar su nuevo empleo, y así podría asistir a la ceremonia.

## CAPITULO XVII

### Antipatía

Clara no descansó hasta conseguir que su amiga y su prometido se conocieran, y ver la impresión que mutuamente se causaban. Quería que Natalia fuera de cerca a la superior criatura que iba a ser su esposo y que éste a su vez supiese que tenía una amiga tan señora como ella misma. Insistió en que Natalia los acompañara a un pequeño restaurant donde los empleados de Kimber solían ir a tomar el té los días festivos; porque, aunque podían haber invitado a Nick a la mesa redonda del bazar, lo consideró vulgar y de mal gusto.

—La señorita Kinght; el señor Hassard —dijo Clara haciendo la presentación mutua al encontrarse en la puerta del pequeño restaurant—. Quiero que seáis amigos. Pero ¿no decís nada? Tengo gran alegría y satisfacción en hacer que os conozcáis, y espero que será dichosa vuestra amistad. Sentiría mucho equivocarme; pero no dudo que llegaréis a ser buenos amigos.

Uno de los oyentes, por lo menos, no mostraba que la seguridad de Clara tuviera fundamento, cuando, después de saludarse, se miraron un momento en silencio. Natalia creyó que la descripción que Clara le había hecho diciendo que su prometido era la suma elegancia y distinción, era algo exagerada, dado el carácter de la joven; pero al verle, comprendió que socialmente, al menos por su nacimiento, ocupaba un lugar muy diferente del que su amiga le concedía, si bien tenía cierto aire de distinción y buena crianza, no obstante lo cual le fué profundamente antipático.

Natalia esperaba hallar un hombre vulgar, pero afable y de buena presencia, y se encontró con que no era ni lo uno ni lo otro. Lo que despertó en Natalia aquella repulsión súbita, sin que ella misma pudiera darse la razón del por qué, fué su semblante.

Era guapo; no podía negarse; pero su hermosura no influía en nada para hacer agradable la expresión de sus ojos y de su boca.

Le pareció malo, miserable y cruel en el fondo. Nunca hubiera podido ella confiar en un hombre que tuviera aquella fisonomía. Fué inútil que se dijera que no podía equivocarse, y que tratara de ser amable y complaciente con él, por simpatía a la pobre Clara; era un empeño superior a sus fuerzas.

Hassard, a su vez, se quedó tan sorprendido como Natalia. No había hecho mucho caso del interés que Clara manifestaba por su amiga, pues a él le era completamente indiferente; pero creyó encontrar una joven de aspecto de aquella clase que se hallaba en presencia de una señorita distinguida y aristocrática, como según él debía ser Clara, dado su origen y su primera educación. La señorita Kinght era una joven hermosa, tenía esos modales finos y elegantes que acreditan un nacimiento noble, y Hassard al darle la mano para saludarla, sintió que no fuera ella en vez de Clara la que debía heredar la fortuna que ambicionaba. Casarse con una señorita como aquella, hubiera sido para él una felicidad. Pero se encogió de hombros pensando:

—¿Qué más dá? Después de todo, lo importante es el dinero; la mujer es lo de menos.

—El señor Hassard va a pedir té para nosotras, Natalia —dijo Clara llena de alegría.

—Pobre niña! Su felicidad era tanta, que no tenía límites, y la revelaba a cada instante.

—¿Qué prefieres; bollos, o pasteles? Podemos pedir lo que queramos.

Natalia contestó con serenidad, eligiendo lo que prefería. Una nube oscuró su frente: había experimentado mucha alegría al ver la felicidad de Clara; pero cuando conoció a Hassard, sintió nublarse su alegría. Aquel hombre no podía hacerla feliz.

Sentados a la mesa del restaurant,

oía silenciosa y gravemente cómo charlaba y reía Clara, sin que pudieran sacarla de su abstracción los intentos de Hassard incitándola a que hablara; el cual, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, concentró su atención en la charla de su prometida, sin volver a ocuparse de Natalia. Pero era inteligente, y conocía a primera vista que no le había sido simpático. Si hubiera sido preciso conseguir su afecto, lo hubiera logrado en media hora; pero era inútil, y por lo tanto, no valía la pena de molestarse en intentarlo. Además, Clara se enojaría si veía que trataba de agradar a otra joven en su presencia, y esto no era halagüeño por ningún concepto.

—¿Cómo me agrada tomar el té fuera de casa! —decía Clara, sin advertir siquiera el silencio de su amiga—. Quiero decir, donde vivimos ahora, porque en mi propia casa tenemos bandejas de plata, porcelana fina y una infinidad de tartas, dulces y cosas agradables. ¡Ninguna persona de gusto podría soportar las comidas de Kimber, en las que todo es basto y ordinario! En nuestra casa todo será magnífico; ¿verdad, Nick?

—Todo estará en tus manos, y podrás hacer lo que gustes —respondió Hassard frunciendo ligeramente las cejas.

—Y tú irás a pasar una temporada con nosotros, Natalia. ¿Verdad, Nick, que debe venir?

—Seguramente. Tu amiga será siempre bien recibida.

Hubiera accedido a cualquier cosa que Clara le pidiese; hasta su casamiento, tenía que ser condescendiente con ella.

—¡Muchas gracias! Son ustedes muy amables —murmuró Natalia confusa—; pero ya saben que no tendré muchas vacaciones. Yo estaré ocupada mientras las demás se divierten, porque precisamente el tiempo de estar en las playas es la mejor época del año, coincidiendo con las vacaciones.

—¡Mira que lástima! —dijo Clara a su prometido con una adorable sonrisa—. Natalia se va a Southcliffe precisamente el día que nosotros vamos a casarnos. Yo quería que asistiera a la ceremonia; pero dice que no puede esperar, que tiene que ir a hacerse cargo de esa estúpida secretaría.

—Me esperan ese día —dijo Natalia dulcemente.

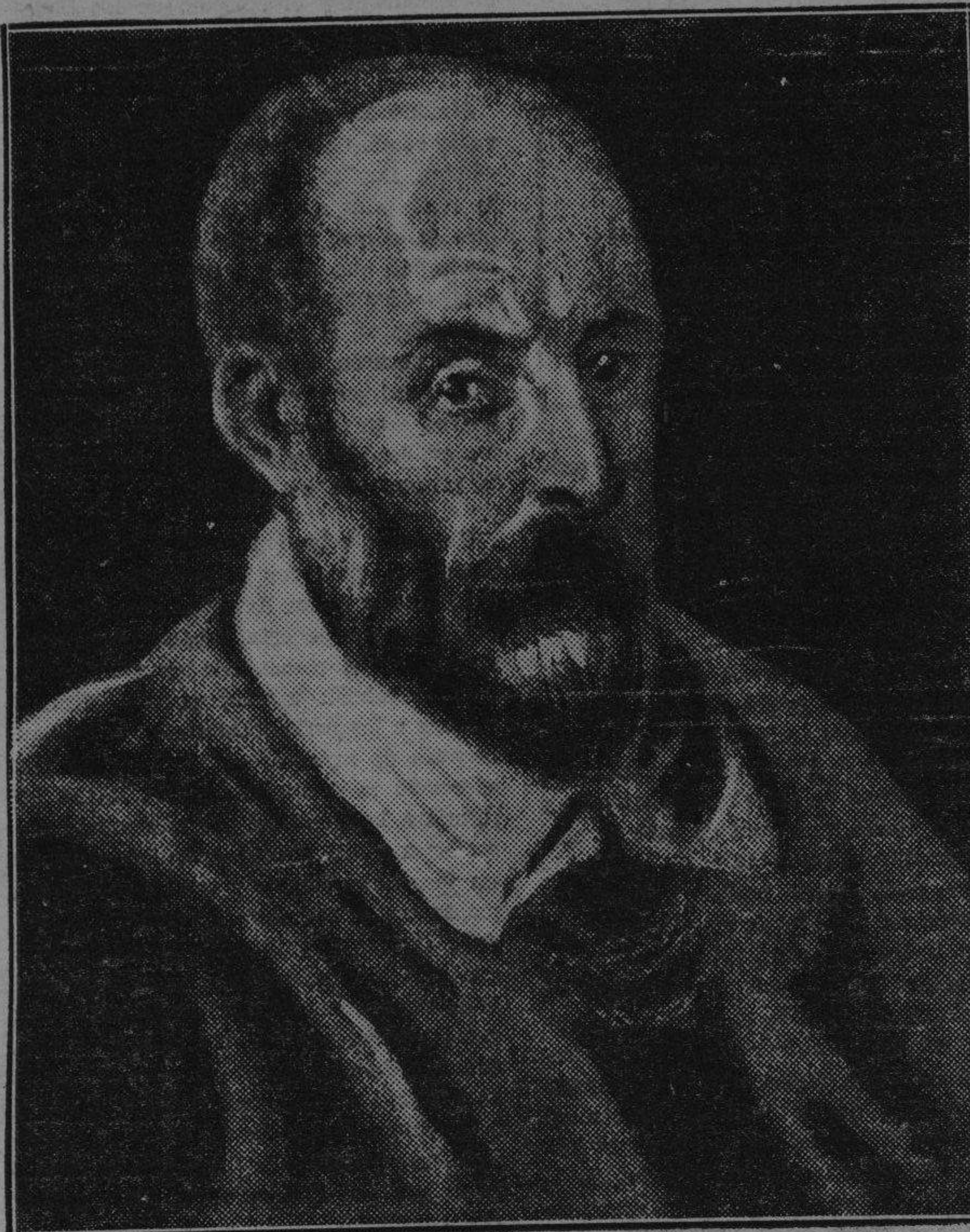
Hassard murmuró algunas palabras de sentimiento. En realidad, era un detalle sin importancia que aquella señorita concurriera o no a su boda; pero entraba en su papel simpatizar con los deseos de Clara en todo, y hacerle creer que eran más importantes para él que los suyos propios.

—Tal vez nosotros iremos a Southcliffe a hacerte una visita —exclamó Clara con alegría—. Ya te dije que si Nick quería, tendría mucho gusto en ir. ¿Qué clase de población es? Nunca he oído hablar de ese sitio.

—¡Vi el anuncio en un periódico —dijo Natalia—, y no sé mucho tampoco acerca de él. Dicen que es una estación de verano que está alcanzando mucho éxito. Por lo que he oído, supongo que es un sitio bonito. Hay ruinas, bosques y puerto de mar; pero lo demás que pueda haber, tendré que averiguarlo cuando vaya allá.

Hassard, completamente aburrido, aunque procurando aparecer interesado en la conversación, desmigaba un bollo. No entraba ciertamente en sus planes pasar ese grato período llamado luna de miel paseando por la arena o las rocas de la playa; un puerto de mar que no fuera Brighton o Eastbourne, era intolerable. Tan pronto como se verificara el casamiento, irían a Londres. Allí era donde tenía que esperar a que Hardcastle volviera de Australia; allí encontraría medio de vivir hasta conseguir la codiciada herencia y resolver el problema de lo porvenir.

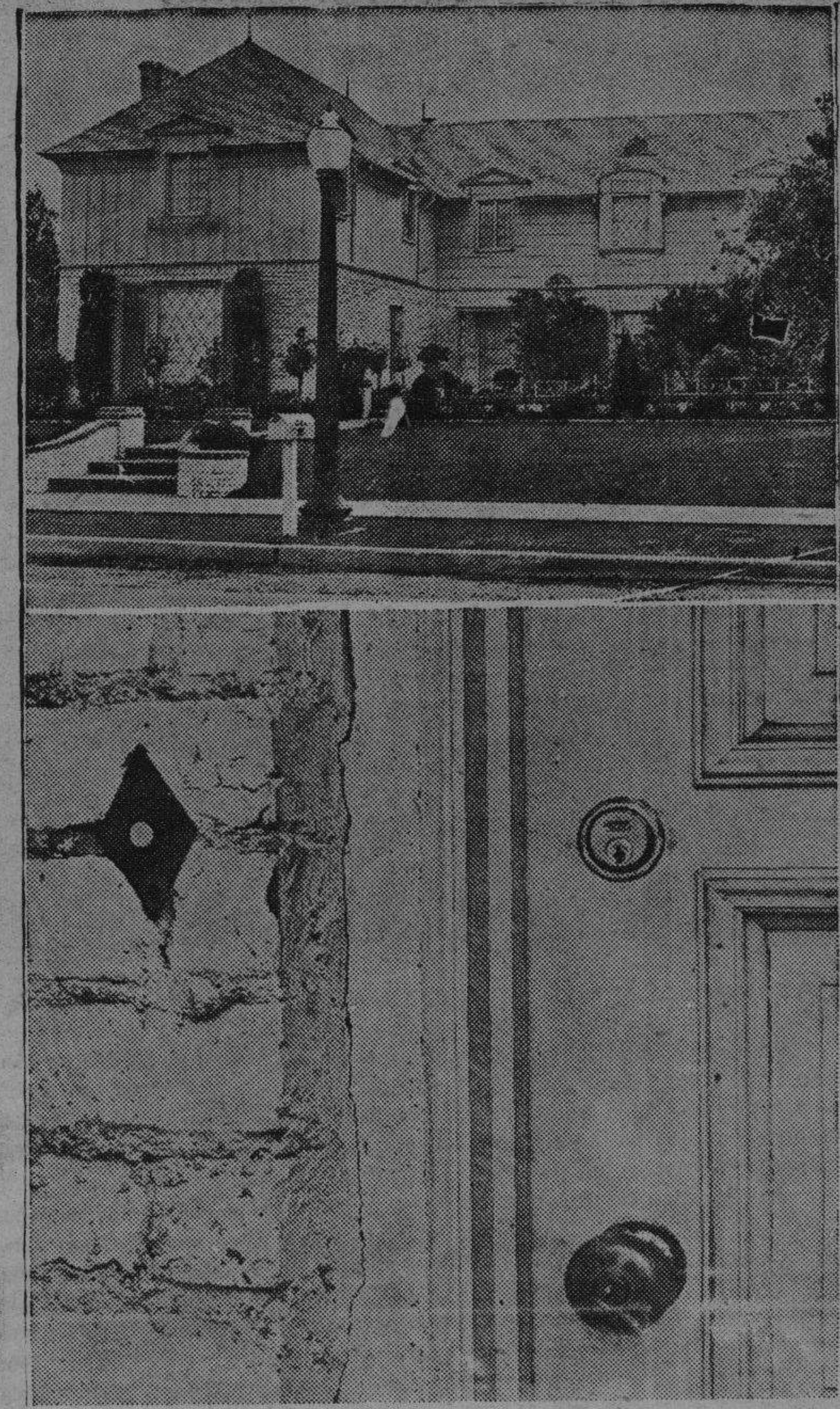
Cuando las dos jóvenes salieron del restaurant y él se quedó atrás para pagar, Clara cogió del brazo a Natalia con mucho mayor confianza de la que había tenido hasta entonces. Su dicha



AUTORRETRATO DE PABLO VERONES



# El Misterio de las Llaves de Oro



Arriba: La casa de Simone Simon en Hollywood. Abajo: la puerta famosa para cuya cerradura se fabricaron las llaves de oro.

Aún cuando la madre de George Gershwin ha entregado una de ellas a la prensa, Simone niega que la diera al famoso compositor fallecido el año pasado

**N**o solo en Hollywood, sino en varias otras ciudades de los Estados Unidos, se están fabricando llaves de oro. Parece que la vi-  
vaz Simone Simón lanzó algo que va a durar. Sus llaves de oro van camino de ser algo como las argollas de oro que sellan los matrimonios. Las llaves sellarían esa especie de matrimonio a prueba que, según un magistrado de Detroit, son cosa corriente en el país, y que han originado la más airada y fundada protesta de las iglesias cristianas.

George Gershwin tenía 38 años de edad cuando murió el 11 de junio de 1937; Simone tenía entonces 23. Los quince años de diferencia no fueron obstáculos para que prendiera en ellos una atracción que Simone sigue llamando simple amistad, pero que los amigos de Gershwin afirman fué un amor loco, casi una obsesión de parte del genial compositor. Simone niega aún que las llaves de oro que su Secretaria Sandra San Martín reveló al mundo en el proceso instaurado por la estrella por estafa de 23.000 dólares, fue-

ran dadas a Gershwin. Pero en su departamento de Morning Side Heights en Nueva York, la madre de Gershwin hizo entrega a un repórter del «Mirror» y de la ya famosa joya y símbolo de amor extramatrimonial.

La llave fué encontrada entre los efectos que Gershwin guardaba como íntimos y sobre los cuales nadie, ni su madre, pusieron sus ojos antes de su prematura muerte. Estaba en un elegante estuche y es en sí misma una obra de arte de cincel y fundición. Se dobla como un cortaplumas; para abrirla basta con presionar un botón del lado de la empuñadura que es un zafiro de valor. Recuerdan ahora los amigos de Gershwin que durante los últimos meses de vida el autor de «Rhapsodia en Azul», vivía como bajo la angustia de ver a Simone. Frecuentemente se levantaba de la mesa en los restaurantes para ir a telefonarla. Siempre hablaba de ella como la «muchacha de la voz divina, la voz que yo tengo que perfeccionar». Dejó escrita la partitura de una opereta para que Simone estrenara en Nueva York. Ya había escrito la par-

titura «Porgy and Bess» que lo colocaba en camino de la ópera. Varias veces Gershwin abandonó a sus invitados en su propia casa para marcharse a «consultar» a Simone sobre la música de esa opereta que estaba componiendo para ella. Simone sintió así alentada la más grande de sus ambiciones, la de ser algún día una gran cantante de ópera. La muerte de Gershwin y el episodio de las llaves de oro han arruinado, posiblemente para siempre, esta ilusión.

**¡Envenenamiento Mental!**  
**Pensamientos Que Esclavizan La Mente**

ALMAS torturadas. Seres humanos, cuya fé en sí mismos, y cuya tranquilidad mental ha sido arruinada por dardos invisibles—perjuicios de los demás. ¿Pueden la envidia, el odio, y el celo cruzar el espacio, impedidos por el cerebro de otra persona? ¿Es posible que pensamientos diabólicos, como rayos misteriosos, proyecten las ondas etéreas en pos de víctimas inocentes? Todos nosotros, de día en día y de hora en hora cualesquiera que sea nuestra ocupación, somos posibles víctimas del envenenamiento mental, a menos que entendamos su naturaleza y lo podamos reconocer prontamente.

**LIBRO SELLADO GRATIS**  
 ¿Entiende usted las leyes más extraordinarias del cuerpo humano? La vida, la felicidad, la salud, y el goce de la vida del hombre dependen del entendimiento que el hombre tenga de la mente humana. Permita que los Rosacruces le expliquen a usted como puede obtener un método antiguo para desarrollar los poderes de su mente y usar estos poderes latentes dentro de usted. Si es usted sincero y desea saber más acerca de esto, escriba una carta pidiendo el libro sellado gratis, a:

Escribano K.S.R.  
**Los ROSACRUCES (A.M.O.R.C.)**  
 San José, California, E. U. A.

LEA MANANA EL «NOTICIERO DEL LUNES»

quiera de las que Clara se hacía para lo porvenir, sólo que de diversas índole danzaba en su mente. Clara soñaba con el amor de Nicolás y la lisonjeaba la idea de llegar a ser una mujer elegante y festejada, en tanto que Hassard pensaba solamente en gozar la fortuna que legaría a sus manos, gastándola alegremente.

### CAPITULO XIX La llegada de Dermont

Natalia había salido de Bamberton en el primer tren de la mañana; no la esperaban en Southclife hasta la noche, y aunque parecía que tenía tiempo de sobra, había formado en su mente un plan que no había revelado a nadie.

Teniendo todo el día a su disposición, podía dar una vuelta por Avening, por que, aunque estaba fuera de su ruta, sentía en su corazón vivo anhelo por visitar la sepultura de su padre y hablar con él; sentía esa nostalgia que sólo la vista del antiguo hogar puede satisfacer.

Kimber le había pagado el último trimestre de su sueldo, y podía permitirse aquel lujo por una vez; cuando estuviera en el hotel sería difícil obtener una vacación, al menos hasta que terminara el verano. Se daría, pues, aquel gusto, por simple que pareciera. Envió su equipaje directamente a Southclife, y tomó billete para Suffolk.

En Avening no tendría tiempo de ir a visitar a ninguno de sus antiguos amigos; pero casi prefería no ver a nadie. Quería pasar todo el tiempo posible recorriendo los sitios queridos y tratando de reconstituir los tiempos en que era niño y estaba al lado de su padre.

Su ciudad natal se conservaba exactamente igual que cuando la dejó, cada piedra de aquellas tortuosas calles tenía un recuerdo para ella: lo único extraño era el nombre que ostentaba la casa de banca. Era como una profanación que le llegaba al alma, haciéndola sufrir horriblemente.

En las calles no encontró a ningún conocido, y al pasar por la tienda donde solían comprar, volvió la cabeza por temor de que alguien la reconociera. Su deseo era permanecer todo el tiempo que podía disponer junto a la tumba de sus padres. Recorría ya el camino que conducía a la Casa Roja, camino tan familiar y tan querido que se hubiera bajado a besar el polvo que pisaban sus pies: un momento más, y se vería la casa solariega. ¡Allí estaba! Su corazón latió como si quisiera saltar del pecho al contemplarla de nuevo. Todo seguía igual; únicamente los árboles del parque estaban más claros, pues habían cortado algunos. ¡Qué sacrilegio! ¿Cómo habían podido atreverse a tocar aquel lugar tan sagrado para ella? De repente se volvió, y abrió la puertecilla de la verja por donde hacía poco tiempo había entrado Hassard. Su intención no había sido entrar; pero el impulso de un deseo inconsciente fué más poderoso que sus designios; quiso llegar hasta la puerta del hotel una vez siquiera.

Procuraría ver a la señora Garside, y estaría unos momentos con ella. Llamó. El criado que salió a la puerta no la conocía. ¡Qué raro era todo aquello! ¡Ser una extraña en aquella casa que había sido suya hacía tan poco tiempo!

Preguntó por la señora; el criado rebusó que no se sentía bien, que no recibía visitas, y que la señora joven estaba ausente. Buscó en el bolsillo su tarjeta; pero no lo encontró; iba en el equipaje camino de Southclife.

—En ese caso no necesito dejar mi nombre; es inútil. Siento mucho no ver a la señora; pero ya le escribiré —dijo al criado, sin poder imaginarlo. El conve-niente que hubiera sido para los acontecimientos que habían de ocurrir después que hubiese dicho quién era.

CONTINUARA EN EL PROXIMO NUMERO

ojeada al sendero que había entre la iglesia y el cementerio, porque esperaba ver a Hassard esperándola allí.

Entraron por fin en el templo, y la primera persona a quien vio fué al propio Hassard junto a la puerta de la sacristía.

La ceremonia fué corta. Clara hubiera querido que durase más y que fuera más suntuosa; pero apenas se dió cuenta de que estaba casada ya, cuando el ministro cerró el libro y salió del presbiterio. Hassard la miró sonriente, y le indicó que debían entrar a firmar en la sacristía. Esta segunda parte fué más breve aún, alguien le dió una pluma indicándole dónde tenía que firmar.

—¿Estamos real y verdaderamente casados?—preguntó Clara sin poder contenerse cuando salían juntos de la iglesia—. ¡Parece que no ha ocurrido nada! Si hemos de decir la verdad, se acordaba de los muchos matrimonios falsos que había leído en las novelas, en que siempre había un héroe traidor. Esta idea la estremeció. Quizás hubieran suprimido algo esencial, y no sería, después de todo, la verdadera señora de Hassard.

La sonrisa de Nick la tranquilizó. El coche los esperaba a la puerta; condujeron en él a la señorita de honor al «Bon Marché» antes de irse a la estación. Clara pensó para sí que era algo grosero no almorzar, o tomar siquiera un refresco en algún hotel o pastelería. Ella lo hubiera arreglado mejor aún no casándose con un hombre principa. Iba un poco preocupada, pues le parecía de mal gusto no dar un banquete a sus amigas o repartir a la gente pedacitos de tarta de boda para que los pusieran bajo la almohada; pero decidió en secreto que apenas llegara a Londres compraría una tarta, y enviaría pedazos de ella a sus ex-compañeras del bazar y a Natalia.

Llegaron al bazar, bajó la señorita de honor, Clara se asomó a la ventanilla, y miró fijamente el rótulo hasta que desapareció a su vista. Cuando dejó de ser admirada, porque el «Bon Marché» estaba ya lejos, sintió un momento de pesar; pero inmediatamente desapareció ante la emoción de llegar a la estación y ver que Nick tomaba billetes de primera clase y periódicos para leer.

—No he estado en Londres desde que murió mi padre —dijo Clara una vez instalados y cuando el tren empezó a ponerse en movimiento.— Me parecerá estar en aquellos tiempos otra vez. Parábamos en Charing-Cross, e íbamos con mucha frecuencia al teatro. ¡Qué tiempos más hermosos! Jamás pude pensar que iría a Londres a pasar la luna de miel contigo.

—¿Hubieras preferido ir a otra parte?—preguntó Hassard, cariñosamente.— Quizás te hubiera agradado más ir a Avening.

—¿A Avening?—repuso Clara sorprendida.— No; nunca he tenido interés por ir allá. Londres es el mejor sitio para pasar la luna de miel; a menos que no se vaya uno a París o a Suiza. No; no me hubiera gustado nada haber ido a Avening, repitió; y Hassard creyó que era, a causa de los tristes recuerdos que aquella ciudad tenía para ella.

Se sentó con su periódico en un rincón del vagón, y Clara ocupó el opuesto engolfándose en sus periódicos de moda, de los cuales había hecho abundante provisión. Eran los únicos pasajeros del coche. Clara pensó que era algo ridículo mostrarse tan indiferentes como un matrimonio viejo. Ella quería que todos los mozos y empleados del tren comprendieran que eran dos recién casados; pero, al parecer, no debía de serle buen tono en la sociedad en que su matrimonio la introducía, y procuró manifestarse contenta.

Hassard, entretanto ocultándose el semblante tras el periódico, se felicitaba en la seguridad de que había conseguido lo que se había propuesto.

Una ilusión tan agradable como cual-

### CAPITULO XVIII La boda de Clara

El gran día en la existencia de Clara amaneció bello y espléndido. Toda la semana había estado pensando en el tiempo que haría. Si llovería sería una lástima, porque se estropearía el sombrero al salir del coche. El señor Kimber fué tan amable, que permitió que el corteo nupcial saliera de su casa, si bien no les ofreció ningún banquete, cosa que Hassard no hubiera aceptado en modo alguno, dado caso que se lo hubiera propuesto.

Irían directamente desde la iglesia a la estación. Esto disgustaba, algo a Clara porque la mayoría de sus compañeras no podrían verla vestida de novia más que estirando el cuello cuando el coche pasara por delante del «Bon Marché».

Desde que despertó, parecía loca de alegría; alegría nublada únicamente por la duda del éxito que alcanzaría su lujosísimo sombrero. Todos los detalles de su tocado fueron atendidos a conciencia. Rebosada felicidad y contento. Iba a dejar a un lado el trabajo y la esclavitud del bazar, para empezar la vida de ilimitados placeres que había soñado tantas veces.

Entró en el coche orgulloso de su triunfo, aumentado con los aplausos de las jóvenes que se apiñaban para verla salir. El mismo Kimber le dió la mano para felicitarla y para suplicarle que no olvidara enviarle un pedazo de «tarta de la boda».

Natalia se había despedido de Clara por la mañana, a la hora de almorzar, vestida ya de viaje, porque partía poco después para su nueva colocación; abrazó a su amiga, poniendo en su mano un pequeño broche de oro con rubies engarzados.

Era de mi madre, y me complacerá que lo uses—dijo al mismo tiempo. —Espero y deseo que seas muy feliz. Clara devolvió el abrazo muy satisfecha; había olvidado que Natalia no simpatizaba con Nick, y añadió agradecida y triunfante en su alegría:

—Lo usaré en recuerdo tuyo. Y en cuanto a ser feliz, está tranquila; no habrá una mujer más dichosa que yo en el mundo entero.

Natalia salió, siguiendo al mozo que llevaba su baúl a la estación. Su salida del bazar no causó ruido alguno; as empleadas se despidieron de ella con pena, pero sin envidia, y Kimber mismo estuvo amable y pomposo, pero no paternal en su despedida. No era como si hubiera llegado al pináculo de sus ambiciones, como Clara y les inspirara el deseo de hacer lo mismo. No había ningún iris de posesía en su partida, y se marchó hasta sin que algunas lo advirtieran.

Clara fué sumida en éxtasis todo el tiempo que duró el camino hasta la iglesia.

La joven que le acompañaba en el coche como doncella de honor, tuvo que asegurarle cien veces que estaba encantadora, y que el sombrero le sentaba a la perfección; pero ni aun así estaba satisfecha, y a cada instante preguntaba:

—¿Estás segura de que no estoy hecha un adiflesio?

Sabía perfectamente que estaba bien; pero quería oírlo decir continuamente.

La iglesia era pobre, y estaba situada en un barrio obrero. Clara hubiera querido encontrar en la puerta una multitud, tener alfombra para los pies, y que la recibieran con palio; le hubiera gustado oír el rumor de los invitados volviéndose para verla cuando entraba; pero tuvo el sentimiento de que el acto más importante de su vida no se consumara con el aparato y la pompa que siempre había soñado.

Pero tales detalles no podían alterar el punto capital; era una novia, y se casaba con el héroe de sus ensueños. Salíó del coche, con la misma prosepopeya que si hubiera sido una carroza tirada por ocho caballos, lanzando una

la impulsaba a tratar a Natalia con aire de protección.

—¿Te gusta? —le preguntó—. Dime francamente lo que te parece. ¡Me muerdo por saber tu opinión!

Natalia se sintió molesta por esta pregunta.

—Es demasiado pronto para poder decir nada —respondió, tratando de evadir el asunto—. Es imposible que se pueda formar una opinión exacta del señor Hassard en media hora.

—A mí me parece la cosa más sencilla; pero no sé lo que te pasará a tí. Yo, a los cinco minutos conozco a una persona como si la hubiera tratado un año. ¿No te parece que Nick es un real mczo? ¿No crees que soy la mujer más afortunada del Universo?

Natalia sentía un nudo en la garganta. —Cuando haga un año que estés casada —murmuró al fin—, te diré lo que pienso. Si le amas y quieres casarte con él, no necesitas conocer mi opinión toda vez que es de poca importancia en el asunto.

—¡Qué graciosa eres! ¿Conqué de poca importancia? ¡Cómb si el saber que nos envidian y piensan que somos afortunadas no hiciera nuestra felicidad más completa! —respondió Clara, algo enfadada y casi llorando.

Natalia se dijo que era una criatura tonta e infeliz; pero era inútil entrar en mayores explicaciones. Después de todo, tenía perfecto derecho a casarse con aquel hombre, aunque su boca y sus ojos fueran antipáticos y crueles, y sin que nadie interviniera en el asunto.

—Sin embargo, un impulso caritativo le hizo decir:

—Ya sabes que tengo horror a los matrimonios hechos con prisa. ¿No sería mejor esperar un poco, hasta que se conocierais mejor?

—¡Qué tonterías dice, Natalia! —exclamó la señorita Denis, enfadada.

—¿Cómo si pudiéramos demorarlos más! Los dos estamos deseando salir de esta enojosa situación.

Hassard salía del restaurant, evidentemente satisfecho de la felicidad con que había podido pagar algunos pasteles menos de los que habían consumido.

principios era engañar a todo el que, de cualquier modo que fuese, se ponía en contacto con él, y cuando no podía conseguirlo, se sentía mortificado.

—¿Dónde quieren ustedes que vayamos ahora? —preguntó, resuelto a satisfacer por aquella tarde los deseos de Clara.

Esta, que estaba de mal humor por las insinuaciones de Natalia, se repuso inmediatamente, y llena de alegría exclamó:

—Vamos a ver los escaparates, y a escoger modelo para mis sombreros. Ninguno de los que tienen en el bazar me gusta bastante; pero la señorita Hailey me lo hará a mi gusto si le indico lo que deseo. ¡Vamos, Natalia! Tú tienes muy buen gusto; ayúdame a escoger algo lujoso y elegante.

—Lo siento pero es hora de volverme ya —dijo la joven—. Tengo que escribir varias cartas, y creo que puedes hacer perfectamente tu elección sin mi auxilio.

No podía sufrir por más tiempo la presencia del prometido de Clara. Su aversión iba creciendo por momentos.

—¡Es un fastidioso que tengas que irte!—repuso la señorita Denis—. Si no puedes evitarlo, ¡qué vamos a hacerle!

Después, al despedirse de su amiga, murmuró al oído de Hassard:

—Ha tenido talento. Se lo dije por cortesía; pero comprendo que tres no hacen pareja. ¿No te parece?

Indudablemente, le prefirió sola —respondió su prometido.— Además, me parece que tu amiga es una muchacha muy aburrida.

—¡Muchacha! —exclamó Clara con tono de reproche.— ¡Oh, Nick es una señora en toda la extensión de la palabra! Eso es precisamente lo que me ha hecho entablar amistad con ella.



**TRUCUTÓ**

TRUCUTÓ, FUGICHÉ & CIA.  
MUNICIONES DE GUERRA  
A SU MAJESTAD  
DE GUZILANDIA  
GUZIGÚ I  
UNA SUPERMÁQUINA  
DE GUERRA  
ENTREGADA  
Va. Bo. 68441 Cocacoco



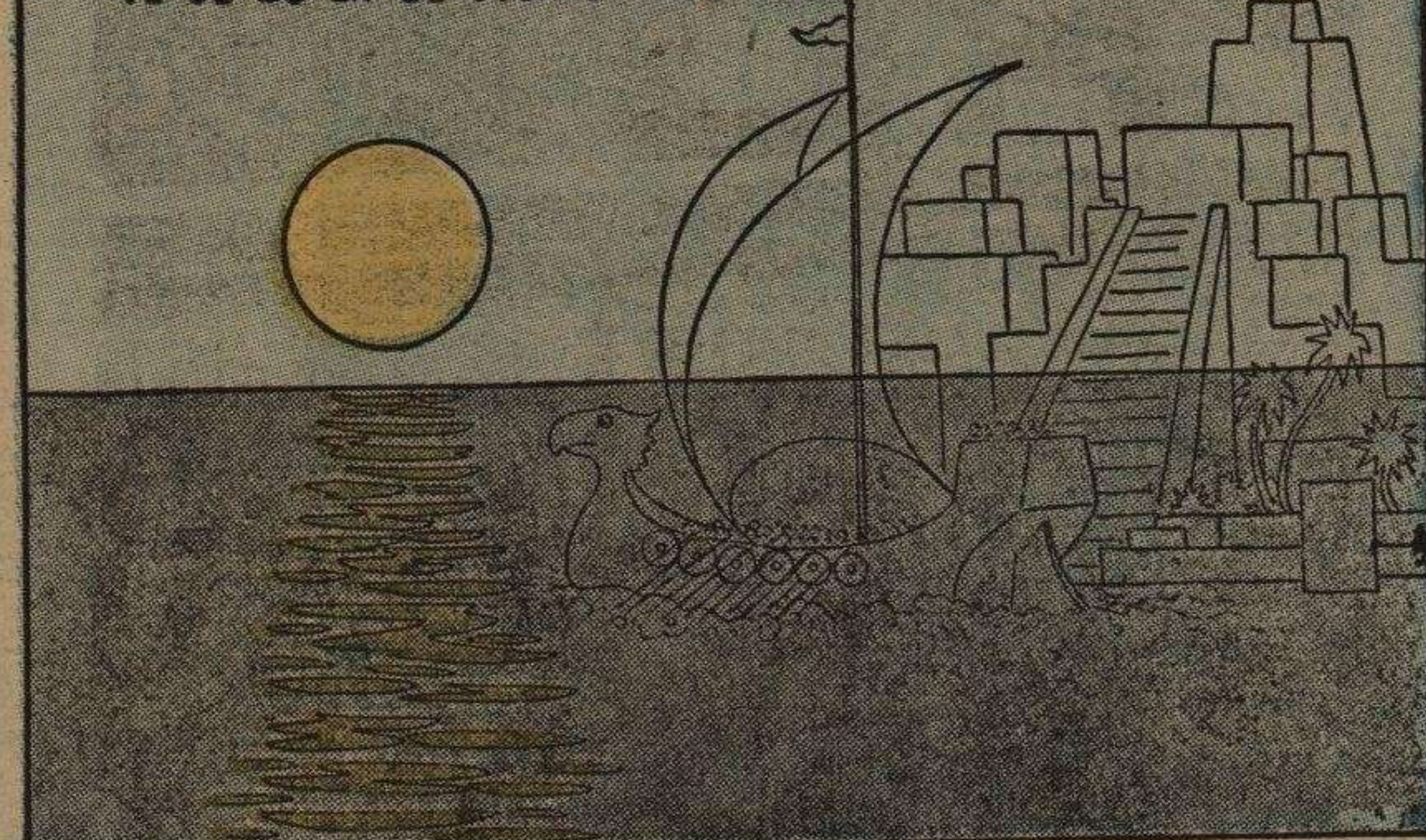
LOS VEO MUY MUY CONTENTOS HOY, ¿HAN GANADO NUESTROS MUCHACHOS ALGUNA BATALLA?

TODAVÍA, PERO YA FALTA POCO!

LAS TROPAS NO BASTAN EN ESTOS TIEMPOS MODERNOS. HEMOS RENOVADO NUESTRO PARQUE.

**FRAGMENTOS DE LA HISTORIA HUMANA** ¿HECHOS O FÁBULAS?

HACE SEMANAS NOS VENIMOS OCUPANDO DE LA DISCUTIDA TEORÍA DE LA EXISTENCIA DEL CONTINENTE DE LA ATLÁNTIDA, QUE SEGÚN SE ALEGA ESTABA SITUADO EN EL OCEANO ATLÁNTICO. AUNQUE EN REALIDAD NO EXISTE NADA QUE INDIQUE DE MANERA POSITIVA LA EXACTITUD DE ESTA TEORÍA, PASAREMOS A NARRAR LA QUE SE RELACIONA ASIMISMO CON LA EXISTENCIA Y DESAPARICIÓN DEL CONTINENTE DE MU EN EL OCEANO PACÍFICO.



NO NECESITAMOS LA DINOSAURA POR AHORA. YO ME QUEDARÉ AQUÍ PARA INSTRUIR A LOS ARTILLEROS

¡HASTA LUEGO, FUGICHÉ!

¡PUEDE LANZAR TONELADAS DE PIEDRAS!

¡CACHÓN, QUÉ MÁQUINA!

¡VAN A HUIR DESPavorIDOS LOS DE LEMUEL!



¡GUZILANDIA VENCERÁ DE SEGURO!

¡QUIERERA QUE EMPEZARA YA!

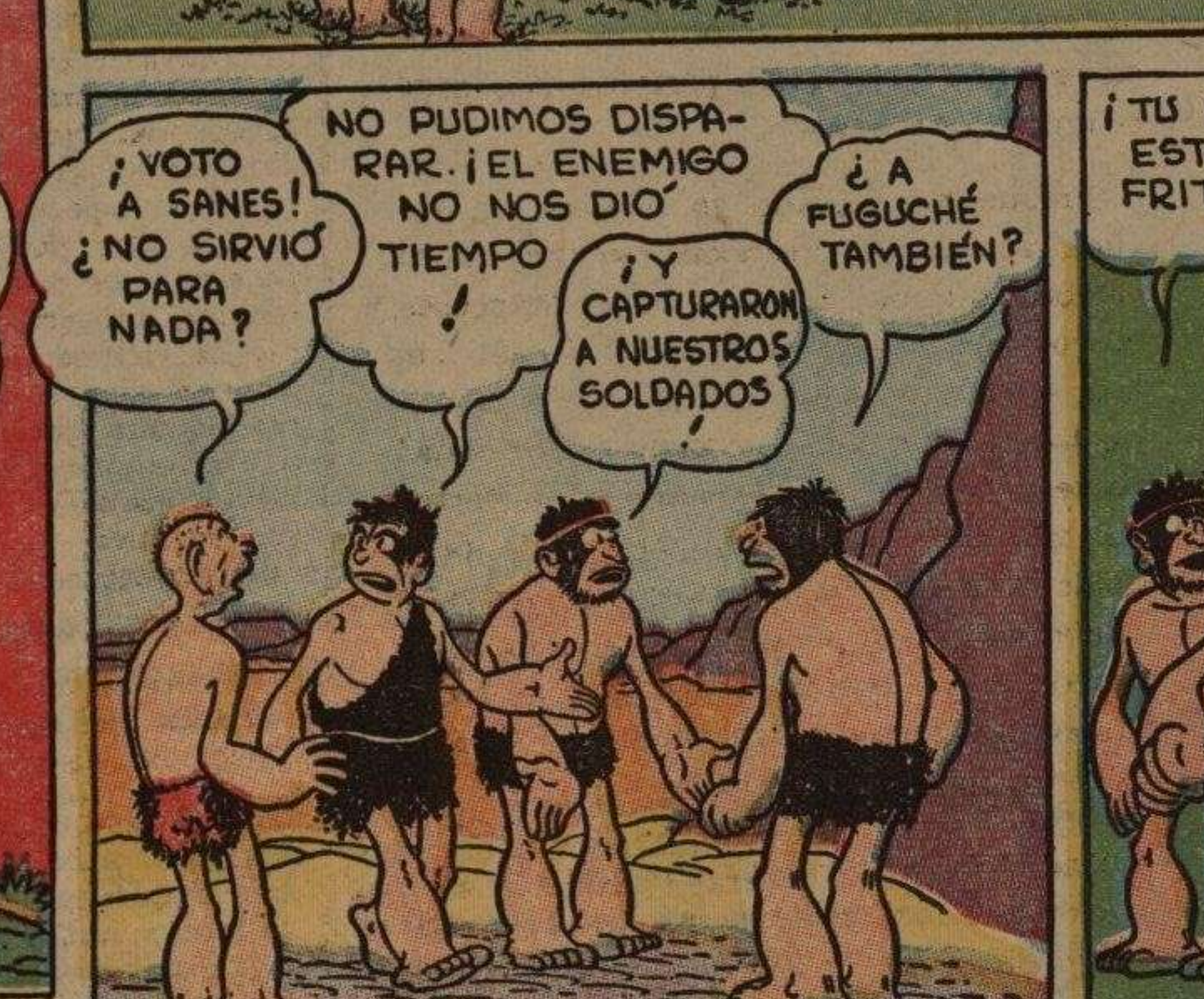
¡LISTOS, MUCHACHOS TAN PRONTO LA DINOSAURA SE HAYA MARCHADO

¡ESTO ES UN PASEO!

¡LA VOLTEAREMOS Y LOS BOMBARDEAREMOS FUERTE!

**DES PUÉS ~**

¡CACHÓN, LOS LEMUELANDESES CAPTURARON NUESTRA MÁQUINA!



¡VOTO A SANES! ¿NO SIRVIÓ PARA NADA?

NO PUDIMOS DISPARAR. ¡EL ENEMIGO NO NOS DIÓ TIEMPO!

¿A FUGICHÉ TAMBIÉN?

¡Y CAPTURARON A NUESTROS SOLDADOS!



¡TU SOCIO ESTÁ FRITO!

¡CACHÓN! ¿DÓNDE ESTÁ MI DINOSAURA?



¡NENA!

¿QUÉ RAYOS IRÁ A HACER?

ESE TRUCUTÓ NO PIENSA. ¡YA VERÁN!

¡AHÍ VIENE UN MENSAJERO!

¡CON MALAS NOTICIAS!



COLEGAS: BUENAS NOTICIAS. ¡LOS LEMUELANDESES HAN SUFRIDO UN GRAN TRASTORNO!

¡MAGNÍFICO!

¡TENÍA QUE SUCEDER ASÍ! ¡BRAVO!

¡QUÉ VIVAN NUESTROS HÉROES!



¡HÉROES, FILA! ¡FUÉ LA MÁQUINA LO QUE VENCIO!

¿LA MÁQUINA? ¿PERO NO LA HABÍA CAPTURADO EL ENEMIGO?



¡CACHÓN, LA CAPTURARON, Y CUANDO APUNTARON HACIA NOSOTROS, EXPLOTÓ Y LOS HIZO TRIZAS!

**MARAVILLAS DEL MUNDO**

**PECES ELÉCTRICOS**

OLIVIERO TOSCANI

ENTRE LOS FENÓMENOS MÁS EXTRAÑOS DE LA NATURALEZA ESTÁ EL DE CIERTOS ESPECÍMENES MARINOS QUE GENERAN CORRIENTE ELÉCTRICA Y HASTA PUEDEN HACER DESCARGAS QUE OCASIONEN LA MUERTE.



EL BALBO AFRICANO TIENE EL CUERPO CUBIERTO DE GLÁNDULAS QUE PRODUCEN DESCARGAS ELÉCTRICAS.



EL TORPEDO SE ABALANZA SOBRE LOS DEMÁS PECES Y LOS DEVORA CUANDO QUEDAN PARALIZADOS POR LA DESCARGA ELÉCTRICA QUE PRODUCE EN SU DERREDOR.

ESTE PEZ-ELEFANTE DEL ÁFRICA TIENE TROMPA Y POSEE DOS ÓRGANOS ELÉCTRICOS, UNO A CADA LADO DE LA COLA.



EL PEZ ASTRÓNOMO CREA CORRIENTE ELÉCTRICA EN LAS GLÁNDULAS QUE TIENE DETRÁS DE LOS OJOS.



LA ANGIULA ELÉCTRICA DEL AMAZONAS TIENE MÚSCULOS ELÉCTRICOS CASI A TODO EL LARGO DEL CUERPO. SUS DESCARGAS PARALIZAN HASTA LOS CABALLOS.

**PECOSO Y SUS AMIGOS**

Por Blosser



YO CREO QUE VA A LLOVER FUERTE. HAY QUE CERRAR LAS ESCOTILLAS.

¡MUY BIEN!

EL BUQUE EXPEDICIONARIO ZARPA EN BUSCA DEL TESORO. DANNY OBSERVA QUE VA A CAER UN AGUACERO.



VAMOS A TENER MAL TIEMPO.

SERÍA MEJOR CORRER EL TIEMPO A LA VELA.



¡ESTÁS HECHO UN EXPERTO.

LA EXPERIENCIA DE MI VIAJE CON TÍO AL SUR DEL PACÍFICO.



TODO MARCHA BIEN, PERO ESTÁ ENTRANDO AGUA EN LA BODEGA DE PROA.



¡NO PUEDE SER! TODO ESTABA HERMÉTICAMENTE CERRADO CUANDO ZARPAMOS.



VE ABAJO Y AVERIGUA SI ESTÁ ENTRANDO AGUA EN LA BODEGA DE PROA. ME DICEN QUE ANDA MAL.

¡BAH, MAJADERÍAS!



¡ACABO DE EXAMINARLO TODO Y NO HAY AGUA!

NO QUIERO CONTRADICIRLE, PERO VÍ QUE ENTRABA AGUA EN ABUNDANCIA.



¡Y SI NO LO HUBIERA DESCUBIERTO A TIEMPO, ESTARÍA ENTRANDO AGUA POR TRES ABERTURAS EN VEZ DE DOS!

¿CÓMO ASÍ?



¡PORQUE ENCONTRÉ ESTE APARATO ATRAVESADO EN UNA ABERTURA Y ES MAL TAPON!





# TRAGEDIAS DEL AGRO YANQUI

**L**a cuestión agrícola, como todas las que se relacionan con los recursos naturales del mundo, tiene aspectos muy interesantes y dignos de estudio que provocarían la curiosidad hasta de los legos en la materia que nunca se preocupan de investigar la procedencia de los alimentos que consumen o de los medios de que se sostiene la vida humana. Hace pocos meses, por ejemplo, el Presidente Roosevelt transmitió al Congreso de los Estados Unidos un curioso mensaje en el que abordaba un problema de economía del año 3938 — a dos mil años de distancia de hoy. Se trataba nada menos que del fósforo, ese valioso elemento mineral sin el cual ni las plantas pueden crecer ni la vida humana prolongarse.

El fósforo hay que extraerlo de la roca fosfática, y los norteamericanos, que son gente previsora y sumamente dada al ensueño sobre las cuestiones pragmáticas, ya se están preocupando de que llegue a faltarles algún día a pesar de poseer 7,200 millones de toneladas de dicha roca fosfática o sea el 42 por ciento de la existencia total del globo, más que suficiente, de acuerdo con el consumo actual, para los próximos veinte siglos.

Pero aun pasando inadvertido este clásico ensayo sobre mineralogía del primer magistrado de la nación, el pobre agricultor yanqui, y los millones de labradores que viven del fomento de la tierra, se desvelan acosados por numerosas inquietudes, entre otras las plagas de insectos, las enfermedades, la reglamentación estricta de la producción, las dificultades cada vez mayores de la distribución y de la fijación de los niveles de los precios.

Breve tiempo ahora las mismas ramas del gobierno federal andaban enfrascadas en varias polémicas en torno a la cuestión de la reglamentación agrícola, y todavía está viva en la mente del público la discrepancia legal surgida entre el Tribunal Supremo y el Secretario de Agricultura Wallace con motivo de la ejecu-

ción de la ley que prescribe los promedios máximos que deben ganar los comerciantes comisionistas. Esta ley está llena de poderes delegados que pueden ejercerse "cuando el Secretario averigüe que" "cuando el Secretario determine", "de acuerdo con lo prescrito por el Secretario", "según se desprendá de las investigaciones del Secretario", "si el Secretario lo estima conveniente" y demás excéteras en que se especializa el moderno legislador de los países democráticos.

**M**IENTRAS los ministros meditan y el alto tribunal actúa, los pobres agricultores tienen que hacerle frente a los problemas inmediatos, y uno de ellos es el de los saltamontes y los ratones que destruyen sembrados valorados en unos cincuenta millones de dólares al año. En esta batalla contra los exterminadores, el gobierno ha tomado parte activa, autorizando informes en los que se asegura que hasta han dado muerte a 36,000 enemigos en una sola acometida, salvando así de la catástrofe grandes cosechas de legumbres y granos o extensos campos de alfalfa cultivada expresamente para atender a la alimentación del ganado en las fincas.

El ataque de los saltamontes, sépalo el lector, no es cosa de juego. A veces se presentan en hordas que ensombrecen el cielo y caen sobre los sembrados con la agresividad de leones hambrientos. Se han dado casos en que estas sabandijas se han interrumpido el paso de los trenes y el tráfico vehicular en las carreteras, tan grande ha sido el avance en masa iniciado contra alguna de las fincas que intentan invadir.

Estos implacables destructores no se conforman con hacer unos cuantos agujeros en las hojas de las plantas. Un saltamonte apenas es del tamaño del dedo meñique, pero multiplíquese su capacidad por millones de millones y pronto se comprenderá que desarrolla una voracidad espantosa. No se detiene ante nada: se come las flores y las hierbas, los pastos y los árboles, y hasta echa sus

mordiscos a las herramientas e implementos agrícolas para chupar la sal que en ellos ha dejado la mano del hombre.

Aliados eficaces del saltamonte son la arañata, la ardilla, el conejo y el ratón de campo. Según informes rendidos por el Ministro de lo Interior, señor Ickes, el gobierno ha logrado eliminar a los roedores de una extensión de 5,500,000 acres de pastos últimamente, principalmente en los estados de Nuevo Méjico, Colorado, Utah, Nevada, Idaho, Oregón, Arizona, Wyoming y California. Dirige la campaña de exterminación el Generalísimo F. R. Carpenter, director de pastos del Departamento de lo Interior en el gobierno federal.

La lucha contra los saltamontes es más complicada, pues estos enemigos — al igual que los aviones en la guerra — pueden moverse con rapidez por el aire y evadir la persecución. Cuando atacan, lo hacen por sorpresa, y una vez terminada su labor desaparecen como por magia.

**A** FORTUNADAMENTE, los peritos del gobierno federal han adelantado mucho en el perfeccionamiento de su estrategia y ya empiezan a alcanzar un éxito mayor en la ofensiva valiéndose del método del envenenamiento en masa más que de los aparatos que lanzan llamaradas y de las trampas especiales para cazar estas y otras sabandijas.

Las trampas, aunque anticuadas si se las compara con los modernos métodos que usan los entomólogos, todavía se emplean con bastante buen resultado. Instaladas delante de un automóvil, se recorre el terreno infestado de saltamontes y estos caen fácilmente en una lámina de metal y luego en un receptáculo interior, donde son matados. También pueden sacarse vivas, embalarse en sacos y venderse a los criaderos de aves para alimentación de pollos y pavos.

El aparato lanzador de llamaradas lo lleva el labrador sobre sus hombros, con suficiente petróleo para una tarea larga. Por medio de una manga y un atomizador, sale el combustible incendiado y ma-

ta cuanto saltamontes encuentra en su camino, alcanzando un radio hasta de 30 metros.

Ambos métodos, sin embargo, resultan costosos y lentos si se les compara con el procedimiento de envenenar. Cualquier mezcla sencilla de veneno y miel atrae por millones a los saltamontes, y si la preparación es regada en los surcos, canales y zanjas donde las hembras ponen sus huevos, las bajas son tan grandes que no es posible calcularlas en términos concretos.

Con todo, esta labor de exterminación del saltamonte es sumamente fácil comparada con los esfuerzos que requieren otros enemigos de la agricultura. La ardilla, pongamos por caso, abre pasadizos subterráneos en los sembrados a pocas pulgadas de distancia de la superficie y se dedica con relativa seguridad a devorar las raíces de las legumbres y las flores. En una ocasión, varios labradores capturaron por medio de trampas 142 ardillas en un solo día. Suponiendo que cada una destruyera un promedio de sembrados valorados en un dólar a la semana, puede calcularse el enorme daño que estos rapaces animales son capaces de hacer.

**A** BUNDAN en las regiones agrícolas de los Estados Unidos otras calamidades, que sin ser tan horripilantes como el saltamonte y la ardilla, destruyen las riquezas de la pradera con la misma tenacidad que estos. Ofrecen, además, el inconveniente de que son animales engañosos y bellos, que se ganan fácilmente la confianza y admiración del hombre.

A la cabeza de estas criaturas privilegiadas está la liebre americana, que ocupa una posición prominente en la leyenda y el folklore del agricultor yanqui. Millones de labradores y rancheros consideran a esta liebre un animal privilegiado, el sabio de las llanuras y el príncipe de la velocidad entre todas las especies del agro. Pero cuando se mete en un sembrado de alfalfa o lechugas, se convierte en un fascineroso que acaba por

no sólo por las reglamentaciones y los impuestos del gobierno, sino también por una serie de plagas y catástrofes naturales, entre las cuales hay que contar el ataque de las sabandijas saltamontes, las ardillas, las liebres, las arañatas y el ratón canguro. A esto hay que agregar las grandes tormentas de polvo y las sequías espantosas del mediano oeste, las inundaciones y los ciclones que con marcada frecuencia tienen lugar en la cuenca del Mississippi, y numerosos otros percances a causa de los cuales la agricultura yanqui sufre pérdidas de cientos de millones de dólares al año.

salva a escondidas en su hoyo apenas nota algún movimiento cerca de sí. Este animalito ocupa asimismo un lugar prominente en la leyenda y el folklore del agro yanqui, pero si le dan la oportunidad se come diariamente el doble de su peso en las más selectas hierbas.

**S**i desastrosos resultan para la agricultura estos animales, no menos puede decirse de las perturbaciones naturales que de continuo ponen en peligro la hacienda del hombre de la tierra.

Las tormentas de polvo, ese enemigo pertinaz de los labradores y de la población rural que reside en los estados del mediano oeste, son de proporciones tan gigantescas que a veces llegan hasta las ciudades industriales del litoral oriental de la nación. Una de estas, en recientes años, casi nubló por completo la ciudad de Nueva York.

Lo trágico de la tormenta de polvo no es la perturbación atmosférica en sí, aunque esto es más que suficiente para alarmar al público, sino la catástrofe de que es un síntoma definitivo. En esa polvareda vuelan los elementos más fértiles del terreno, dejando al agricultor con una propiedad pelada y seca en la que apenas se puede cultivar ni siquiera alfalfa para el ganado. La vida en el sector rural sufre de improviso todas las calamidades de la naturaleza: los sembrados destruidos, el ganado hambriento, la carestía de agua potable y agua para regadío, el arrastre



Parte de las 142 ardillas de la variedad yanqui atrapadas en un solo día en una de las fincas del estado de Arizona, Estados Unidos. Se calcula que cada una consume un dólar de sembrados a la semana, sin contar lo que destruye sin aprovecharlo.



acarrearle a su dueño y protector incalculables pérdidas. Luego de hartarse hasta más no poder, y desperdiciar como para que los demás hijos de la creación no gocen del mismo privilegio, se acurruca a la sombra de un árbol medio adormecida, sus elegantes orejas en total abandono, aguardando a que algún buen hombre de la comarca se arrime a ella y la apacigue y acaricie pasándole la mano sobre su suave piel de hilos de seda.

De iguales ventajas goza el estimable ratón canguro, al menos entre las pocas amistades que cultiva. Estos ratones son miniaturas de los canguros australianos desde el punto de vista de la apariencia. La única diferencia es que el ratón canguro es un animal nocturno que sólo puede verse a la luz de la luna. Tiene las patas traseras muy largas, a la manera del canguro, y trabaja y se divierte como si la vida fuera un cuento de hadas. El perito americano mister Carpenter asegura que 80 ratones canguros devoran más forraje que tres ovejas o un toro de 750 libras.

La arañata o como la llaman los yanquis, perro de la pradera, no es un perro, sino que la deno-

del humus por la desconcertante acción de los elementos. Ningún esfuerzo del hombre puede hacer nada para detener el fenómeno natural que sacude las zonas agrícolas del país en estos casos. A cada paso se agiganta la catástrofe, cuyos efectos han de sentirse durante muchos meses después en las comarcas que antes eran emporios de riqueza.

Sale de la sequía el pobre agricultor yanqui y entra en un período de relativa tranquilidad, confirmado por los pronósticos del tiempo. Se procura implementos y equipos, toma a préstamo del gobierno o de los bancos unos cuantos miles de dólares, y se dobla sobre los surcos abiertos para levantar de nuevo sus sembrados en la confianza de que si la cosecha próxima le resulta buena podrá rezarcirse de sus pérdidas.

Pero esta vez también le fallan los cálculos por la intervención de los factores naturales. Donde faltaba primero el agua, los ríos menos caudalosos se desbordan de una manera extraña e inesperada. Lluvias torrenciales se desatan sobre la extensa llanura y la altiplanicie, arrasando cuanto encuentran a su paso, y los afluentes de los grandes cauces fluviales comienzan a aumentar de aguas, creciendo como océanos. Pronto, las inundaciones, lo han echado a perder absolutamente todo. El ganado, que meses antes no podía apagar su sed, ahora muere ahogado, y hasta las montañas de roca se deshacen en chorros.



# DIARIO DE LA MARINA

HABANA, DOMINGO 3 DE JULIO DE 1938

NUEVAS  
AVENTURAS  
DE LOS  
3 COCHINITOS  
POR

WALT DISNEY

DESPUES DE  
CAPTURAR A  
LOS DOS COCHINITOS, EL LOBO FERAZ SE  
DISFRAZA DE  
MENSAJERO  
Y LLAMA A LA  
PUERTA DEL  
HERMANO IN-  
VENTOR.

¡SI, SEÑOR!  
¡EL MENSAJE  
ES MUY IM-  
PORTANTE!

¡EHE-  
LO POR DE-  
BAJO DE LA  
PUERTA!

¡JEJEJE!  
¡YA CAE-  
RA!

¡JURARIA  
QUE ES EL LO-  
BO!

QUERIDO EMBANO  
NOS ROBARON  
LOS JITANOS  
BEN A SALVAR  
NOS. TUS  
DOS ERMA-  
NITOS

ENTRETANTO, EN EL  
MOLINO ABANDONADO.

¡MAGNIFICO!  
¡LO DEJAREMOS  
A LA SUERTE!

¡BRAYO!

¡SI SA  
LE CARA  
COMEREMOS  
AHORA!

¡Y SI ES CRUZ  
ESPERAREMOS  
A PAPA!

¡CARA! CO-  
MEMOS AHORA!

¡VIVA!  
¡LECHON!  
¡THUM  
HUM!

## EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE

¡THOLA, HO-  
LA! PERO, ¿QUÉ  
PASA?

¿NO SABES LO  
OCURRIDO? ¡A TRIBI-  
LINO METIERON EN  
LA CARCEL!

¿DE VE-  
RAS? Y  
¿QUÉ HIZO?

¡NO SE!  
DEBES AYU-  
DARLO, MIGUE-  
LITO. ¿POR QUÉ  
NO LO SACAS  
BAJO FIANZA?

¡VAMOS  
ALLA! ¡LO VOY A SA-  
CAR EN SEGUIDA!

¡QUÉ  
HORROR! ¡DIOS  
MIO!

¡POBRE TRIBI-  
LIN! DEBE HABERSE  
EN ALGÚN LUGAR DEL  
QUE NO PUDO SALIR!

¡BUENAS!  
¿CUÁNTO  
ES LA FIAN-  
ZA DE TRI-  
BILIN?

¡1850, PERO ES EL  
CASO QUE EL MIS-  
MO SE NEGÓ A  
PRESTARLA! PRE-  
FIERA LA  
CARCEL!

¿ME  
PERMITE  
QUE LE  
HABLE?

¡COMO NO! ¡VAYA  
HASTA EL FINAL  
DEL PASILLO!

¡THOLA, MIGUELITO! ¡YA  
TE ENTERARIAS DE  
QUE DIERON TRES  
DÍAS DE CARCEL!

¿Y POR  
QUÉ SE  
PUEDE  
SABER?

¿SUPISTE DEL MITIN  
QUE HUBO AYER EN LA  
PLAZA MAYOR?

¡SI, PERO  
¿QUÉ?

¿POR QUÉ NO? ¡LOS ESTU-  
PIDOS DE LOS GUARDIAS  
SERÁN EL HAZMERREIR  
DE LA GENTE POR  
HABERSE EQUIVO-  
CADO DE PERSONA!  
¡EL CULPABLE AN-  
DA SUELTO! ¡AJAJA!

¿NO FUDISTE SACAR  
A TRIBILIN EN LI-  
BERTAD?

¡HUBIERA  
PODIDO...

PERO NO QUISE AGUARLE LA FIES-  
TA AL PO-  
BRE TRI-  
BILIN!

¡EXPLICA-  
TE! ¡NO TE ENTEN-  
DO!

WALT DISNEY'S

G. 7. 6



# WONG-LA

BRANDON WALSH

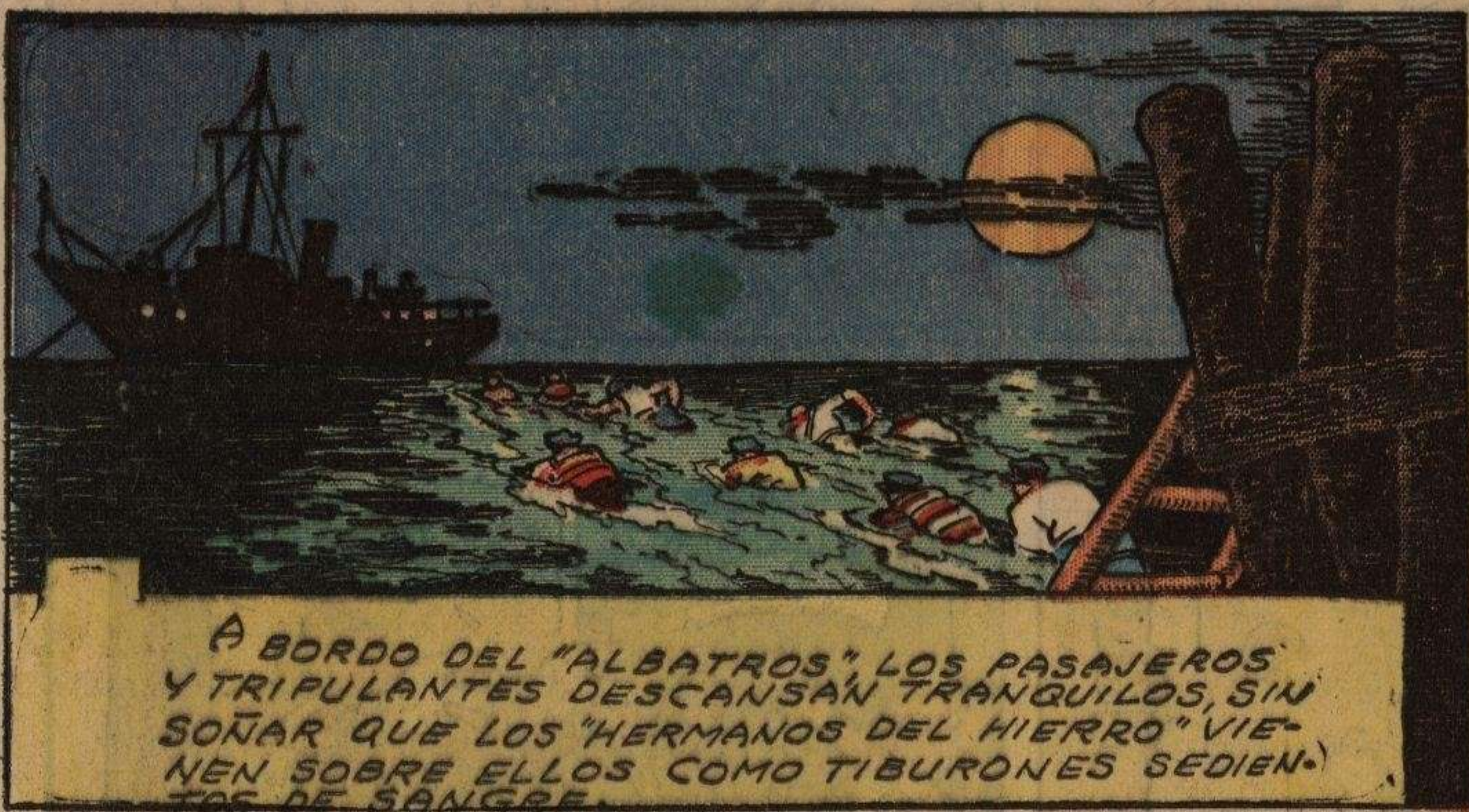
EL DESPIADADO CAPITÁN DE "LA HERMANDAD DEL HIERRO", HECHO UNA VIBORA POR EL FRACASO DE SU INTENTO DE CAPTURAR O ASESINAR A WONG, TOMÁS Y CARLITOS, ACABA DE ENTERARSE DE QUE NUESTROS AMIGOS HAN FLETADO EL "TRITÓN", UN BARCO ARMADO EN QUE PIENSAN HACER UN LARGO VIAJE.



¡ES INÚTIL, CAPITÁN! EL "TRITÓN" ESTÁ FONDEADO FUERA DEL PUERTO Y UN ACORAZADO LO VIGILA! WONG LO ESTÁ TAN ALERTA COMO UN ÁGUILA!



¡BAH! HE JURADO QUE WONG LO NO HA DE ESCAPARSE DE MI VENGANZA! PAGARÁ CON SUS ANIMAS LAS VIDAS DE NUESTROS CA-MARADAS! ¡TENGO UN PLAN! A MEDIA NOCHE SE HACE A LA MAR EL YATE "ALBATROS". ¡ESCÚCHENME!



A BORDO DEL "ALBATROS", LOS PASAJEROS Y TRIPULANTES DESCANSAN TRANQUILOS, SIN SOÑAR QUE LOS "HERMANOS DEL HIERRO" VIENEN SOBRE ELLOS COMO TIBURONES SEDIENTOS DE SANGRE.



¡SILENCIO, PERROS! ¡CANTAREMOS VICTORIA CUANDO TENAMOS EL CADÁVER DE WONG LA COLGADO DE UN PENOL!



¡CARAMBA! ¡ME ALEGRO DE QUE HOY LEVEMOS ANCLAS! ¡QUE SORPRESA PARA LOS "HERMANOS DEL HIERRO" CUANDO SE ENTEREN DE QUE NOS HEMOS DESPEDIDO A LA INGLESA!



EN TABLAS LE JALE BLANCO ESTA INCLITO! EL NECIO CONFÍA EN LA LULACIÓN LE SU SUELTE! EL SABIO SE PLEVIENTE PALA LA HOLA EN QUE LA SUELTE LO ABANDONE.

# ANITA Y SUS AMIGOS

Brandon Walsh



¡CARAMBA, HUESITO! ¡TENDREMOS QUE REFUGIARNOS EN ALGUNA PARTE! ¡VA A DILUVIAR Y LLEVO MI VESTIDO NUEVO!



¡MIRA, HUESITO! ¡UNA VENTANA ABIERTA! DEBE HABER ALGUIEN EN LA ESCUELA AUNQUE ES DOMINGO. DE TODOS MODOS NO TENDRÁ NADA DE PARTICULAR QUE ENTRE UNA DE LAS ALUMNAS!



¡PALABRA QUE TENEMOS SUERTE! ¡SIN ESA VENTANA ABIERTA, NOS HUBIERA PILLADO LA LLUVIA!



¡NO TE ASUSTES! ¡ESE RAYO CAYO LEJOS! ¡LAS TEMPESTADES NO DURAN MUCHO EN VERANO! A MÍ NO ME GUSTA EL MAL TIEMPO EN NINGUNA ÉPOCA DEL AÑO. ¿Y A TI?



¡BRAVO, HUESITO! ¡HA PASADO LA TORMENTA!

¡MIREN! ¡HAY ALGUIEN DENTRO DE LA ESCUELA!

¡Y NO TUVO LA DECENCIA DE INVITARNOS A ENTRAR PARA GUARNOS DE LA LLUVIA!



¡HABRASE VISTO!

¡POR CULPA DE ELLA NOS HEMOS EMPAPADO HAS TA LOS HUESOS!

¡OH! ¡QUE NIÑA MAS EGOISTA Y MALCRIADA!



¡PERO PALABRA DE HONOR QUE NO LAS VÍ A USTEDES!... ¡POR FAVOR, CREÁNME!

¡AH! ¿NO? ¿QUIÉN ABRIÓ LA VENTANA PARA QUE TÚ ENTRARAS?



NADIE, SEÑORA. LA VENTANA ESTABA ABIERTA Y COMO COMENZABA A LLOVER...

¿CÓMO TE ATREVES A DECIR SEMEJANTE MENTIRA? CUANDO NOSOTRAS LLEGAMOS NO HABÍA CAIDO UNA GOTTA!



QUIERO DECIR QUE ¡IBA A COMENZAR A LLOVER... YO...

¡AH! ¿CONQUE INVENTAS OTRA HISTORIA? ¡DARÉ PARTE A LA DIRECCIÓN DE ENSEÑANZA Y VEREMOS CÓMO EYPLICAS QUE HACÍAS DENTRO DE UNA ESCUELA CERRADA!





# MODESTO RIZOS



¡LOS PERDIMOS, ALFONSO! ¡Y TIENEN A LA SEÑORITA MANTANO!

¡SÍ, MODESTO! ¡AVISAREMOS A LA JEFATURA!



¡LOS CRIMINALES SECUESTRARON A LA SECRETARIA DEL SEÑOR VERA EN PLENA CALLE MAYOR! ¡PARECE QUE QUIEREN EL SEXTO IDOLO! ¡SE LO LLEVARE!

¡AUTO-RADIOS TODOS ATENCION!



¡SE ABRE CON ESE RESORTE! ¡LA CABEZA ES MA-CIZA!

HARE QUE LO ANALI-CEN. SEGURAMENTE AL-GUN PRODUCTO QUE HABIA DENTRO DESPIDIO EL GAS QUE AFECTO A VERA!



¡SOY EL AGENTE SE-CRETO PARDO! ¡VENGO POR LO DE LOS IDOLOS DE VERA!

¡UN DETECTI-VE, SEÑOR!

¿QUIEN PUEDE DARLE DETALLES ES RIZOS, UNO DE NUESTROS REPORTE-ROS.



¿Y SI EN UNA IN-FORMACION DIJERA-MOS QUE YO TENGO EL SEXTO IDOLO? ¡PODRIAMOS ATRA-PAR A LOS CRIMI-NALES!

¡SERIA PELI-S GROSSO PARA USTED, MO-DESTO!

¡ME PARE-CE QUE LA SEÑORITA CO-RRER MAS PE-LIGRO!



¡EN QUINCE MI-NUTOS SALDRA "EL CAÑON" PARDO, CON LA INFORMACION SOBRE LOS IDOLOS!

¡ESTA NOCHE LOS CRIMINALES ENTRA-RAN EN SU CASA! PERO CREO QUE USTED, DEZA Y YO PODREMOS DAR! CUENTA DE ELLOS!



USTED, DEZA VIGILARA EL JARDIN.

¡NO TENGA CUI-DADO...!



YO ESTARE EN ESTE CUARTO RIZOS. NO VACI-LE EN USAR EL REVOLVER QUE LE DI.

¡LO USARE, SI ME OBLIGAN!



¡QUE SORPRESA LES VOY A DAR! CUANDO VENGAN POR EL IDOLO! ¡OJALO NO TARDEN!

LYMAN YOUNG

CONTINUARA

# AVENTURAS DE AGUILUCHO

# Lyman Young



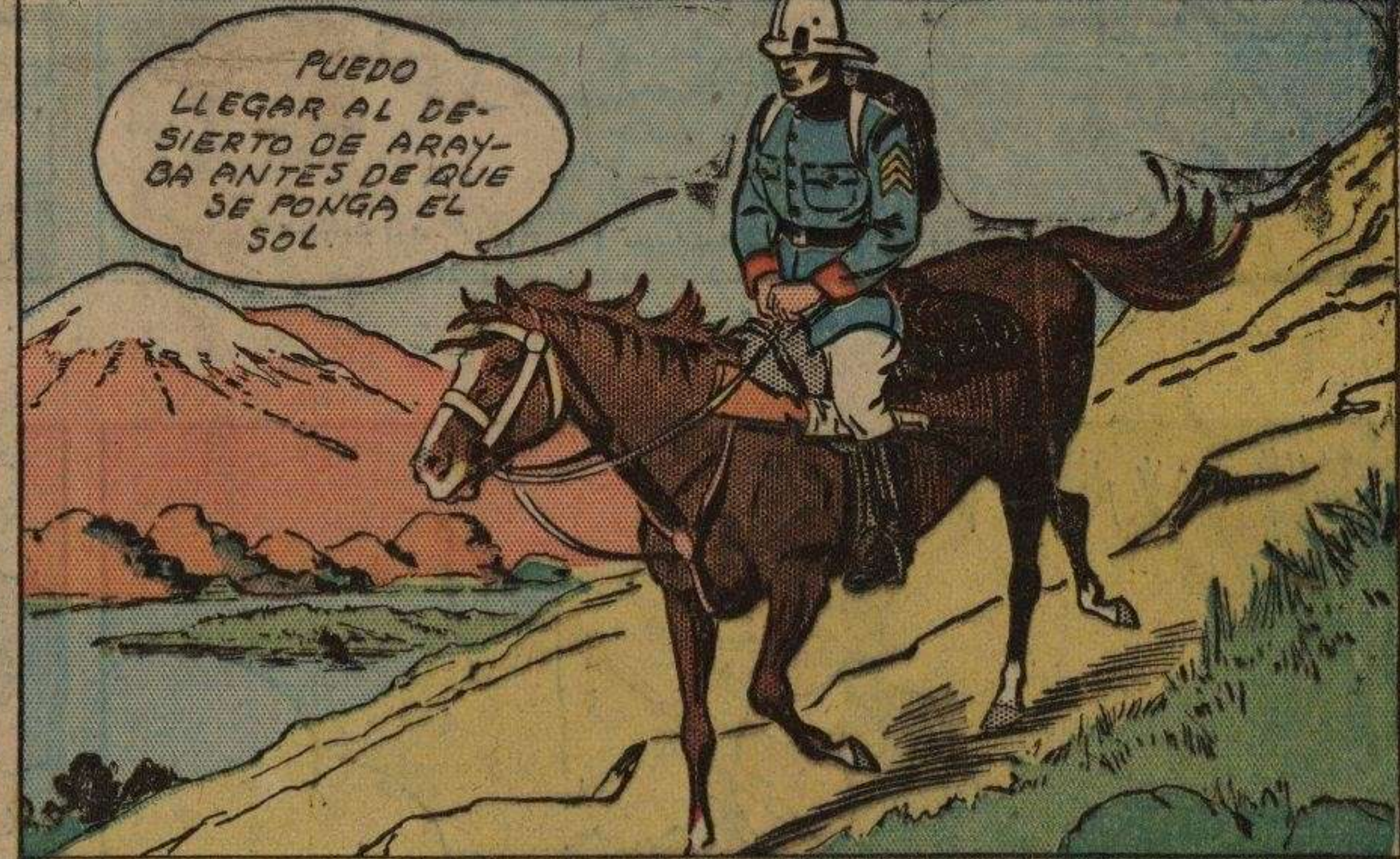
ENCONTRARE USTED AL JEQUE KUT-EL-HADIN EN EL DE-SIERTO DE TIHARA, AL NORTE DE NUESTRO TERRI-TORIO, SARGEN-TO.

HACE UN AÑO QUE NO HE IDO POR AHI, PERO CONOZCO LA REGION, MI CORONEL.



¿POR QUÉ MANDARAN AL SARGENTO SOLO?

QUIZAS PORQUE NO HA-BRA MUCHO PELIGRO, PEPE.



PUEDO LLEGAR AL DE-SIERTO DE ARAY-BA ANTES DE QUE SE PONGA EL SOL.



¿NOS MANDO LLA-MAR, MI CORONEL?

¡SÍ, SIÉN-TENSE.



MANDE AL SARGENTO GATES AL DESIERTO DE TIHARA CON UNA ORDEN PA-RA EL JEQUE KUT-EL-HADIN DE CAPTURAR A ABU TAYI. ACABO DE SABER QUE KUT-EL-HADIN HA DESAPARECI-DO CON SU GENTE DEBEN HA-BER SIDO CAPTURADOS O MUERTOS POR ABU TAYI.



TIENEN QUE ALCANZAR AL SARGENTO AN-TES DE QUE LE GUE AL PELI-GROSO SEC-TOR DE TI-HARA

HAREMOS TODO LO POSIBLE, MI CORONEL.



DESCANSE-MOS A LOS CA-BALLOS, AGUI-LUCHO

BUENO YO CREO QUE PODEMOS ALCANZAR AL SARGENTO EN EL OASIS DE ARAY BA.

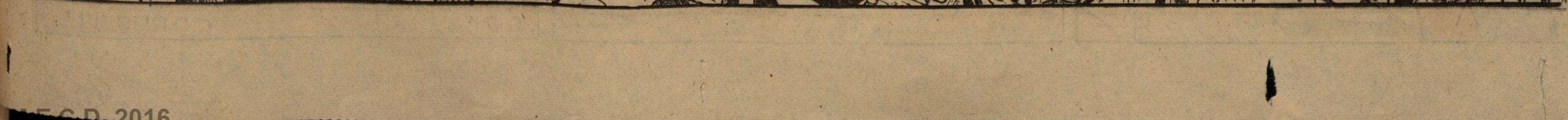


¡IGU-RREROS!

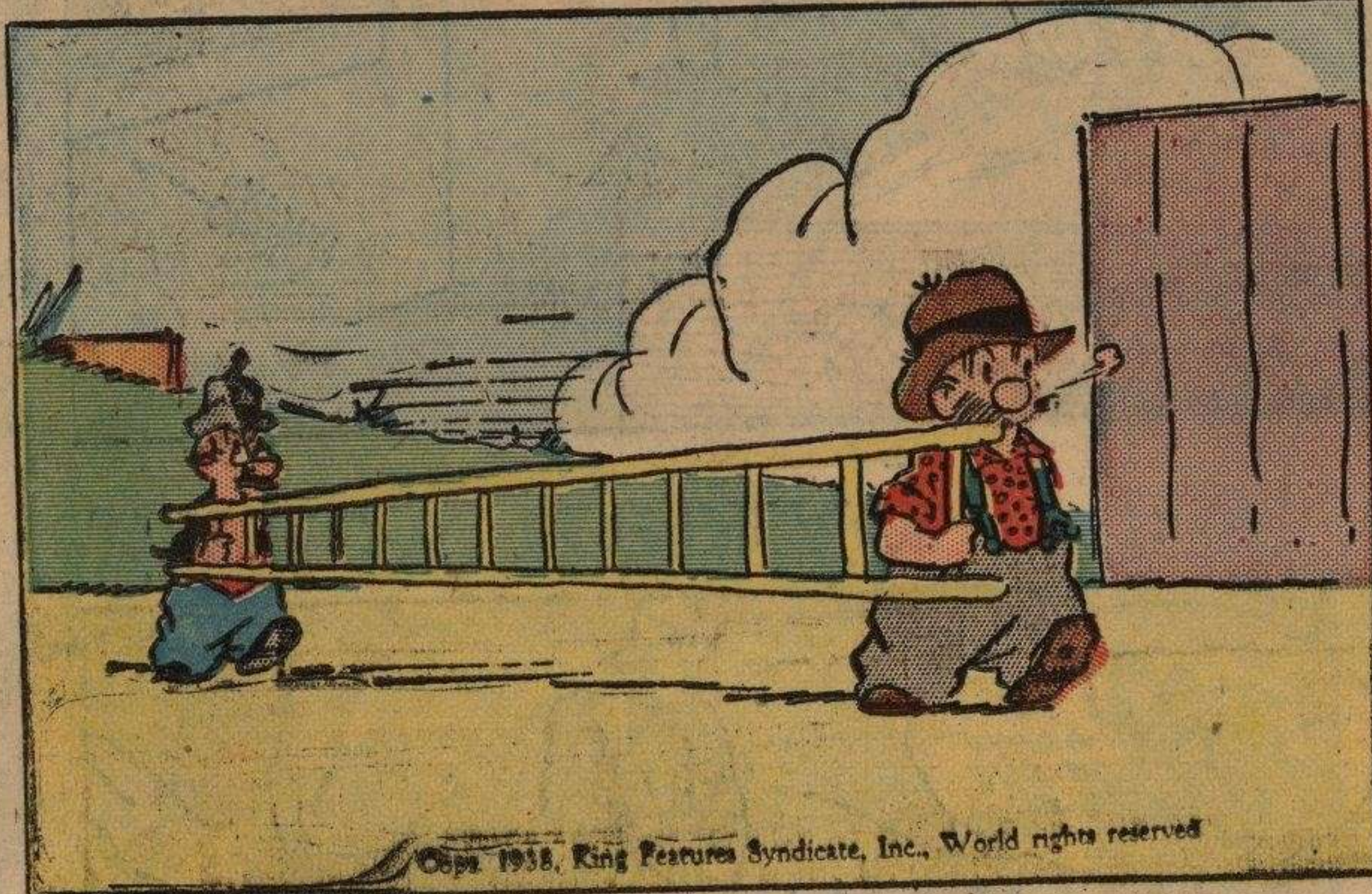
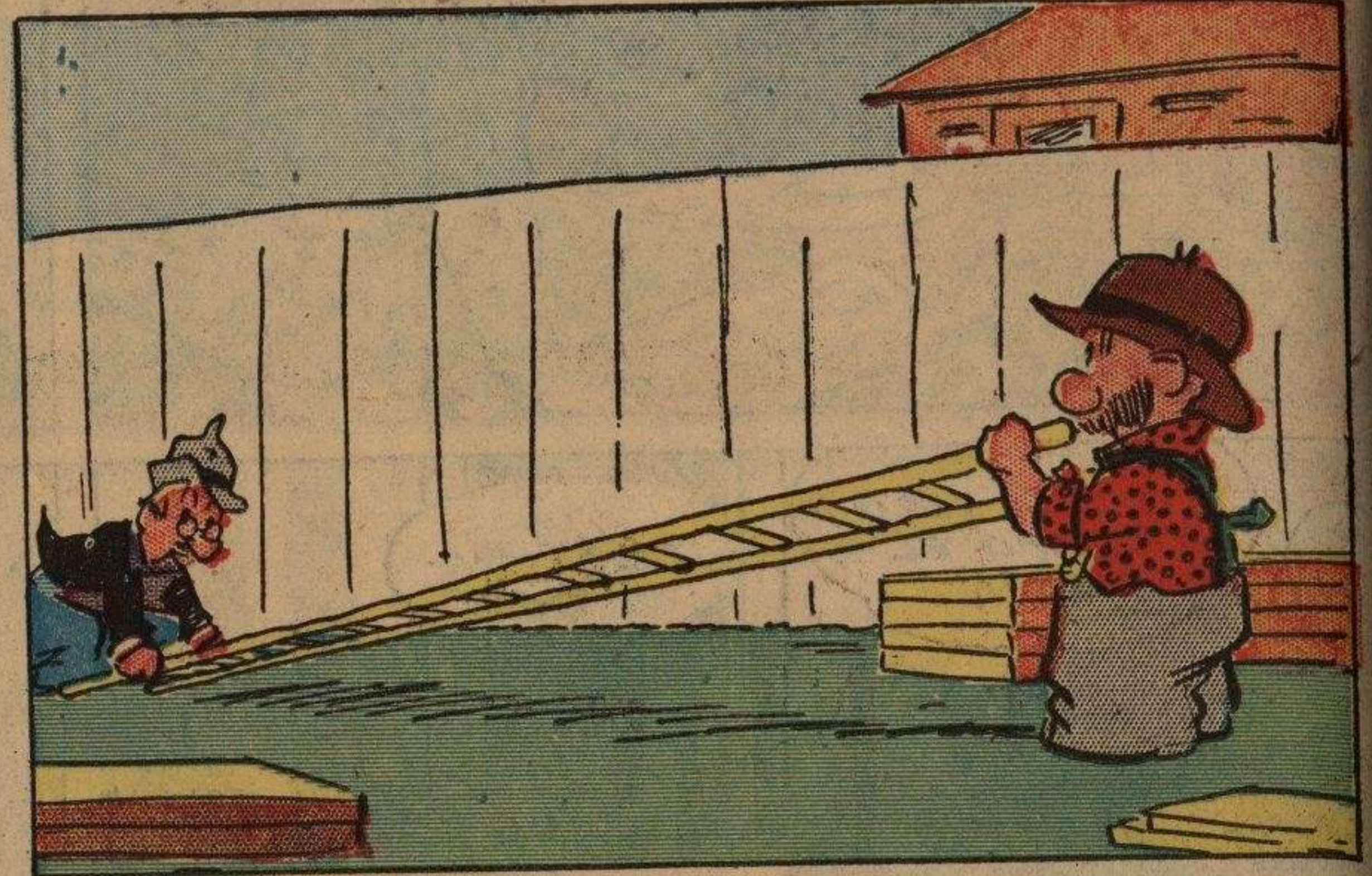
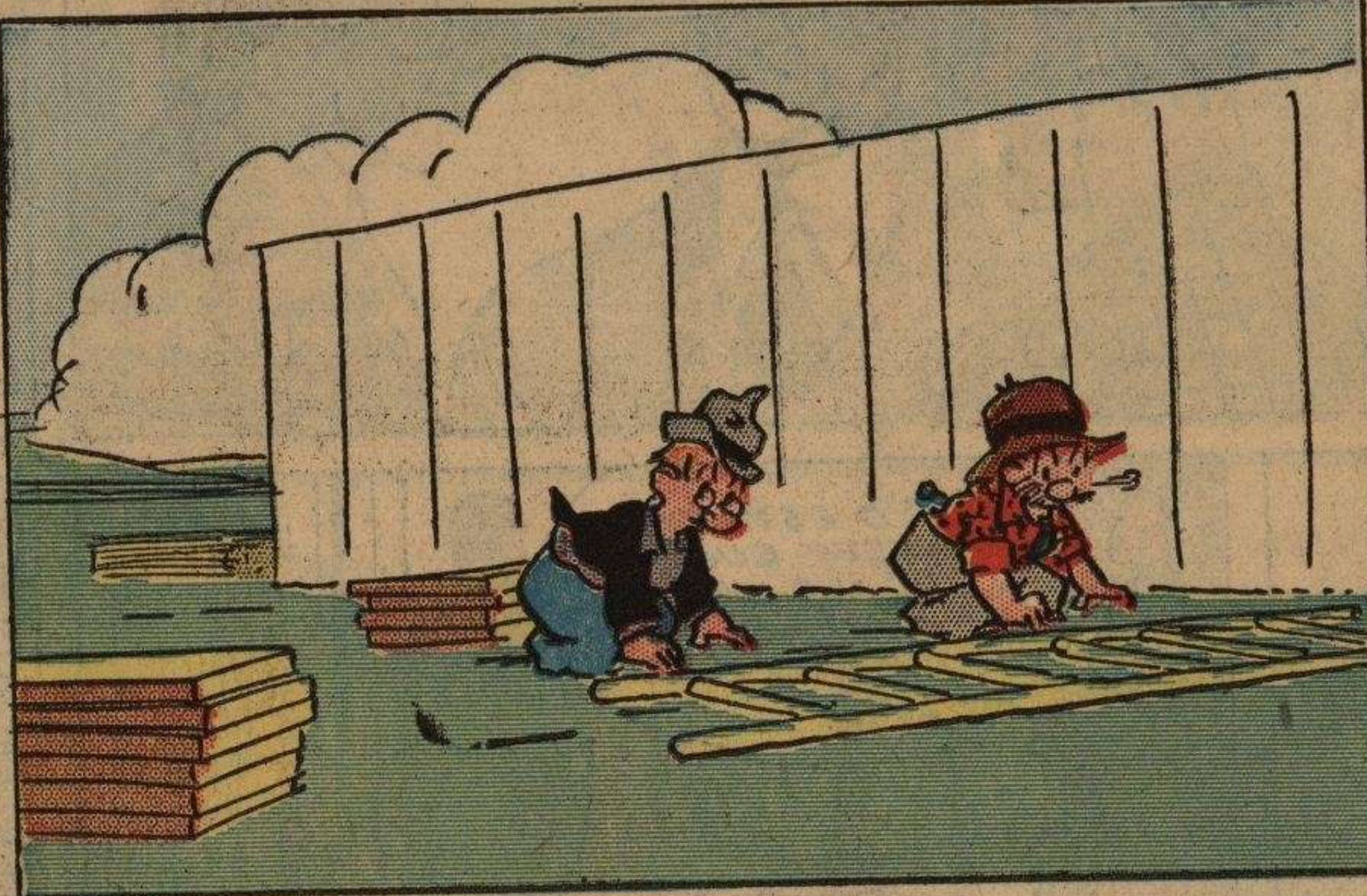


CONTINUARA

LYMAN YOUNG







PEDRO HARAPOS

Registered U.S. Patent Office

